



Academia Colombiana de Historia Policial
Memoria et Fides

Cuaderno Histórico
Número 15

(mayo 2008 a mayo 2009)

Septiembre de 2010

*Donación de la escultura “Bolívar Militar”
A la Academia Colombiana de Historia Policial*



La fotografía registra la entrega de la escultura: de izquierda a derecha los señores Brigadier General Guillermo Julio Cháves Ocaña, General Bernardo Camacho Leyva, Brigadier General Guillermo León Diettes Pérez e historiador Eutimio Reyes Manosalva.

Donación de la escultura de Simón Bolívar Guerrero por parte del Académico Eutimio Reyes Manosalva en la sesión académica llevada a cabo el día 16 de diciembre de 2008 en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía “General Francisco de Paula Santander”.



El General Bernardo Camacho Leyva, Exdirector General de la Policía Nacional, Decano del Colegio de Generales de la Policía Nacional y Cofundador de la Academia Colombiana de Historia Policial, entrega el diploma como Miembro Honorario de nuestra Academia, al señor Coronel Janio León Riaño Director de la Escuela de Cadetes de Policía “General Francisco de Paula Santander”.

*Academia Colombiana de Historia Policial
Fundada el 24 de mayo de 1990*

Fundadores:

General Bernardo Camacho Leyva, Brigadier General Fabio Arturo Londoño Cárdenas, Brigadier General José Domingo Murcia Florián, Coronel Guillermo León Diettes Pérez, Mayor Humberto Aparicio Navía, Doctor Roberto Velandía Rodríguez y Doctor Roberto Pineda Castillo (q.e.p.d.).

*Cuaderno Histórico No. 15
(mayo 2008-mayo 2009)
Primera edición 1993*

*Presidente Honorario
Mayor General Óscar Adolfo Naranjo Trujillo*

*Presidente Ejecutivo
Brigadier General (r) Guillermo León Diettes Pérez*

*Comité de Redacción
Brigadier General (r) Fabio Arturo Londoño Cárdenas
Señor Jaime González Parra
Historiadora Brigid Dalila Sandoval Calderón
Secretaria Ruby Pérez Puerto*

Bogotá D.C., septiembre de 2010

*Academia Colombiana de Historia Policial
Fundada el 24 de mayo de 1990*

*Junta Directiva
(mayo 2007 - mayo 2009)*

*Presidente Ejecutivo
Brigadier General (r) Guillermo León Diettes Pérez*

*Vicepresidente
Brigadier General (r) Mauricio Gómez Guzmán*

*Secretario
Coronel (r) Carlos Alfonso Becerra*

*Tesorero
Teniente (h) Armando Lara Neira*

Vocales titulares

*Vicealmirante (r) Carlos Enrique Ospina Cubillos
Brigadier General (r) José Domingo Murcia Florián
Brigadier General (r) Edgar Peña Velázquez*

Vocales suplentes

Coronel (r) Ramiro Efraín Rincón Rincón

Teniente Coronel (r) José Alberto Peroza Arteaga

Teniente Coronel (Sacerdote) Silverio Ernesto Suárez Hernández

Fiscal

Teniente Coronel (r) Hernando Medina Aldana

EXORDIO

El Cuaderno Histórico Número 15, una publicación periódica oficial de la Academia Colombiana de Historia Policial; corresponde al año académico que va de mayo de 2008 a mayo de 2009, recoge los trabajos presentados por los académicos en sus intervenciones en las diferentes sesiones celebradas en ese período.

En su orden, aparecen los siguientes trabajos, que, resumimos a continuación para conocimiento de nuestros lectores, así:

En primer lugar, reseñamos la intervención que realizó el doctor Mario H. Perico Ramírez, quien presentó ante nuestra comunidad académica su libro “*Francisco de Paula Santander, hielo y fuego*”, una de sus últimas obras; pues unos meses después de esta presentación el conocido hombre de las letras falleció. Aquí muestra a un Santander interesante, guapo, inteligente y voluntarioso, narrado en primera persona, con el particular estilo literario novelesco del que hizo gala el doctor Perico Ramírez, cada vez que describía a los personajes que motivaron sus biografías.

Un acontecimiento de hondas consecuencias en la vida nacional y cuya divulgación sobrepasó nuestras fronteras, fue la exitosa “*Operación Jaque*” mediante la cual, gracias a una envidiable (e impecable) acción de inteligencia, la fuerza pública arrebató a las autodenominadas FARC a un grupo de militares, policías y civiles (incluidos 3 norteamericanos) a quienes mantenían secuestrados en alguna región montañosa de Colombia. Ante la comunidad académica de la Escuela de Cadetes de Policía General Santander e invitados especiales, los policías liberados en esta operación: teniente Vianey Javier Rodríguez Porras, sargento segundo John Jairo Durán Tuay y el intendente Armando Castellanos Gaona, narraron su dolorosa experiencia desde el momento en que fueron atacados por el grupo de delincuentes y su permanencia en la selva, hasta la gran sorpresa

de su intempestiva liberación. El mayor (r) Hernando Castro Conta quien asistió a esta extraordinaria tertulia, escribió para nuestro Cuaderno Histórico, su versión de las exposiciones de quienes – con el amor de siempre y su sentido profesional – hoy continúan portando el uniforme y sirviendo a la comunidad.

Con ocasión del nuevo aniversario de fundación de la Policía Nacional, en los primeros días de noviembre llevamos a cabo nuestra sesión solemne en homenaje a la Institución y durante la misma, nuestro académico y cofundador Brigadier General José Domingo Murcia Florián, recogió una serie de poemas de distintos autores alusivos al policía colombiano.

“*Los últimos días de El Libertador*”, fue el tema escogido por el historiador Eutimio Reyes Manosalva, miembro de nuestra Academia y de otras instituciones culturales, para rendir tributo a Simón Bolívar. La sesión cumplida en diciembre sirvió de marco para hacernos entrega de una estatua del Padre de la Patria, que fue elaborada por el escultor Leopoldo Torres Gutiérrez, obra que reposa en la oficina de la Academia Colombiana de Historia Policial; acá incluimos el discurso de orden del académico mencionado, al igual que los datos alusivos a la escultura y su autor.

A través de la historia policial han existido muchos personajes cuya vida meritoria ha trascendido no solo en el campo del servicio de vigilancia sino en actividades intelectuales de diferentes campos. Uno de ellos es el teniente coronel

Laurencio Ortiz Cabrera quien no solo perteneció a nuestra corporación sino a la Academia de Historia de Colombia y escribió varias obras, novelas y cuentos; una semblanza de su personalidad estuvo a cargo de su compañero de curso el académico coronel Ramiro Efraín Rincón Rincón.

El arquitecto Aristides Ramírez Cárdenas diseñó y dirigió varias obras dentro de lo que podemos llamar: “*Arquitectura Policial*”. Con su experiencia por haber pertenecido muchos años al servicio de la institución, aquí narra algunas anécdotas para la historia policial, alusivas a la forma como se adquirieron los lotes y la construcción de la actual Dirección General, el Hospital Central y el Centro Religioso de la Policía Nacional.

El Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC) es una entidad que nació al interior de la Policía Nacional (como una rama especializada del servicio) a principios del siglo XX; ahora es un organismo dependiente de otro Ministerio pero que mantiene, por razones obvias del servicio, su permanente vinculación con la Policía y por ello varios oficiales y suboficiales de la Institución tanto, en servicio activo como en condición de retiro, han aportado su trabajo y experiencia para el INPEC y sus establecimientos. Por ello se acaba de fundar el Capítulo correspondiente de historia bajo la tutela de la Academia Colombiana de Historia Policial en la Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra” en el municipio de Funza (Cundinamarca).

Se rinde también un homenaje al sargento mayor Luís Eduardo Jiménez Martínez, uno de los suboficiales que ha dejado historia en la institución; gran carabinero, instructor, maestro de equitación y primer campeón mundial de salto en equitación; recibe los elogios y el

reconocimiento del señor general (r) Pablo Alfonso Rosas Guarín y del hijo del ilustre carabinero, el teniente coronel (r) Rafael Jiménez Salamanca.

Uno de los distinguidos miembros honorarios es el académico Doctor Antonio Cagua Prada autor de más de ochenta libros, Presidente de la Academia Patriótica Antonio Nariño y miembro de las academias de historia de la Lengua, de Historia de Colombia y la Sociedad Académica Santanderista de Colombia entre otras. En esta edición presentamos una evocación que escribió sobre el general Custodio García Rovira.

Cerramos esta edición con el homenaje que la Academia, tradicionalmente, rinde a la Escuela de Cadetes General Francisco de Paula Santander en el mes de mayo. En el acto solemne intervinieron el señor brigadier general Mauricio Gómez Guzmán (Vicepresidente de la Academia) y el coronel Janio León Riaño (Director del Instituto), discurso que mereció el oportuno reconocimiento de los asistentes al acto.

Esperamos que el contenido del presente “*Cuaderno Histórico Número 15*”, sea del completo agrado de nuestros lectores.

Brigadier General (r)
GUILLERMO LEÓN DIETTES PÉREZ
Presidente de la Academia Colombiana de Historia Policial



Academia Colombiana de Historia Policial

Presidente Honorario:

Mayor General Oscar Adolfo Naranjo Trujillo

Miembros Honorarios:

Dr. Antonio Cagua Prada
Dr. Álvaro Castaño Castillo
Dra. Cecilia Fernández de Pallini
Cr. Janio León Riaño
Dr. Carlos Germán Navas Talero
Dr. Jaime Posada Díaz
Card. Pedro Rubiano Sáenz
Mons. Fabio Suescún Mutis
Gr. Álvaro Valencia Tovar

Dr. Roberto Velandia Rodríguez

Miembros de Número:

Cr. Hugo Alfonso Cepeda
Cr. Héctor Álvarez Mendoza
Gr. Bernardo Camacho Leiva
BG. Guillermo Julio Cháves Ocaña
BG. Guillermo León Diettes Pérez
Dr. Flavio Audberto Dorado Daza
Cr. Gilberto Fernández Castro
TC. Lino Arturo Girón Trujillo
BG. Mauricio Gómez Guzmán
Dr. Gustavo Gómez Porras
Sr. Jaime González Parra
Te. (h) Armando Lara Neira
BG. Fabio Arturo Londoño Cárdenas
TC. Samuel Hernando Medina Aldana
BG. José Domingo Murcia Florián
BG. Edgard Peña Velásquez
MG. Carlos Alberto Pulido Barrantes
Arq. Aristides Ramírez Cárdenas

BG. Mario Fernando Ramírez Sánchez
Lic. Eutimio Reyes Manosalva
My. Victor Manuel Rincón García
Cr. Ramiro Efraín Rincón Rincón

Miembros Correspondientes:

Cr. Carlos Alfonso Becerra
TC. Roberto Orlando Bermúdez Segura
Mtro. Armando Cañón García
Dra. Luce Marina Echeverri Petti

TC. Marco Aurelio Forero Quintero
Dr. Horacio Gómez Aristizábal
Cr. Guillermo Gómez Lizarazo
Dr. Miguel Ángel Moreno Holguín
Dr. Leonel Olivar Bonilla
VA. Carlos Enrique Ospina Cubillos
TC. José Alberto Peroza Arteaga
TC. (Odont.) Carlos Eduardo Rodríguez Duarte
Lic. Rosa Ángela Plazas Velasco
TC. (Sacerd.) Silverio Ernesto Suárez Hernández
TC. Jorge Iván Toro Carmona

Nota: *Estas listas de miembros de la Academia Colombiana de Historia Policial, se han tomado en orden alfabético, por apellidos.*

*Presidentes de Capítulos de la
Academia Colombiana de Historia Policial*

TC. Luis Eduardo Altamar Valdivia
Capítulo de Historia Policial de Risaralda

*Cr. Luz Esther Cuartas Zapata
Capítulo de Historia Policial de Antioquia*

*Cr. Mario José Guatibonza Carreño
Capítulo de Historia Policial de Santander*

*TC. Hernando Grisales Ramírez
Capítulo de Historia Policial del Valle del Cauca*

*TC. Nelson Rincón Laverde
Capítulo de Historia Policial de la
Escuela de Policía Rafael Reyes
Santa Rosa de Viterbo (Boyacá)*

*TC. Fredy Alberto Tibaduiza Niño
Capítulo de Historia Policial de la
Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo
“Gonzalo Jiménez de Quesada”
Sibaté (Cundinamarca)*

*TC. Álvaro Jiménez Estrada
Capítulo de Historia Policial de la
Escuela Penitenciaria Nacional
“Enrique Low Murtra” Funza (Cundinamarca)*

CONTENIDO

EXORDIO.....5

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, HIELO Y FUEGO Doctor Mario H. Perico Ramírez.....	11
TESTIMONIOS DE POLICIAS LIBERADOS EN LA “OPERACIÓN JAQUE” Mayor (r) Hernando Castro Conta.....	15
EN EL CENTÉSIMO DÉCIMO ANIVERSARIO DE LA POLICÍA NACIONAL Brigadier General (r) Guillermo León Diettes Pérez.....	27
ECOS POÉTICOS EN LA POLICÍA NACIONAL Brigadier General (r) José Domingo Murcia Florián.....	31
BOLÍVAR GUERRERO Brigadier General (r) Guillermo León Diettes Pérez.....	44
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR Historiador Eutimio Reyes Manosalva.....	47
SEMBLANZA DE UN MARCELINO Coronel (r) Ramiro Efraín Rincón Rincón.....	54
HISTORIAS VERDADERAS Arquitecto Aristides Ramírez Cárdenas.....	57
CUADRAGÉSIMO CUARTO ANIVERSARIO DE LA ESCUELA PENITENCIARIA NACIONAL “ENRIQUE LOW MURTRA” Doctora Luce Marina Echeverry Petti.....	67
HOMENAJE A MI PADRE SARGENTO MAYOR LUIS EDUARDO JIMÉNEZ MARTÍNEZ Teniente Coronel Rafael Jiménez Salamanca.....	70
SEÑOR SARGENTO MAYOR LUIS EDUARDO JIMÉNEZ MARTÍNEZ General (r) Pablo Alfonso Rosas Guarín.....	73
EL GENERAL CUSTODIO GARCÍA ROVIRA Y LA TRÁGICA BATALLA DEL CACHIRÍ Doctor Antonio Cagua Prada.....	75
QUIEN FUE SANTANDER Brigadier General (r) Mauricio Gómez Guzmán.....	80
EL PENSAMIENTO DEL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER Y SU ACTUALIDAD EN LA FORMACIÓN POLICIAL Coronel Janio León Riaño.....	85
ANEXOS.....	89
RESOLUCIÓN NUMERO 001 DE 2009 (FEBRERO 20) POR LA CUAL SE CREA EL CAPÍTULO DE HISTORIA POLICIAL DE LA ESCUELA PENITENCIARIA NACIONAL “ENRIQUE LOW MURTRA”.....	90

**FRANCISCO DE PAULA SANTANDER,
HIELO Y FUEGO**



Intervención del Doctor Mario H. Perico Ramírez, en la sesión académica realizada en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, en homenaje al General Santander, el día 12 de agosto de 2008.

N. del editor. Al presentar su libro que lleva el título con el que encabezamos esta nota, el doctor Mario H. Perico Ramírez, dio lectura una parte del primer capítulo de esta publicación y que transcribimos a continuación:

Mis amigos y enemigos desearían que la imagen que ellos íntimamente se han construido de mí, permaneciera inmodificable hasta más allá de mi muerte. Mis amigos, por pura vanidad personal, intentarán, como lo han intentado, que mi careta, es decir, la que no es mi cara, se mantenga inflexible y dura. Amasaron con el barro de su afecto el perfil de un prohombre, de un superhombre, de un animal celeste sin contaminaciones terrenas. Le dieron forma y densidad a su cariño y a su admiración, y con los dedos suaves pero equivocados de su querencia, construyeron a su antojo el andamiaje de mi personalidad. A esta, trataron de limpiarla de vicios, de purificarla de los defectos naturales, que deben existir en toda criatura de carne y hueso.

Mis enemigos fueron más audaces. Jamás se preocuparon por examinar lo que hice, sino que detallaron lo que no hice. Olvidaron también al hombre y tomaron sus vestiduras y sus errores, con la peregrina idea de cubrir un espantapájaros para la posteridad. En parte lo lograron, porque el mundo es hipócrita y cobarde y se contenta con las aguas turbias de la calumnia para calmar su sed.

Entre estas dos fuerzas crecí y batallé. Sostenido a veces por los unos y desamparado por los otros, viví mi vida con una gran largueza interior. Fui codicioso con mis pasiones y avaro con mis virtudes. Hoy lo puedo confesar en estas memorias que no serán descubiertas por nadie sino pasados largos años. Muchos, la gran mayoría, se van a sorprender por lo que en ellas digo; muy pocos, me van a entender cabalmente. Me preocupan estos últimos: para ellos escribo. Desnudar el alma es un prodigio de valor. Lo voy a hacer en cada una de estas líneas. Así me duelan las entrañas y se me altere el pulso. Y tenga que masticar mi propia soberbia o anudar mi vanidad hasta convertirla en un ovillo. Llega un instante en la vida de cada ser humano en donde las cosas, los principios, los amores, los odios, las críticas, las maledicencias, pierden importancia, y la pierden en virtud de cierta levitación interior, que le permite al espíritu darle el toque de queda a los elementos extraños que lo rodean.

Frente a la mesa donde escribo hay un espejo. La luna de ese objeto es limpia y pura. En él se refleja hasta el aire. Los más nimios detalles de mi alcoba caen dentro de sus retinas sin

perder las líneas de su figura. Mi cama y el crucifijo que la guarda. El velador que alumbraba mis horas de insomnio. Los cuadros y retablos que cuelgan de las paredes, todo, todo lo que me circunda se retrata impiadora y detalladamente en él. Y en él también he visto cómo las líneas de mi faz se van tornando pesadas igual que mi cuerpo. Cada arruga, cada pliegue de mi fisonomía cuenta para el las angustias y las alegrías padecidas, y mientras que mi espejo permanece brillante y nuevo, Yo, Francisco de Paula Santander, su dueño, se dobla como un junco con el paso de los años, y se agrieta, se desborona, se empequeñece igual que una ciruela pasa escondida con precaución en cualquier alacena.

Cuando tomo la pluma entre mis dedos para rasguñar tres o cuatro frases sobre el papel, la presencia del espejo me reconforta y me da seguridad y aplomo. Quisiera – y esto es apenas un deseo insatisfecho- colocar varios espejos en torno mío y que cada uno de ellos correspondiera a una de mis virtudes o a uno de mis defectos. Lograría así ver a Santander amplificado, firme en sus convicciones o en sus principios, fuerte sin ser pedante, triunfador sobre la minucia y el detalle.

Allí, el generoso que siempre he sido aunque jamás me lo reconozcan. Con esa generosidad mía, sui generis, generosidad que me nace sin la pompa ni el retumbar de la propaganda. Sólida una vez y un poco canija otras, puesto que no ignora que para poder sobrevivir tiene que soportar el empujón y el atropello cuando no la rabia cejijunta de los menesterosos de la fama, que reptan y hacen su agosto al amparo de las debilidades o de las grandezas de los poderosos. Generosidad que me llevó desde pequeño a querer ser humilde y concesor, a pasar por alto la diatriba y los salivazos, al diálogo con el contendor del momento. Si repaso mi vida como la voy a repasar en este escrito, sus fallas pueden haber sido muchas; pero, sin lugar a dudas, mi fórmula para sobreaguar en este mar de leva de la política y de la intriga que me ha tocado soportar, ha tenido un coeficiente inmenso de generosidad.

Repito e insisto en esta tesis. ¿Qué es al fin y al cabo la generosidad? ¿Es una dádiva? ¿Es un presente? ¿Es un regalo de los dioses? ¿Es un escape para las almas poderosas? ¿Es un remedio que actúa a manera de panacea universal, curando, cicatrizando, cosiendo, aquí y allá, las heridas que causa el simple hecho de existir? Yo no creo que sea nada de esto. Creo, mas bien, que es un medio de defensa personal. Un arma de dos filos que bien manejada permite en un momento determinado parar el golpe y devolverlo dosificado pero con intención segura de no fallar el blanco. Hay hombres que nacen bajo el signo de la generosidad. Dan simplemente porque les sobra. Son generosos con su cuerpo porque son robustos. Son generosos con sus dineros porque los tienen. Son generosos con su inteligencia o con su talento porque lo poseen. Y es más gracia dar cuanto se tiene que cuando no se tiene nada. El que da de lo suyo se quita una parte de su ser y al quitársela busca disminuir voluntariamente sus poderes y sus fuerzas. En esto consiste el gesto hidalgo del que brinda lo que legítimamente es suyo. La generosidad del desposeído es, en

cambio, una moneda de baja ley, no expone nada, la carta se la juega en blanco sin el placer de la ganancia o el golpe bajo de la pérdida. Mi generosidad la mantengo en alto y la cuento y la confieso y a veces me arrepiento de ella. Di cuanto hubiera podido sustraer. Di cuanto hubiera podido recortar, cizar, amputar. Le di al amigo la confianza y el cariño que él necesitaba, le di también el respeto a su dignidad y aún más, le di la firmeza del débil cuando sabe que se enfrenta al fuerte confiado en lo accesorio y adventicio. Le di a mi enemigo motivos suficientes para que continuara siéndolo. Alimenté la hoguera de sus rencores con los carbones de mi comportamiento. Lo hice sudar sangre, ya que eso era lo que buscaba, y traspasé la barrera de mi propia generosidad al conferirle categoría y prestancia permitiéndole que fuera mi adversario.



Allá, en otro rincón de mi estancia, quisiera ver el Santander humilde. Al Santander de chilada y albornoz de mendigo. Al Santo laico que tuvo que soportar por muchos años el vaho del genio y el tufo del prepotente. Lo quisiera ver para admirarlo de nuevo, para estar con él en sus silencios, en sus vacíos, en sus abismos de perplejidad. Para decirle muy al oído: no me arrepiento de haber sido ese ser, ocasional y grande, que supo transitar desde una humilde cuna sobándose las manos con paciencia hasta alcanzar el honor y la luz permanente de las estrellas que fijan el rumbo y el destino de un pueblo. En cada estación de mi existencia el humilde se hizo presente. En la casa paterna, cuando el centavo faltaba para el mercado: en la escuela, cuando mis compañeros estrenaban muda y yo no; en el colegio, de becario, cuando mi tío me aflojó los cordones de su bolsa para pagar la pensión; en el ejército, cuando las jinetas del sargento me impedían la charla con los generales de ese entonces; en el llano, cuando la sal brillaba por su ausencia y la carne se tenía que comer como salía de la brasa; en la campaña libertadora, cuando le tuve que poner el pecho a las primeras balas españolas; en Bogotá, cuando las damas encopetadas y los señoritos de salón se sorbían los vientos por las castañuelas y los apellidos españoles, y miraban por sobre el hombro, al General Santander encargado de la presidencia. Y por fin, en el exilio, cuando los amigos se encogían como cauchos en mi ausencia para escurrir el bulto, y demostrar así que conmigo no tuvieron arte ni parte. En todas partes el humilde dio su conseja y puso su planta.

Junto a este espejo colocaría otro para que la figura del prudente se reflejara en él. Dice el refrán, que se nace prudente y se muere imprudente o al revés, se nace imprudente y se muere imprudente. De mí sé decir que mi prudencia es el fruto de mis reflejos. La tomé cuando la conocí con toda la delicadeza y con todo el respeto. La mimé desde mi más tierna infancia. La consentí en mi juventud y hoy en mi madurez la tengo de consejera y de guía. La entiendo positivamente; eso significa que la uso sin abusar de ella y que, cuando la necesito, recorro a sus buenos servicios y tengo siempre presente que, limitarme en lo que digo y hago, es mucho más importante que salirme de mis casillas sin el control y sin el freno que las circunstancias exigen. La prudencia me ha hecho fuerte. Desmonto el tiempo a base de sus filtros. Desazono a mi interlocutor con sus filos.

Hago crecer el silencio y la duda cuando pongo sus bordes en actividad. Sello la controversia y la algarabía con el solo contacto de su cayado y me pongo de ruana la chismería bullanguera al atizar en público los tizones de su fuego. He conseguido con la prudencia lo que otro no hubiera podido conseguir con la imprudencia. Qué prudente es Santander, he oído decir, y la voz que da el eco de esa frase me refocila y aprieta el corazón desde lo más íntimo de mi ser.

Todavía me quedarían pendientes tres espejos más para completar en esta forma lo que yo llamaría mi visión de conjunto. Al soldado le buscaría un sitio especial. La luz debe golpearlo de frente. No permitiría una mota de sombra en su casaca ni en sus alamares. Mis manos tienen que permanecer sobre el pomo de la espada con un gesto de reposo. Mi semblante, con esos rasgos curiosamente afilados que lo caracterizan, es bueno que tenga una arruga vertical sobre su frente, para que adquiera la sencillez y la hondura de las estatuas. A mis ojos les dejaría la misma expresión de frialdad y de ausencia que tanto me critican. La calidez y la tibieza de sus pupilas, que solo yo conozco, me las reservo para el hombre total. Al soldado hay que darle carácter y facha. En este arte los romanos nos llevaban una ventaja inmensa. César, Pompeyo, Mario se identificaban en sus bustos y era tal su gemelidad, que quien los miraba detenidamente, pensaba que un mismo escoplo los había tallado. Sus bustos son lejanos y estáticos, gozan de un silencio y de una cordura que solo el mármol puede dar. El laurel que los corona los identifica; aún más: no es una rama de olivo; es un golpe teatral del artista que atropella el sentido de los observadores, lo confunde, lo pasma y lo deja seguro de que lo que acaba de ver no es un hombre sino un símbolo.

Al soldado que hay en mí, que hubo en mí y que seguirá habiendo en mí, no lo disminuiré, es imposible. La alusión de Bolívar referente a que soy el hombre de la Ley o de las Leyes, me complace y me envanece, pero en ningún instante me da la oportunidad para borrar de un solo envión lo que hice como guerrero por esta Colombia. Las estrellas del generalato las conquisté bravamente. A puño limpio, se podría decir. No me crecieron en los hombros por generación espontánea. De simple soldado raso ascendí a lo que soy. El General Santander no es doctor, ni Don, es General, y basta. Me explayaré sobre este tema, sin dar explicaciones sino relatando los hechos y las hazañas en las cuales participé. Por ahora, pienso que de quitarme esa faceta o ese otro yo, de los múltiples que me adornan o que me paralizan, cualquier juicio sobre mi persona sería igual a que un pintor me retratara olvidándose de que mi cabeza tiene nariz y boca que la hacen ser lo que es.

Testimonios de policías liberados en la “Operación Jaque”



El 9 de septiembre de 2008, la Academia Colombiana de Historia Policial, presidida por el brigadier general Guillermo León Diettes Pérez, convocó a una tertulia en el “Teatro brigadier general Valdemar Franklin Quintero”, de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, para oír los testimonios del teniente Vianey Javier Rodríguez Porras, el sargento segundo Jhon Jairo Durán Tuay y el intendente Armando Castellanos Gaona, policías liberados durante la Operación Jaque que realizó exitosamente el Ejército Nacional de Colombia el día 2 de julio de 2008, y ha sido reconocida a nivel mundial por la combinación de inteligencia, sorpresa y limpieza demostradas en el curso de la misma.

Desde hace más de cuatro décadas el terrorismo ha sido una constante en Colombia. Pero hoy –gracias a acciones como la Operación Jaque– las FARC han perdido su norte: su capacidad de combate está disminuída; sus comunicaciones, desvertebradas y el apoyo popular, perdido. Colombia espera que este sea el fin de una organización delictiva que le ha hecho grandes daños a la sociedad para, así, regresar de nuevo al disfrute de una paz permanente donde florezcan los campos, se incremente la producción y el desarrollo integral sea una realidad.

Para comprender estos logros que se multiplican día por día con la política de seguridad democrática implantada por el Presidente Álvaro Uribe Vélez, es preciso saber que muchos integrantes de la fuerza pública ofrendan la vida o la libertad cuando, en el campo de combate, se quedan sin recursos y son secuestrados, acto inhumano que lleva al policía y al soldado a amar más la patria en vez de permitir que se quebrante su espíritu de lucha y voluntad de triunfo.

Con un lleno total y en el más reverente silencio de la audiencia, (conformada por los académicos, los oficiales, alféreces, cadetes, suboficiales, uniformados y no uniformados de la Escuela de Cadetes, invitados especiales, docentes y personal administrativo del Instituto) los policiales relatan sus penurias en forma descarnada a tiempo que reiteran su fe en Dios y su amor a la patria. Cada protagonista fue secuestrado en sitios diferentes: en Mitú, Vaupés; en Miraflores, Guaviare, y en Alpujarra, Tolima. Cada una de las palabras pronunciadas nos han demostrado que la libertad es uno de los dones más preciosos del ser humano.

Nota del Editor:

A continuación presentamos una versión escrita por el mayor (r) Hernando Castro Conta, asesor de prensa de la Asociación Colombiana de Oficiales en Retiro de la Policía Nacional “ACORPOL”, intervención del oficial y los suboficiales de la Policía Nacional que fueron liberados en la “Operación Jaque”.

A esta sesión de la Academia Colombiana de Historia Policial, asistieron como invitados especiales la señora María Teresa de Mendieta y sus hijos, al igual que doña Emperatriz de Guevara y su nieta, quienes fueron objeto de un homenaje especial.



Visión narrativa:

**Teniente
Vianey Javier Rodríguez Porras**



Es un orgullo estar aquí presente, ante un excelente auditorio como son ustedes, los futuros oficiales de la Policía Nacional. Este momento me resulta placentero porque, como siempre manifestamos los oficiales es honroso poder estar algún día ante los cadetes y, para mí, este es un instante muy especial.

Fui secuestrado en la toma de Mitú en 1998. Actuaron entre mil seiscientos o mil ochocientos guerrilleros en esa toma, y, creo que es una de las más violentas que ha tenido nuestra historia. Las circunstancias del momento en el país eran muy difíciles. La toma se inició a las cuatro de la mañana y solo a las seis de la tarde del mismo día coparon nuestras instalaciones.

Aunque días antes habíamos informado todo lo que venía aconteciendo, no tuvimos la fortuna de contar con apoyo: tal vez por las circunstancias de tiempo, modo y lugar. La guerrilla utilizó cilindros... creo que fue una de las primeras acciones en que ellos utilizaron este tipo de elementos. Derribaron todas las casas alrededor del comando; tumbaban las paredes y avanzaron.

Quemaban las casas utilizando químicos y paulatinamente nos iban reduciendo, porque, en el plan de defensa que diseñamos con mi coronel Luís Herlindo Mendieta Ovalle, ocupamos una cuadra alrededor del comando y esto sirvió para que la toma se dificultara un poco más... De no ser así, tal vez hoy no estaríamos vivos.

Al final de la tarde ya habían derribado todas las casas aledañas y se acercaban al “bunker” donde estábamos. ¡No había nada más que hacer! Allí fallecieron unos 18 compañeros y unos 28 particulares que las FARC asesinaron con los cilindros. La guerrilla no medía la distancia con los cilindros y por esto cayeron tantos pobladores. El apoyo llegó a los tres o cuatro días y ya no había nada que hacer. En un futuro es posible que ustedes tengan que afrontar situaciones parecidas a las que nosotros enfrentamos; por eso todos deben tener conciencia policial: un carácter muy recio y un espíritu de cuerpo para afrontar una realidad que aún no ha terminado.

Estamos, afortunadamente, en una etapa en que el conflicto se ve ya en el ocaso... Pero no ha terminado y ustedes van a tener que vivir situaciones difíciles. Por eso creo que los comandantes y todos los oficiales instructores, tienen que crear un espíritu de cuerpo, un carácter, una fortaleza, para que cuando vivan una experiencia parecida, la asuman con responsabilidad total, que es lo importante.

Ustedes serán los responsables de la vida de sus subalternos; ellos siempre se fijan en su comandante en el momento del combate: si usted se mueve, ellos se mueven; si usted dispara, ellos disparan. Todos deben tener carácter, templanza y arrojo, para poder enfrentar la situación que vive el país; para que no pasen las penurias que vivimos en el largo cautiverio.

Hoy cuento, por fortuna, que pude soportar todo lo que viví, gracias a los principios, a esas exigencias y enseñanzas que nuestros comandantes en la Escuela General Santander me transmitieron cuando fui cadete. Doy gracias a Dios y a mis comandantes... por ellos pudimos soportar con dignidad y mucho honor esos diez años de humillación y de injusta prisión.

Cuando la captura era inminente, reaccioné a unos cien metros cerca del comando... desafortunadamente, nuestro espacio se fue reduciendo y me desplazé como pude hacia el comando, donde solo había un “bunker” de unos 20 metros. Allí tomé el mando porque no había más oficiales; luchamos una media hora o tal vez cuarenta y cinco minutos, pero ya la guerrilla estaba a tres o cuatro metros frente a nosotros.

Mi coronel Luis Mendieta Ovalle se encontraba frente al “bunker”... un guerrillero le apuntaba por la espalda. Los guerrilleros gritaron: “¡Salgan del “bunker!” ya no tienen nada que hacer! ¡Salgan o matamos al coronel!” (Narro estos momentos con el debido respeto por doña María Teresa, su esposa - que también nos acompaña hoy aquí-. En esos instantes no hallábamos qué hacer; estábamos todos estupefactos.

Nuestro jefe, mi coronel Mendieta, un hombre de gran nobleza y carácter... Ya no había nada que hacer... mi coronel nos gritó: “¡Tomen ustedes la decisión que quieran!” En estos momentos cada quien decide su destino y asume sus propias responsabilidades.

Retiran a mi coronel y nos apuntan con unas mangueras y unas canecas llenas de gasolina que tienen conectadas a unas motobombas, alrededor del lugar. Lo digo con mucha humildad y sin ningún orgullo ni vanidad: ¡yo no me iba a entregar! ¡Le di la orden a los 18 policías que estaban conmigo allá, que íbamos hasta el final!

Pero hoy reflexionamos: Había algunos policías que tenían esposa, hijos, muchos seres queridos... ¡y explotaron en llanto! ¡Se pusieron a llorar! Era una situación muy difícil así que di la orden que quien quisiera salir, lo hiciera. Algunos salieron y nosotros nos quedamos en el sitio. Empezaron a prender las motobombas para sacarnos; las mangueras estaban a cuatro, cinco o seis metros. Había gasolina por todos los lados. Nosotros no podíamos sacar los fusiles por los orificios del “bunker” porque ya nos tenían perfectamente copados.

Tomamos, entonces, la decisión de salir y yo fui el último en hacerlo. Guardé mi templanza. Uno tiene siempre un policía que es su mejor amigo y lo aconseja y eso, quizás me ayudó a tomar la decisión de salir. Ya después de mi secuestro, yo prefería haber muerto por ellos, los guerrilleros, o por mi propia mano, porque el sufrimiento que experimentamos, no tiene palabras para explicarlo.

Pero, bueno, hoy doy gracias a Dios por haber enfrentado esa dura prueba del cautiverio que es un asesinato, una muerte en vida... es un suicidio y ¡lo soporté! ¡Estoy vivo y con muchos deseos de vivir y superarme para salir adelante!

Vivencias de la operación

Muchas ideas rondaban en nosotros antes de la Operación “Jaque”: pensábamos que era, de pronto, una misión de Francia que venía a visitarnos porque se escuchaba la noticia de unos delegados de ese país que buscaban contactos en Colombia, y, muchas más versiones.

Ignorábamos que íbamos a contar con la fortuna de nuestra liberación. No nos íbamos a prestar para ningún “show”; no íbamos a prestarnos para que jugaran con nuestro dolor y, sobre todo, para burlar y manipular nuestras familias. Porque así lo han hecho durante muchos años.

Me puse feliz pensando que había la posibilidad –y lo digo con todo respeto por la familia de nuestros hermanos secuestrados que allí no se encontraban– que se daba una oportunidad. Yo sentí un gran regocijo y miraba a mí alrededor un sitio seguro para resguardarme, porque si era un desembarco, podía presentarse un combate y lo primero que haría la guerrilla era masacrarnos... ¡esa es la orden que ellos tienen!

La guerrilla llega corriendo; dicen que rápido e inician a sacarnos, que formáramos una fila y empiezan a intercalarnos con los guerrilleros. A cada secuestrado le ponen cinco subversivos para la custodia. Es lo dispuesto por ellos. Vimos unos helicópteros blancos que venían sobrevolando hacia nosotros, pasan el río y dan vueltas en círculos. En un potrero los mirábamos con estupor.

Nos preguntábamos: ¿Qué pasó?. ¿Quiénes son? En cuestión de segundos pasamos el río en una canoa, llegamos; y del helicóptero desembarcan... al principio pensábamos que era una misión médica, pero portaban unas insignias que nos confundían. Era algo que uno podía interpretar de muchas maneras. Creo que esta operación fue muy bien diseñada.

Como se ve en los videos, nadie quería prestarse para ese “show” de las FARC, porque creíamos que nuevamente iban a presentar un espectáculo para hacerse publicidad y no queríamos eso. En los videos se ve a Jhon Jairo alegando y llegó el momento en que dicen que tienen que esposarnos.

Fue un instante supremamente dramático; chocamos con los miembros que realizaban la operación y no íbamos a permitir que nos esposaran. Prácticamente entramos en discusión con ellos... fue un momento difícilísimo... Soy una persona que observa todo detenidamente y noté que quienes comandaban el operativo estaban muy nerviosos. Se me acercó uno de los que dirigían la operación y empezó a decirme que el combustible se agotaba, que no quedaba más, porque la discusión duró más de veinticinco minutos. Al fin nos convencieron de subir al helicóptero porque ninguno quería subir. Siempre hay un Dios Supremo: en ese momento nos iluminó y personalmente yo tomé la decisión. Estaba con los tres norteamericanos, ellos dicen que si hemos llevado la peor parte durante diez años, aceptemos las esposas por una o dos horas. Encabecé la fila.

Nos ponen unas esposas de plástico. Subo primero al helicóptero, me siguen los norteamericanos, me acomodé en el primer puesto, frente a Ingrid Betancur. En las imágenes yo estaba en el primer puesto, pero tan pronto me subí al helicóptero otro miembro del grupo que nos rescata, llega y no me deja sentar en el primer puesto. Me amarra los pies con las esposas.

La guerrilla tiene comprometida mucha gente en su seguridad, más la seguridad de los secuestrados. Estaban, como se dice popularmente, encartados; no hallaban qué hacer porque los abastecimientos faltaban, faltaba la comida. El ejército los asedia; la fuerza que está allá en medio de la selva... es increíble porque nosotros vivimos selva adentro y sabemos por dónde patrulla nuestro ejército. Mi impresión fue que nos iban a fusilar para desprestigiar al gobierno.

Lo que se dice dentro del helicóptero era confuso. Luego viene la entrega de las armas del guerrillero César, que no la quería entregar. Yo estaba muy cerca, vi y oí todo pero lo convencen y va y se sienta allí, al lado mío. Pero lo paran, se sienta al fondo, y el helicóptero alza vuelo. Tal vez llevaba treinta metros cuando fueron doblegados y quedaron en el piso de la nave. Obviamente quedaron inmovilizados; es un momento difícil. Yo no podía ver en medio de mi incomodidad pero cuando voltee, vi al guerrillero tendido en el suelo, al lado mío. No sabía qué había pasado. Los miembros del ejército en ese momento, pronuncian una breve frase sacramental: “¡Señores, son libres!” Quedé un instante estupefacto. Gasté como unos treinta segundos para volver a la realidad... empecé a salir de un trance. Pasados tres días todavía no comprendía lo sucedido, todo parecía un sueño... una historia de ficción.

¡Ser libre es lo máspreciado! Lo único que me duele en el corazón y en lo más profundo de mi alma, es que muchos compañeros han quedado allá y aún siguen soportando humillaciones, las inclemencias de la selva, las enfermedades... Es el único dolor que tengo. Por esto los invito a que seamos solidarios, a que rodeemos las familias de nuestros policías, la familia de mi coronel Mendieta, a Doña María Teresa quien se encuentra en este recinto; a la señora madre del extinto mayor Julián Ernesto Guevara, quien entregó su vida en cumplimiento del deber. Debemos rodear las familias de todos los policías secuestrados, porque ellas también sufren y por momentos se han sentido abandonados por nuestra institución; así lo hemos sabido. Todos tenemos ese deber moral de rodearlos y de acompañarlos en tan duro momento. Me gustaría llenarlos a ustedes de valor y fortaleza para que cuando se encuentren en situaciones difíciles, puedan triunfar y salir adelante, al entrenar deben armarse de berraquera, mucho carácter, tener templanza y como decimos en la escuela, no ser llorones. Si de algo le doy gracias a Dios, fue tener siempre unos comandantes que me exigieron al máximo; que eran allá en mi secuestro algo como mi guía. Porque estamos en guerra y no hay que olvidar que vivimos en un conflicto; que se requiere entrenamiento, que las exigencias deben ser supremamente fuertes. Ustedes lo entenderán algún día porque el conflicto continúa.

Visión humana:

Sargento segundo Jhon Jairo Durán Tuay



Fui secuestrado el 3 de agosto de 1998 en la acometida a Miraflores, Guaviare, en la base de antinarcóticos. Esta toma fue bastante fuerte; un día bastante lúgubre para todos porque allí perdimos unos 15 compañeros entre soldados y policías. Nos atacaron unos 1200 a 1300 guerrilleros de los frentes 7 y 44.

Primero atacaron al “Juan José Rondón”, la Compañía Díaz Cuéllar y a un grupo móvil de contraguerrilla que se tenía para combatir a las FARC. Éramos unos 60 policiales y entre 75 u 80 soldados. Los policiales estábamos con el teniente Donato, quien todavía permanece secuestrado; el teniente Vanegas, que desafortunadamente murió en el ataque; el cabo Julio César Buitrago, el cabo Zambrano Manjarrés, actualmente está en comisión de estudios en Estados Unidos; un grupo de patrulleros, unos auxiliares de tránsito y yo.

La toma empezó a las seis y media de la tarde más o menos. Estábamos a unos tres o cuatro kilómetros de la cabecera del pueblo, en área bastante selvática. El pueblo tiene unos 20 mil habitantes y está totalmente rodeado por la selva.

Nuestra misión allí era custodiar, vigilar, controlar la entrada y salida de aeronaves en la guerra contra los estupefacientes. Con un grupo de soldados patrullábamos a diario el perímetro del pueblo. Muchas veces tuve enfrentamientos con las FARC pero, gracias Dios, nunca nos pasó nada. Durante ocho meses salimos ilesos a pesar de las minas colocadas en los caminos. Nos atacaban en el pueblo, nos emboscaban, pero nunca nos pasó nada y, afortunadamente para nosotros, capturamos diez guerrilleros, decomisamos más o menos unos ocho fusiles y otros elementos más.

El, objetivo primordial era salvar la vida: no queríamos regresar a los hogares en una bolsa de plástico, como tristemente les sucedió a algunos de los compañeros.

Como venía diciendo, la toma comenzó sobre las siete de la noche. El ejército siempre estaba retirado de nosotros e hicieron lo posible para repeler el ataque pero combatía un soldado contra 20 guerrilleros. Nos comunicamos con ellos hasta las nueve de la noche, más o menos; nos pedían apoyo y tratamos de hacerlo pero desistimos porque la guerrilla ya tenía tomados los sitios estratégicos y nos estaban esperando.

Como a las nueve y media empezó el ataque a la base de antinarcóticos. Entre la noche y la mañana cayeron unos trescientos cilindros. Afortunadamente en días anteriores arreglamos las trincheras, las fortalecimos para que pudieran soportar una arremetida y nos sirvieron por bastante tiempo pero se fueron debilitando porque lo que caía era una lluvia de cilindros. No podíamos movernos de los sitios y al día siguiente, como a las seis de la tarde, se dio por perdida la lucha.

Pero quiero decirles que luchamos con mucho honor, mucha dignidad y mucho compromiso... cada minuto, cada segundo vivido en ese combate, lo ofrendamos a los colombianos que disfrutaban de sus padres, de sus familias, de sus hijos. Ustedes en esos momentos se encontraban estudiando y nosotros quisimos darles un mejor futuro. Hoy se encuentran en esta Institución y quiero decirles a los instructores, a los oficiales, al personal particular, que la instrucción y el comportamiento de los policías debe tener siempre continuidad, altruismo y mucho amor por Colombia. Amor para poder presentar un mejor porvenir a los hijos y a las futuras generaciones.

Entrega a Colombia y a la Institución

Para que Colombia pueda vivir en paz, digo con orgullo, viví diez años secuestrado. ¿Cuántas cosas hicieron ustedes mientras me encontraba privado injustamente de la libertad? Muchas, pero esos diez años de secuestro que compartí con los compañeros, fueron de –berrquera-, de amor institucional, amor por mi patria, porque a pesar de tantas humillaciones, tantas ignominias, tantas afrentas, con que las FARC siempre quiso doblegarnos, siempre mantuvimos la cabeza en alto y la mirada adelante.

Jamás decaímos. El amor por la Institución y por el país va en mi corazón y en este uniforme verde aceituna que hoy tengo y represento, lo siento hoy más que nunca como parte de mi cuerpo, parte de mi sangre.

Ustedes son los futuros oficiales; van a dirigir los comandos, las estaciones en las diferentes áreas del país y también deben sentir lo mismo. Tienen que sentir y amar a Colombia, a nuestra Institución; admirar al capitán Julián Ernesto Guevara Castro quien en sus últimos días de tristeza, de soledad y de enfermedad, mantuvo siempre en alto el orgullo de ser policía; y si él hoy pudiera estar con nosotros, en este recinto, seguramente les diría: ¿Cuánto tiempo piensan ser leales a su Institución?, ¿Cuánto tiempo van a ser amorosos con la institución? también nos diría que cada palabra, cada acto, cada gesto, no solo representa a la familia, representa a una Institución grande como lo es la Policía Nacional colombiana, una Institución que cada día es más querida por los colombianos, y cada día más respetada por la guerrilla y el mundo entero.

Los guerrilleros respetan a los policías en cada combate, porque nosotros lo entregamos todo: la vida, nuestras ilusiones. Nos respetan como combatientes. Por eso quiero decirles que si se sienten flaquear, piensen en el futuro. Porque si hay algo que de pronto los hace llorar, los hace sufrir, los hace desesperar durante los tres años de escuela, esa misma formación otorga la fortaleza y dignidad que les servirá cuando sean subtenientes, comandantes de “estaciones de orden público”, comandantes de contraguerrilla.

Dice una frase: “La decisión debe ser tan fuerte, para que la guerra al fin descanse”. Todavía estamos en guerra; las FARC todavía existen y el compromiso de todos los policías y los soldados de Colombia es doblegarlos, hacerles entender que sus actos de barbarie, sus actos de terrorismo, sus actos cobardes, tienen que acabarse. Porque los colombianos necesitamos un país libre de terrorismo, un país libre de FARC, un país donde todos tengamos la oportunidad de vivir en paz.

Hoy quiero recordar a mi coronel Mendieta, a mi capitán Murillo, a mi teniente Donato y a los demás señores oficiales, suboficiales tanto del ejército como de la policía, que se encuentran en la selva. Son veinte policías, ocho soldados y tres mil particulares secuestrados. Quiero recordarlos en este recinto y pedir para ellos, de todo corazón, un fuerte aplauso.

Ustedes se preguntarán: ¿Cuál fue la energía que los mantuvo vivos, en lucha constante para seguir adelante? Nosotros nos alimentábamos con los mensajes que nos mandaban nuestras familias y con esa fe que no se puede sentir, no se puede palpar, pero existe en todo el accionar del diario transcurrir. Porque todos los días son de esperanza y fe en Dios y, como dice el escudo de nuestra Institución, ¡Dios y Patria!

Día tras día Dios se comunicaba con nosotros, se nos manifestaba en la soledad, en la tristeza, en la fortaleza que nos daba para soportar cada humillación. Cada vulgaridad de los guerrilleros se trocaba en misericordia y esperanza. Por eso podíamos vivir un día más, a pesar de tanto dolor y tanta tristeza. Él nos llenaba de amor y de afecto. Nos daba fuerzas para no desfallecer.

Esos momentos difíciles son los que forman al hombre y son lo que nos van a ayudar en un futuro a ser mejores. Porque todos los secuestrados creemos en ese Dios bueno que, de alguna manera, nos da renovadas pruebas de su existencia. ¡Porque Dios existe!

Yo les quiero preguntar: ¿Será que a punta de arroz, sopa de pasta y una arepa, se pueden soportar diez años de secuestro? ¿Qué puede alimentar pasta y arroz? Pues ¡aquí estamos! Perfectamente bien tanto de la mente como del cuerpo. Hay cosas que duelen como lo que nos pasó, hay cosas que no se pueden olvidar porque mi Capitán Guevara era un gran oficial, era mi amigo, era mi hermano y eso nunca se podrá sacar del alma ni del corazón.

Visión Político- Militar:

Intendente Armando Castellanos Gaona



Caí en manos de las FARC en 1999, en el Departamento del Tolima, municipio de Alpujarra. Se encontraba de Presidente de la República el doctor Andrés Pastrana Arango y negociaba con las FARC un proceso de paz que, desgraciadamente, resultó fallido. Mientras el gobierno negociaba, las FARC se fortalecían haciendo de las suyas... ¡No teníamos quién respondiera por el país!

Las FARC llegaban a los municipios más alejados, como lo hicieron en el departamento del Mitú, los arrasaban y nadie hacía nada. No había respuesta. Desde que iniciaron negociaciones con Pastrana, las FARC se estuvieron robusteciendo para la toma del poder y esto no lo entendió el Presidente Pastrana.

Las FARC empezaron a tomarse pueblos, secuestrando policías para intercambiarlos por una supuesta ley de paz, por una ley de canje permanente. La guerrilla pensaba que habría guerra permanente si se intercambian siempre policías y soldados por guerrilleros.

Me tocó en 1999 vivir la toma simultánea de cinco municipios que atacó las FARC: Alpujarra, Laral, Dolores, Prado y Villa Rica.

La estación de Prado era una construcción de bahareque y en los primeros cimbronazos murieron siete policías. La mía era una instalación muy buena pero no contaba con armamento moderno. Solo contaba con ocho policías por turno y viejas carabinas M1, punto 30.

La guerrilla nos atacó como a las diez de la noche. Se trató de una toma simultánea: atacó al tiempo los citados municipios que distaban media hora de recorrido uno del otro. Iniciaron por Dolores que de inmediato pidió apoyo y nosotros pensamos: “Si están en Dolores y estamos a media hora, se nos acerca el combate”.

El avión fantasma.

Cuando salimos a la trinchera, ya estaban tomándose el parque. Y, de inmediato, desconectaron la luz desde los postes dejándonos en la oscuridad. Atacaron a Prado y a Villa Rica, y supimos que para nosotros no habría apoyo. El gobierno no le paraba bolas al conflicto que vivíamos. Cinco estaciones al mismo tiempo pedían apoyo y solo contábamos con un avión fantasma en esa época. Un avión llegó a nuestra zona pero no nos apoyó por más de diez minutos porque no contaba con suficiente gasolina. ¿Cómo es posible que un avión de guerra no tuviera gasolina suficiente? Se le pide que lance luces de bengala y responden que no llevan; le solicitamos que no nos abandonen porque estábamos mal de armamento, y nos responde que no podía demorarse porque no tenían combustible.

Cinco municipios solicitaban ayuda simultáneamente. El avión de apoyo y la tripulación no sabían qué hacer; no podían ni orientarse: debimos orientarlos con una luz de bengala de mano que portábamos, porque no daban con el municipio de Alpujarra, donde nos encontrábamos.

Ustedes que próximamente serán oficiales, serán destinados a varios departamentos y municipios, y tendrán que enfrentar al enemigo, les aconsejo que no confíen en el avión fantasma porque no sirve para nada. Es un avión obsoleto, la guerrilla no le teme; no se piense que la sola presencia del avión basta para ganar el combate; la guerrilla ya tiene estrategias para evadirlo: si el avión ataca y presta un apoyo efectivo, entonces la guerrilla tumba las puertas e ingresa a las casas, saca a los habitantes y los expone al bombardeo. Ese refuerzo no sirve.

Cuando fui víctima de la toma, se pidió apoyo al Departamento Policía del Tolima con el batallón de contra guerrilla, desafortunadamente le tuvimos que pedir apoyo al Ejército que tampoco llegó: no tenía transportes para llegar a esos sitios apartados.

Lo que más se anhela es que lleguen aviones de la propia policía. Uno espera apoyo de la misma fuerza, con su propia flotilla y dotación. ¿Por qué tenemos que esperar que el ejército llegue a apoyar nuestra policía? Nosotros contamos en nuestros departamentos con gente preparada y especializada en estos ataques.

Cuando pedimos apoyo al ejército, no lo hubo. Teníamos que tratar de solucionar nuestros propios problemas, fueron diez horas de combate en las que las carabinas empezaron a desarmarse porque son de madera y el enemigo contaba con mejor armamento.

Los compañeros de Dolores ya contaban con varios muertos y heridos que pedían auxilio; los de Hidroprado se replegaron al escuchar las ráfagas en el pueblo vecino; Prado que está a quince minutos del Distrito, todo pavimentado, fue atacado por la guerrilla y volvió nada a los policías. Tampoco recibieron apoyo.

La guerrilla de las FARC nos tomó bajo su poder. Siete policías fuimos llevados hacia las montañas; nos internaron y nos sumaron a la lista del canje, para intercambiarnos por guerrilleros. Estuvimos nueve años en las selvas de Colombia, esperando un acuerdo humanitario o una ley de canje como la llaman en la guerrilla; sabíamos que era algo muy difícil por que pedían a Simón Trinidad y a la guerrillera Sonia, que ahora están encarcelados en Estados Unidos. La única salida sería un plan de fuga, no existía otra opción.

Quienes quedan, saben que es necesario un plan de fuga o no volverán porque es muy difícil negociar con la guerrilla de las FARC. Para completar, ya perdieron su trofeo que era Ingrid Betancur y los tres ciudadanos norteamericanos. Hubo un tiempo muy duro para nosotros porque durante largos cuatro años y medio estuvimos sin mandar pruebas de supervivencia a nuestras familias, porque nos quitaron los radios que nos transmitían los mensajes, nuestros seres queridos. Y un tiempo en que el pueblo colombiano nos abandonó. Muchos pensábamos que estábamos del otro lado, que ya no les interesábamos a la institución policial. Otros dudaban que continuáramos viviendo en las selvas.

Nosotros nos sentíamos orgullosos de portar los uniformes, de saber que éramos policías y desde que se ingresa a la institución, en cualquier momento se muere; queda inválido o se va a la cárcel. Todos lo sabemos muy bien, ya estábamos allí y habíamos caído por defender nuestra patria, nuestra institución, a los colombianos y no teníamos otra salida que buscar la forma de salir sin hacerle daño al gobierno.

Duré nueve años secuestrado en las selvas de Colombia, ustedes van a ser oficiales, van a llegar a muchos sitios de “orden público”, donde es muy pesada la situación.

¡Atentos, siempre atentos!

Compañeros: no se confíen, hay niños de diez años que nos hacen inteligencia y ancianos de setenta, o viejitas de ochenta, gorditas, hinchadas, uno piensa que no son ¡guerrilleras y ¡mentiras! si lo son.

Se llega a una finca y los guerrilleros se esconden en la casa. No nos confiamos de ancianos, de niños, niñas de doce años, que nos pueden estar espiando, no nos confiamos de un “chino” que entra a la estación diciendo que va a ver televisión ¡Mentiras!. Están haciéndole inteligencia. Hoy con un celular le toman fotos a las instalaciones y se las llevan al enemigo, al final lo que nos espera es que llegue el golpe.

El enemigo ya sabe cómo estamos ubicados. No nos confiamos, repito, de niñas bonitas, ni de viejitas que se ubican en la esquina a vender chance, ni que llegó un vecino nuevo al pueblo, porque hay que dejar la pereza y hacer inteligencia; no confiar de los que llegan nuevos al pueblo, de pronto es un plan contundente y cuando menos se piensa, dan la sorpresa fatal.

Al otro día ve a unos angelitos que pueden ser los que llegan a la cabeza del enemigo y uno confiado, pensando que no era una guerrillera; muchos guerrilleros son niños o niñas jóvenes, o unos ancianos que utilizan para hacer inteligencia, hay casas, donde uno menos cree, que se prestan para este engaño.

Duré nueve años secuestrado, pero hoy estoy aquí, contento, alegre, en la civilización, pisando tierra firme; estoy limpio; ya durmiendo en una cama decente; compartiendo con una mujer y viendo lo lindo que tiene Colombia, lo bello que tiene Bogotá, las cosas nuevas; estoy orgulloso aquí en mi policía y la verdad que estoy esperando que termine mi carrera.

En el Congreso hay un proyecto de Ley para ver cómo nos ayudan y cómo nos pagan el tiempo doble, porque allí en el secuestro se pierden dos y hasta tres veces más vida que aquí; esperamos a ver cómo nos pagan ese tiempo y pensar en la pensión.

Les agradezco mucho, compañeros, su atención y estoy muy orgulloso de ustedes, orgulloso de quienes van a ser oficiales de la Policía Nacional y van a servir al país y a sacarlo adelante. Con la ayuda del Presidente Uribe y gracias al Ejército, estamos aquí hablando con ustedes, orgullosos y contentos.

EN EL CENTÉSIMO DECIMOSÉPTIMO ANIVERSARIO DE LA POLICÍA NACIONAL



Discurso pronunciado por el señor Brigadier General Guillermo León Diettes Pérez, Presidente de la Academia Colombiana de Historia Policial, en la sesión solemne realizada en el Auditorio General Santander de la Dirección General de la Institución, el día 6 de noviembre de 2008.

La historia debe ser el relato fiel y estrictamente veraz de los acontecimientos. Por ello el lema de nuestra Academia “*Memoria et Fides*”, que nos hemos empeñado en honrar durante estos 18 años de nuestra existencia, cuando tratamos de escudriñar aquellos hechos que se convertirán en páginas para orientar a las actuales y futuras generaciones de hombres policías al servicio de la sociedad. Esta es la razón por la cual invitamos, de manera permanente, a los congéneres en el diario acontecer de nuestro trabajo, para que narren y dejen testimonio de la memoria histórica policial, pues de lo contrario serán terceras personas quienes harán versiones tergiversadas y escritos amañados a sus intereses personales. Como sostiene el historiador Eric Hobsbawn, “la historia no es una ciencia inocua, no es una memoria atávica ni una tradición colectiva. Es lo que la gente aprendió de los curas, los maestros, los autores de libros de historia y los editores de artículos de revista y programas de televisión. Es muy importante que los historiadores recuerden la responsabilidad que tienen y que consiste, ante todo, en permanecer al margen de las pasiones de la política de la identidad, incluso si las comparten”.

Por ello, nos preocupa la proliferación de textos que han pasado a formar un género nuevo “cuasi literario”, al que desafortunadamente los medios de comunicación vienen convirtiendo en éxitos editoriales y que generan ríos de tinta, toneladas de papel y largas horas de filmaciones, originados en las cárceles, en los burdeles o en las sedes clandestinas de oscuras organizaciones criminales, sin un respeto por la expresión culta de la lengua. Es triste reconocer que, por ese morbo que campea por el mundo actual, esos libros encuentran eco comercial y convierten a esos “*escribidores*” en falsos historiadores, que cuentan verdades a medias, enredan el accionar de las autoridades, siembran dudas en el público, se autoproclaman poseedores de la verdad, terminan haciéndose dignos de admiración y desdibujando el trabajo de las instituciones públicas. Es necesario pues, que recojamos de primera mano la verdad de los hechos. Que nuestros hombres policías entiendan que la Academia está a su servicio y para contribuir al engrandecimiento de la Policía Nacional.

Paso ahora a referirme a un tema sobre el cual sugerí al señor Director General que preparemos una cuidadosa agenda: se trata de celebrar los cien años de algunos acontecimientos históricos de la Policía; nuestra Academia le ofrece el esfuerzo y el compromiso de cada uno de sus miembros.

Don Gabriel González López fue un ciudadano ejemplar, eminente jurista, escritor, periodista, pensador, poeta y depositario de innumerables valores y virtudes, a quien, por fortuna, el Presidente de la República doctor Carlos Eugenio Restrepo escogió para el cargo de Director de la Policía Nacional, el que ocupó por primera vez, desde el 16 de enero de 1911 hasta el 25 de febrero de 1913; lo tomaría por segunda vez, luego de una comisión de estudios sobre policía en Estados Unidos de Norteamérica, y años más tarde lo llevó a desempeñarse como Secretario General de la Institución. En su primer período demostró que la decisión del Presidente Carlos E. Restrepo fue uno de los aciertos más grandes de su gobierno, pues Gabriel González López cumplió a la perfección el juramento que hizo al asumir la delicada misión que se le encomendó. Moldeó la joven institución que recibió, al empezar por estructurarla con base en un estatuto orgánico que definió su misión, su visión, su tarea y su compromiso con la sociedad, para separarla de la confusión que había dejado el hecho de que, como cuerpo integrante de la república, era fácil y práctico sacarla de su ordenamiento legal y pasarla al “campo de batalla” para hacer la guerra, como cuando, a principios de ese siglo, fue agregada al ejército para combatir en calidad de tropa oficial en la “*Guerra de los Mil días*” y deja a la capital en manos de unos inexpertos y recién incorporados policías. Inmerso en su trabajo, fueron muchas las cosas positivas, fruto de su dirección y que aún perduran en nuestro cuerpo-institución: dispuso la creación de la primera escuela técnica para la enseñanza de la profesión a policías uniformados y detectives; ordenó el nombramiento de un abogado para la defensa de los miembros que se vieran vinculados a la comisión de algún delito como consecuencia del servicio; creó una biblioteca policial de consulta para los uniformados, el auxilio mutuo, la Caja de ahorros y firmó un convenio de prestación de servicios de sanidad con la Clínica Marly. En fin, resulta extenso enumerar acá las múltiples realizaciones de quien, con sobradas razones, alcanzó a ser llamado el “Director excepcional de la Policía Nacional”. Pero el motivo fundamental de esta alusión a tan ilustre personaje, es la creación de dos instituciones que han sido verdaderos símbolos de la actividad cultural de la Policía Nacional y a los cuales puso especial interés y dedicación desde el momento de su fundación en el año de 1912. Ello quiere decir que nos quedan escasos tres años para que celebremos con toda pompa el primer centenario de su existencia: la Banda Sinfónica y la Revista Policía Nacional. La primera de ellas, la Banda Sinfónica, ha sido una verdadera carta de presentación institucional, desde cuando se creó con los 30 policías que, de todas maneras, no podían descuidar su vigilancia en la calle, pero que cada vez que fuera necesario vestían sus uniformes de gala para hacer homenaje a Santa Cecilia (la patrona de los músicos) y pasaban a animar las festividades institucionales.

Al crecer con los años, fue una seria agrupación artística, que llegó a contar en algún momento con algo más de 120 maestros dirigidos por connotados músicos, con los cuales se hacían conciertos en diferentes centros educativos de todo el país; en el Teatro Colón, en salas de primer orden y de lo cual dan fe varios discos de larga duración que se conservan en archivos fonográficos.

No pretendo demeritar a la existente hoy, pues sigo muy de cerca sus actividades y conozco la calidad, el esfuerzo y la dedicación de sus integrantes; pero, Dios quiera, que para celebrar su primer centenario, contemos con una verdadera gran Banda Sinfónica, de por lo menos cien calificados músicos, con un buen instrumental, digna de volver exclusivamente a dedicarse a la presentación de conciertos culturales no sólo en la capital, sino por toda Colombia y separada de la otra banda que se formó hace pocos años, para acompañar las presentaciones marciales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander.

La Revista de la Policía Nacional, fruto también de la mente creadora del doctor Gabriel González López, en el mismo año de 1912, fue una publicación mensual, aunque en otras épocas se volvió bimensual, trimestral y hasta semestral, que luego de algunas interrupciones volvía a circular con la finalidad de divulgar algunos acontecimientos institucionales y ser instrumento para la historia policial, como lo fue, pues, entre otras cosas, la primera historia de la Policía Nacional que se publicó en el único número del año de 1941, se hizo para celebrar en las bodas de oro del Cuerpo-Institución. Fue escrita por el culto caballero y mayor de la Institución de nombre Guillermo Guzmán Grazt. Pero su mayor importancia radica en la necesidad de que recupere su calidad en cuanto al contenido, como una revista que registre los avances de la investigación policial, de la filosofía y la doctrina, de su derecho de policía; que oriente, dirija y enseñe a los alumnos las verdaderas bases, el presente y el futuro de nuestra maltrecha profesión policial.

Le reitero, señor Director General, que nuestra Academia está lista para apoyarlo en las decisiones que usted tome al respecto. Hace un año, al darle posesión, al señor General Naranjo Trujillo, como Presidente Honorario de nuestra Academia, por su dignidad como Director General de la Policía Nacional, le pedí que nos incluyeran como organismo asesor institucional, por la importancia de la tarea que cumplimos y por ser la pionera entre las instituciones similares de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional de Colombia. Agradezco su decidido apoyo a tal petición, así como el empeño que han puesto para ello el brigadier general Edgar Orlando Vale Mosquera (Director Nacional de Escuelas) y el coronel Edgard Sánchez Morales (Director de Planeación). Informo a los señores académicos que nuestro deseo fue atendido y está pendiente dentro del trámite que se sigue en la actual propuesta de reorganización de la estructura institucional.

Queridos policías de Colombia:

La Academia Colombiana de Historia Policial que me honro en presidir, la Junta Directiva y los miembros de número y correspondientes, hemos organizado esta sesión solemne en homenaje a los 117 años de existencia de nuestra bien amada Institución. Nosotros, los aquí presentes y nuestros invitados especiales, reconocemos en ustedes a los verdaderos servidores de la sociedad, agradecemos su dedicación, esfuerzo, sacrificio y consagración al juramento de su función y nos unimos, una vez más, a la permanente oración que elevamos a Dios para que muy pronto regresen sanos y salvos todos los policías secuestrados, con el general Luis Mendieta Ovalle a la cabeza; porque no se nos puede olvidar que entre todos ya empezamos a transitar ese camino que conduce a la libertad. Bien sabemos, que el policía sirve a los más grandes propósitos que lo conectan con el sentir y el clamor de justicia de nuestra sociedad. Por ello, todos debemos reconocer que la trascendencia y la mística del ser policial se generan del poder y la autoridad que Dios nos ha otorgado.

Que es el Ser Supremo hablándonos día a día, para que seamos líderes renovados en espiritualidad y ejemplos de entereza moral, porque fuimos hechos a su imagen y semejanza; no tapemos nuestros oídos espirituales a la mística que el Creador ha dispuesto para superar los conflictos propios de la naturaleza humana.

A continuación, el académico y cofundador de nuestra Corporación, brigadier general José Domingo Murcia Florián, interviene con su particular estilo en que recoge prosa, poesía y música, para rendir tributo de admiración y respeto a ese maravilloso puñado de mujeres y hombres que portan con orgullo el uniforme verde aceituna de la Policía Nacional.

ECOS POÉTICOS EN LA POLICÍA NACIONAL



Investigación presentada por el señor Brigadier General José Domingo Murcia Florián en la sesión solemne llevada a cabo el día 6 de noviembre de 2008 en el Auditorio General Santander de la Dirección General, con ocasión del aniversario 117 de la Policía Nacional.

De las páginas del libro “*Cosas elementales*”, propio de la sabiduría de Carlos Castro Saavedra, reproducimos el poema que con el título “Los Policías”, les exaltó bellamente así:

“También los policías son padres de la patria,
pero anónimos, abnegados y silenciosos.
Ellos cuidan las calles, como a hijas menores,
y defienden la vida, los bienes y la honra de la nación entera.
Desafían la noche y sus peligros, la noche y sus relámpagos,
para evitar que los ladrones roben el sueño
a las ciudades y la paz a los pueblos.

No son los enemigos. Si alguna vez lo fueron,
no es de ellos la culpa solamente. Toda la sociedad es responsable.
Más lo que importa ahora, pasado el tiempo de las malas
cosechas es insistir en que los policías merecen más aprecio,
más respeto y más admiración.

Policías y obreros deben reconocerse y abrazarse.
Lo mismo policías y estudiantes, hasta que todos formen una sola familia, dedicada a hacer
patria y a hacer amable la existencia.

Debemos ayudarles a ser buenos y a conservar su estrella limpia.
Sin la ayuda de todos los civiles, en este sentido,
será imposible incorporarlos al cuerpo de la patria,
e injusto pedirles que se conserven puros y trabajen con entusiasmo.

Un pan más grande para ellos más grande y menos duro.
Además necesitan alimentos espirituales; la amistad de los niños,
la confianza de los ancianos, la hermandad de los hombres,
en suma, y aún de las palomas que viven en los parques.

Cuando sientan los policías que en realidad protegen a la gente y que la gente los protege a ellos, se habrá ganado mucho, en la conquista de una patria grande y una paz duradera.”

El doctor Gabriel González López, nacido en el municipio de El Agrado – Huila- distinguido abogado rosarista, fue director de la policía en dos oportunidades; la primera desde el 16 de enero de 1911 hasta el 25 de febrero de 1913.

A su sobresaliente gestión y liderazgo que le merecieron el título de “*Director excepcional*”, se suma su especial interés por expresar el sentir institucional poéticamente.

Así las cosas, el año de 1912 en la segunda edición de la Revista Policía Nacional, que él fundó, publicó de su propia autoría, los siguientes dos sonetos alusivos al ser y el deber ser del profesional de Policía:

Vida de abnegación y sacrificio,
sometido al rigor de duras pruebas;
sobre tus hombros vigorosos llevas
la ponderosa carga del servicio.

Alejado por ley de todo vicio,
tu esfuerzo y voluntad siempre renuevas
y no existe amargura que no bebas
en tu fecundo cáliz de suplicio.

Cuando de todos el derecho amparas,
cuando sirves de apoyo al desvalido,
y expuesto a las venganzas del bandido

Por cumplir tu deber, nada reparas,
la injusta sociedad en recompensa
del insulto y desdén te da la ofensa.

Mas, no importa. Prosigue tu camino,
con noble afán, con entusiasta empeño,
y acuérdate de aquel que en duro leño
enseñó de los hombres el destino.

Que pienses en la gloria es desatino;
ni el premio a tu virtud, grande o pequeño
encontrarás en porvenir risueño...
quizá mueras en recio torbellino.

Pasarás ignorado, como obrero
silencioso del bien. Porque los hombres
solo graban en mármoles los nombres

De quienes riegan sangre en su sendero.
confórmate, por todo merecido,
con la conciencia del deber cumplido.”

En el número 6 de la revista (vamos en el 275), también en 1912, se conoció con el título “*El Policía*”, figurando como autor T.A. Belalcázar Vergara, el contenido del siguiente poema:

“Va muy solo en la noche de su vida
bajo la santa paz del firmamento,
como el padre guardián de un gran convento
entre el silencio de la grey dormida.

Finge su larga sombra detenida
un centinela herido por el viento,
que velara un enorme campamento
cabe la soledad de la avenida.

Un campanario da la media noche;
se oye a lo lejos el rodar de un coche
y el gallo anuncia el despertar del día;

Titilan las estrellas en el cielo
y tras la huella de un antiguo anhelo
se aleja suspirando el policía...!”

Ante la orden que impartiera un comandante para prohibir el bigote en los grados de subteniente y teniente, aparece de autor anónimo esta rima:

“Un 16 de junio, el comandante
la orden impartió: “dase de baja
al bigote de ahora en adelante;
de modo que... barbero: ¡a tu navaja!

Y empezaron allá en la barbería
a rodar por el suelo, dando botes,
bigotes y bigotes y bigotes,
bigotes de la pobre policía.

Esos mostachos negros y poblados
que parecían cepillos limpiapisos,
o aquellos tan puntudos como erizos,
fueron ya “por la fuerza” derrocados.

Y han quedado tan tiernos, tan lampiños,
sin bigote, los jóvenes tenientes,
que al mirarlos pasar dicen las gentes:
- ¡qué bonitos se ven! ¡vivan los niños!”

Félix Villabona Ordóñez, diligente asesor técnico que fuera de nuestra revista, nos deleitó con su “*Plegaria al policía colombiano*”:

“Hombre soy como tú, buen ciudadano,
nacido libre en un hogar cristiano;
hombre que siente, como tú, la vida,
que lleva el alma de ilusión henchida
y el pecho lleno de calor humano.

Siento, cual tú, las diarias emociones,
tengo ideales, sueños y ambiciones,
y amor de patria, como tú lo tienes;
yo sufro de la vida los vaivenes
y el huracán, cual tú, de las pasiones.

Soy, en fin, como tú, de humana hechura;
vi la primera luz en cuna oscura
pero Colombia me aceptó en su seno;
mi pobre madre me enseñó a ser bueno
y en mi niñez me prodigó ternura.
Crecí en el pueblo humilde, en el barbecho;
un aura de salud llenó mi pecho
y vine luego a la ciudad inquieta,
y amé la ley, porque la ley respeta
del hombre su existir y su derecho.
En virtud de este amor soy policía:
tus derechos protejo cada día
y en las noches heladas te defiendo;
tal vez tú me hayas visto persiguiendo

a quien te ofende a ti con osadía.
Me has visto vigilar tu residencia,
custodiar tu heredad y tu existencia,
proteger a tus hijos y a tu esposa:
es este mi deber... y mi alma goza
cumpliendo mis deberes a conciencia.
Por eso yo te pido, ciudadano,
que me tiendas también tu amable mano
y me prestes tu ayuda decidida...
que yo daré mi vida por tu vida
con verdadero amor de colombiano!”

La Escuela de Cadetes de Policía “*General Francisco de Paula Santander*” cumple a cabalidad su inigualable labor de formación y capacitación de los cuadros de mando y egresan de allá profesionales ejemplares y comprometidos en la altruista misión de brindar convivencia a los residentes en Colombia, constituyéndose como universidad policial de América, con orgullo nacional y ejemplo internacional.

Un exalumno, el capitán Pedro Antonio Arias Landazábal, del curso IX, promoción Carlos Holguín, poseedor de calificado estro poético, con el título: “*Alma Mater*”, así le cantó a nuestro respetado y respetable centro académico, al cumplir sus primeros veinte años de paradigmático accionar:

“Salve escuela, raíz del saber.
salve escuela, raíz del saber.
que en tu gloria se entonen loores,
porque un nombre te dio Santander.

Libró pueblos aquel con su espada.
tú con ella y la ley por pendones,
a la patria le entregas, gallarda,
más que sabios, egregios varones.

Eres aula de honor, y en ti anidan
ideales de eterna nobleza;
tus cimientos de fe no trepidan,
pues jamás trepidó la grandeza.

Cuatro lustros te nutren, y esquivas
fuiste siempre a lisonja rastrera,
porque vales, te exhibes altiva,
por ser grande, tu gloria es cimera.

Cuando llego a tus puertas, me inclino
venerando tus fértiles lares.
porque tú me orientaste el camino,
porque en ti, mitigué mis pesares.

Eres nave que surcas segura
bajo el sol que tus mástiles baña,
no me arredra luchar con bravura
porque fuerte nací de tu entraña.

Y por eso te canto ardoroso
y mi labio ferviente te aclama.
salve, escuela, tu nombre glorioso
de Colombia será un oriflama!"

Sobre fondo de sangre y palmas de martirio sublime, caen día a día los cuerpos inertes de nuestros policías, que sirven de puente para sostener la democracia y evitar que sufra mengua el imperio del derecho. Es la institución que en el mundo más vidas entrega, la mayoría de ellas en plena primavera, izando el pabellón del deber cumplido.

Con tal motivo, desde la Secretaría de la agregaduría de policía en Panamá, en la década del 70, el sargento viceprimero Conrado Zuluaga Agudelo, remitió su composición versificada que tituló: "*Al Policía Sacrificado*":

"...Y en silencio te fuiste, mustio, inerte,
musitando a los tuyos tus amores...
cual manto oscuro te cubrió la muerte
de este mundo esgrimiendo sus horrores.

Cual palma bruscamente sacudida
el cuerpo ya sin vida doblegaste
y un suspiro, el adiós de tu partida,
concluyó tu existencia y te marchaste.

El puñal y la bala fratricida
en manos del canalla envilecido,
hicieron polvo tu uniforme y vida,
estandartes del bien en ti ya ido.

Ni un grito de dolor en el ocaso
la muerte te arrancó del pecho herido,
ya de lamentos y de angustias acaso
estaba al fin tu corazón henchido;

Porque el dolor se confundió antaño
con tu posible bondad inadvertida,
que hizo de lobos un sutil rebaño
y una esperanza de la fe perdida.

Cuántos hallaron en tu noble mano
una luz, un apoyo, una tutela;
cuántos huyeron de ti, buen hermano,
para no percatarse de tus penas.

Cuántos perplejos frente a ti alternaron
con la voz del auxilio una blasfema;
cuántos el odio contra ti sembraron
porque el orden y el bien fueron tu lema.

Más ese campo que absorbió tu sangre
con la avidez que se bebió al rocío,
de sus entrañas lanzará un enjambre
de flores blancas cual feliz plantío.

¡Llorar en el desierto es cosa vana!
¡gemir ante el verdugo es desvarío...!
mediando con amor la lid humana
se culmina también con señorío.

¡Señor!
tú que fuiste en la cruz tan blasfemado
y escupida la cara en tu agonía,
no permitas que horaden con agrado
la cristiana misión del policía.”

El personal no uniformado a través del desempeño de sus labores, llega a compenetrarse tanto con la tarea policial, que disfruta ampliamente los triunfos alcanzados y llora con los uniformados los momentos de lacerante angustia y profundo dolor.

El Especialista Primero Leonel Gálvez Amaya, cuando medita en las horas luctuosas, nos proporcionó su expresivo: “*Canto al Heroísmo Policial*”:

“Cada vez que defiendes tu bandera,
bandera policial sagrada y bella,
aumentas el valor de nuestra estrella
de Dios y patria grande y verdadera.

Allá en la aldea quieta y montañera,
en el brumoso amanecer del alba,
la siniestra guerrilla que sin alma
cobardemente ataca aleve y fiera.

Y un pequeño puñado de hombres, cual leones,
fusil en mano, el pecho enardecido,
defienden a su pueblo adolorido
con valor, con honor y sin traiciones.

Si la sangre te brota en la batalla,
puedes perderla en trágico destino
pero no tu valor, no es este el sino
del policía que el terror no acalla.

Si cae tu querido compañero,
hombro a hombro peleando malherido,
recoges con amor de su gemido
el valor de seguir altivo y fiero.

Siempre la patria guardará en su historia
santa y noble reseña de su vida,
y al pie de sus cenizas, encendida,
una llama de honor en su memoria.

En la selva pluvial, o en la hondonada,
en los llanos abiertos a los cielos,
o en las frías alturas con sus velos
mantén la mirada del deber alzada.

No desmayes jamás en esta lucha,
no te amilane la calumnia vana,
ni te tiente del oro la cizaña,
ni del soborno su falacia escucha.

Mantén el corazón puro y horado,
que el derecho de todo colombiano
pueda confiarse siempre en esa mano
que el valor y el honor han consagrado.

La patria la engrandeces con tu ejemplo,
pues tu vida será para el mañana
una lección de patria soberana,
de heroísmo y honor sagrado templo.”

Un destacado personaje, con quien compartí el honor de egresar como subteniente en 1959, integrante del curso XIX, Promoción “General Julio Arboleda” poeta soldado de marciales proclamas; personaje que ha dedicado toda su vida, no solo en la primera etapa sino en los años maduros a actuar como ejemplar policía, pensar en policía y soñar con el perfil ideal del servidor preventivo, también ha incursionado de manera sobresaliente el terreno de los rimadores.

De la fina pluma del señor mayor Humberto Aparicio Navia, refiero el poema: “*Los Agentes del Orden*”, dedicado precisamente en la celebración de un aniversario institucional.

“Guardianes del orden, gentil policía.
hermanos que saben de Gilibert servir:
es hoy vuestro día, que aplaude la patria,
pues honra muy alto su historia civil.

Mil loas os caben valientes varones,
de un cuerpo que sabe de heroico fervor;
que vibra señero, forjado de arrojo
de honor y de lucha cual fausta legión.

De verde uniforme, que os luce gallardos,
do constante velan el dulce soñar;
no hay frío ni estío que venza el anhelo,
el vuestro, que ahuyenta las sombras del mal.

¡Qué ejemplo dictaron aquellos que antaño
pioneros nos dieron tan noble entidad!
¡esencia del orden, también de progreso,
total garantía de justa verdad!”

¡Qué hermoso este día de gala y festejo!
¡Qué hermoso y qué triste se muestra a la vez!..

Por límpidas glorias que brindan los lutos
de mártires tantos caídos ayer...
que canten sirenas, que doblen campanas,
que suenen clarines, marcial el tambor...
por todos vosotros, queridos hermanos,
¡Qué a diario os bendice la mano de Dios!

El céfiro gime; ondulan los mares;
esparce la luna plateado fulgor...
y alto muy alto, rutila una estrella,
hermosa en el cielo llamada falcón.

¡Seguid a esa estrella que arde conspicua,
y magna destella templaria virtud;
seguidla perpetuo, gentil policía,
de nuestra gran urbe rectora del sur!

Y así Colombia irá proclamando
con voz en aumento su dicha sin par:
sentir que en su seno palpita abnegado
conjunto custodio de afán inmortal.

La escuela y el niño, que os ve como amigos,
hoy quiere ofrecerles humilde laurel...
cual es este canto sincero del alma,
que aflora mostrando lo puro del ser.

¡Salud, compatriotas! ¡salud y por siempre!
ya os canta la patria, la tierra del pan:
católico un pueblo que ansía bendito,
cristianos reencuentros, grandezas y paz!”

También el númen femenino se ha hecho partícipe con ecos poéticos en nuestra benemérita organización, protectora de la colectividad.

Propio de la imaginación de doña Luz Astrid Medina de Bohórquez es el siguiente mensaje, dedicado, como ella lo manifiesta, al “*Altruista e ignorado policía*” :

“Pensando en su presente sin futuro,
soñando en su labor sin gratitud,
amasando realidades e ilusiones
anteponiendo el hambre sin virtud.
Caminando como siempre entre la gente,
predicando el amor... la libertad...
esperando en los desiertos las semillas
que sus ojos no verán germinar.

Es el altruista e ignorado policía
la imagen viva de un ángel guardián
con la noche su trabajo no termina
es el esclavo voluntario,

que vela sin medir lo que le dan.
Con patriotismo y voluntad gloriosos
avanza con empuje de león,
muere por la patria si es preciso
entrega sin reserva su noble corazón

Policía que entonas por campos y ciudades
el difícil himno de la paz social,
en la tierra no está la recompensa
tu cantar es parte de un coro celestial”

Para concluir mi intervención, constitutiva de un sencillo pero significativo homenaje de la Academia Colombiana de Historia Policial a la Policía Nacional, al cumplir un año más de fructífera existencia, me permito referir un “*Romance Policial*”, síntesis histórica de la institución, cuyo autor es quien ostenta el honor y gusto de dirigirles la palabra:

“Sirvió como escenario la antigua Santa Fe
con la ley 23 la policía nació
quedando del sereno, la huella de su pie,
el decreto un mil su institución le dio.
El comisario francés Juan Marcelino Gilibert,
atravesó el Atlántico, navegó el Magdalena,
obstinado, acucioso, asiduo del saber,
arraigó al policía de esta tierra morena.

Apoyando al honrado, doblegando al violento,
enseñando a leer, patrullando los campos,
nació el carabinero de pausa acento;
briosos potros ariscos fue transformado en mansos.

La dirección fecunda de don Gabriel González
para ilustrar agentes su escuela les creó,
inició la revista con temas culturales
de la banda sinfónica la melodía brotó.

José Antonio Montalvo, Carlos Arango Vélez,
Eustorgio Sarria, Carlos Lozano y Lozano,
con Jorge Eliécer Gaitán a sus principios fieles
policías enseñaron en un ayer lejano.

El año cuarenta surge con trascendencia histórica
la Escuela de Cadetes General Santander;
cuna de la cultura, la ciencia y la retórica.
baluarte de virtudes, raigambre del saber.

Pero como la dicha no siempre viene sola,
dos infaustos sucesos la policía estremecen:
de Mamatoco la muerte que empaña su aureola
y aquel nueve de abril: los mandos enmudecen.

La década del cincuenta invita a resurgir;
emerge la Escuela Jiménez de Quesada;
amables suboficiales llegan a percibir
sabor de ciencia y técnica en textos condensada.

Abnegados agentes son su razón de ser;
para ellos se crearon escuelas regionales
buscando como norte la patria proteger
en todos sus rincones urbanos y rurales.
la cartera de gobierno fue su primera morada
que abandonó al mandato del jefe del estado,
entrando a formar parte de la fuerza armada,
al Ministerio de Guerra su razón ha vinculado.

Debían mitigarse grandes necesidades;
La gestión prioritaria del mando es eficiente,
Caja de Sueldos, clubes, Bienestar Social y Fondo,
Iniciaron en forma, su labor sobresaliente.

Abolida quedó la Policía Municipal,
la nacionalización total ya culminó.
el máximo peldaño, la Dirección General,
a sus propios mandos el Presidente confió.

Integrando su planta con selectos docentes,
nació la Academia Superior de Policía;
alforja de comandantes, bastión de dirigentes
moldea su carácter con tino y gallardía.

Estatutos de carrera con normas fundamentales
a oficiales y agentes su oficio garantizan;
suboficiales y civiles con derechos similares
cumpliendo sus deberes, buen futuro divisan.

Toda misión con grandeza es para hombres cabales;
así, sus actividades, derechos y obligaciones,
se consagran en leyes, decretos, manuales,
directivas, reglamentos, normas y disposiciones.
el fruto de la experiencia y el saber acumulado
permite conformar guías de procedimiento;
código policivo nacional fue promulgado,
entrando en aplicación para total cumplimiento.
Diplomáticos cargos, el gobierno ofrece;
de Colombia hacia el mundo viajan en comisión,
recibiendo el estímulo que su esfuerzo merece
y acumulando experiencias en bien de la nación.

Aplicando informática, con ágil servicio aéreo,
profunda en criminalística, versada en inteligencia,
se halla equiparada a las mejores del mundo
recibiendo con honor premios a la excelencia.

Esas vidas truncadas sin distingos de edad,
esa sangre que clama justicia, comprensión;
esos niños luctuosos que lloran orfandad,
esas viudas que elevan su sentida oración,

Dan aliento a la lucha de nuestro policía
que ardoroso se enfrenta con valor y pericia
sin reposo en la noche, sin descanso en el día
para que al sedicioso le llegue la justicia.

Protegiendo su pueblo en actitud suprema,
desafiando el peligro, la lluvia y la ladera,
Dios y patria corea repitiendo su lema,
al entonar el himno enarbola su bandera.”

BOLIVAR GUERRERO



Palabras pronunciadas por el señor Brigadier General Guillermo León Diettes Pérez Presidente de la Academia Colombiana de Historia Policial, en el acto de donación de la estatua del Libertador “Simón Bolívar”, el día 16 de diciembre de 2008 en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander

Muchas son las facetas que se encuentran en la figura y el genio del Libertador, que nos permiten hacer un acercamiento a él, para conocerlo y entender el compromiso que se impuso y cómo logró llegar a su gloria terrenal. Para esta ocasión y como un breve introito al discurso de fondo a cargo del académico Eutimio Reyes Manosalva, me referiré al “Bolívar Guerrero”.

Sus grandes batallas comienzan desde su corta edad, cuando fallece primero su padre y pocos años más tarde su madre, acontecimientos que naturalmente lo marcan para su formación a cargo de su abuelo, de las criadas esclavas de su familia y de sus maestros.

Convertido en subteniente del ejército de Aragua, inicia su periplo orientado a ejecutar el sueño libertario de las cinco naciones de la esquina norte de la América del Sur. Ya había sido testigo de los brotes revolucionarios de la Francia que originó la traducción de los derechos del hombre.

El genio guerrero se despierta y se pone de manifiesto a partir de ese momento; como coronel y como general selecciona cuidadosamente a sus estados mayores principalmente en Nueva Granada y Venezuela, desde donde pasa a las otras provincias; atraviesa llanuras, cruza ríos y quebradas, salva montes y montañas, se muestra como líder y organizador de las tropas para enfrentar al opresor.

Para Bolívar, el combate no es un simple capricho, sino una forma de vida; lucha siempre en busca de la victoria, con una vocación de guerrero que lo lleva a una contienda durante veinte años de duro batallar, sin arredrarse ante las dificultades, los infortunios, las traiciones, la ingratitud, y los reveses o derrotas de algunas batallas.

Su escuela de guerra, la hizo a campo abierto, porque ese era su destino; por eso fue venciendo los obstáculos que para muchos de quienes le rodeaban parecían insolubles. Con tesón, terquedad, convicción y valentía, venció enemigos, enfrentó caudillos, arrasó con los vencidos y ascendió a la cúspide de la gloria.

No pretendo acá rememorar la historia de las batallas y combates que Bolívar libró con su ejército libertador en la América, sino resaltar el genio guerrero que nace cuando en el monte Aventino jura liberar su patria de la opresión. Su juramento constituyó un propósito indeclinable de dedicar sus esfuerzos, sin descanso, a quitar el yugo de la potencia del momento que oprime a su pueblo. Batalla tras batalla y combate tras combate, constituyen el empeño que, de sueño e ilusiones, se convierte en una realidad, que lo llevan a entrar triunfante en Caracas, glorioso, rodeado de sus generales, coroneles y soldados en Santa Fé, Quito, Lima y todos los pueblos que lo aclaman a su paso.

Donación de la escultura



En el acto de donación de la escultura, aparecen de izquierda a derecha los señores Mayor General Carlos Alberto Pulido Barrantes, Brigadier General Guillermo Chávez Ocaña, General Bernardo Camacho Leyva, Brigadier General Guillermo León Diettes Pérez e Historiador Eutimio Reyes Manosalva.

El 17 de junio de 2009 la Academia Colombiana de Historia Policial, incorporó a su colección la obra del escultor Leopoldo Torres Gutiérrez, debido a la generosa donación del Académico de Número Eutimio Reyes Manosalva; se trata de una obra reciente, los materiales escogidos para la pieza son: resina poliéster, en fundición maciza, de 30 cm de base y 90 cm de alta.

Maestro Leopoldo Gutiérrez Torres.

Autor de la obra “Bolívar Guerrero”, es un escultor nacido en el municipio de Fusagasugá el 1 de febrero de 1953, iniciado en las artes en los años 70, realizó estudios en pintura, modelado, resina y bronce, talla en madera y en piedra.

En su primer período de trabajo sobresalen algunas obras religiosas que fueron expuestas en el barrio Minuto de Dios en Bogotá, su escultura se encuentra en distintos municipios de Colombia y participó en exposiciones nacionales y extranjeras. De su producción artística destacamos los siguientes trabajos: 1980-1990 “*Repujado Rafael García Herreros*”, 1990-2000 Homenaje a la “*Familia Boyacense*”, Monumento a “*Álvaro de Jesús Puesta*”, Motavita (Boyacá), 2000 en este periodo ha realizado destacados monumento como “*Paz de Ariporo*” (Casanare), “*La Diosa Bachue*” Villa de Leyva (Boyacá), Monumentos “*Pequeña Escala de Tunja*” (Boyacá), Monumento al “*General Antonio Nariño*” en la Quinta del Pensamiento y la Libertad (Boyacá).

El maestro Leopoldo Gutiérrez se radicó en la ciudad de Tunja donde tiene su taller y continúa desarrollando su trabajo.



**ACTA DE DONACIÓN DE LA ESTATUA DE BOLIVAR,
LIBERTADOR A LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA POLICIAL**

A los 17 días del mes de Junio de 2009, se protocoliza la entrega de la estatua que representa a Simón Bolívar Libertador; elaborada en resina poliéster, en fundición maciza, pieza única de 30 cm de base y 90 cm de alta, la cual fue diseñada en el año 2002, por el escultor Leopoldo Torres Gutiérrez y adquirida por Eutimio Reyes Manosalva, quien en su calidad de Bolivariano y de socio de Número de la Academia Colombiana de Historia Policial, hace esta donación teniendo en cuenta su afecto y admiración que tiene por cada uno de los integrantes de esta cara institución, que valora y sigue el ideario de El Libertador Simón Bolívar.

Donante: (fdo)

Doctor EUTIMIO REYES MANOSALVA
C.C. No. 4.039.921 de Tunja

Recibe: (fdo)

Brigadier General GUILLERMO LEÓN DIETTES PÉREZ
Presidente Academia Colombiana de Historia Policial

LOS ULTIMOS DÍAS DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLIVAR



Discurso de orden pronunciado por el Académico de Número Eutimio Reyes Manosalva, en la sesión solemne llevada a cabo el día 16 de diciembre de 2008 en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander.

Hoy hace 178 años en esta casa de la aduana, en aquella época “Casa del Consulado Español” en la ciudad de Santa Marta, yo Simón Bolívar me encontraba el primero de diciembre de 1830, sentí que mi salud iba empeorando y que pasaba las noches sin conciliar el sueño. Para ocupar la vigilia quise pasar la película de mi vida y dificultades al ofrendarme para alcanzar la felicidad de los pueblos de la América Meridional por su liberación.

Me siento más desilusionado que cuando la suerte me era adversa en las batallas. Hoy mi patria se encuentra en la anarquía, mi gloria mancillada, mi sueño perdido de consolidar una gran nación, equiparable en bienes y libertad al gran país del norte. De mi infancia tengo el recuerdo indeleble de mi madre Hipólita, quien me alimentó con su leche y me arrulló con sus cantos de esclava. El recuerdo de mis padres es fugaz por sus prematuras desapariciones.

Pienso que mi orfandad me ayudó a moldear mi personalidad y a morigerar mi temperamento de pólvora. Si hubiera sido domeñado por el castigo o por los halagos de la recompensa, hubiera sido tímido, indeciso e interesado por las cosas personales.

El haber quedado viudo me excusó de las obligaciones conyugales y se me dio la oportunidad de desposarme con la causa de la libertad. La enfermedad heredada de mi madre me hizo febril e imaginativo, el acoso de la tos me impulsó a las acciones rápidas, estrategia importante en las artes de la guerra.

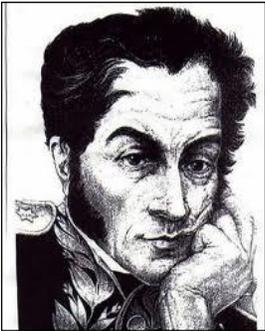
Mi maestro y amigo Simón Rodríguez encauzó mi hiperactividad y caprichos, en las actividades de la escuela espartana: atravesar a nado el río Guairia, marchas forzadas por valles y montañas, cabalgatas al galope y esgrima. Los ejercicios físicos los alternaba con el estudio de las matemáticas, las ciencias naturales, la geografía y la historia, esta última que no nos permite repetir los errores del pasado.

Mi segundo maestro don Andrés Bello, filólogo y dramático, de él fue poco lo que le aprendí, pero me inculcó el hábito de la lectura de obras clásicas, de Homero, Dante, Quevedo y Cervantes; con la lectura de este último me convertí en un Quijote majadero que me llevó arar en el mar y dar vueltas en los molinos de la hipocresía, la ingratitud y la perfidia.

Como no puedo cavilar tanto por mi extrema debilidad, me referiré a los cuatro años últimos de mi vida de caballero andante.

En noviembre de 1826 regresé a Colombia del Perú y encontré desde Quito un coro de lamentaciones: impuestos onerosos, bajos ingresos en el erario, una burocracia con funcionarios inútiles, los del sur no gustan de los del norte; los costeros repudian a los serranos; Venezuela inconforme con Cundinamarca; el ejército está inconforme, no gusta de los nuevos reglamentos; no existe la libertad de prensa; todas las clases sociales están inconformes.

Entre más voy avanzando la marcha hasta el norte, más me voy convenciendo, que se requiere de un gobierno central y fuerte, tal como lo planteé en la constitución que hice para Bolivia y la que dejé vigente. Eran cinco años de mi ausencia y las gentes salían a mi encuentro con júbilo y esperanzas de cambio que no veían por ninguna parte, me instan a que yo hiciera algo para cambiar el estado de crisis a todos los niveles. A la entrada de Bogotá el 14 de noviembre encontré una delegación de juristas con críticas liberales sobre las leyes quebrantadas y derechos infringidos. Ante estas cajas destempladas me sentí molesto por lo inoportuno del mensaje que se me daba, contrario a lo que me imaginaba que fuera un saludo para celebrar las glorias conquistadas del ejército en Ecuador, Perú y Bolivia. Observé letreros en las paredes en los que interpreté la inspiración leguleya de Santander.



Asumí el mando y el control administrativo; dicté decretos para mejorar las finanzas y conjurar las divisiones que alarmaban en el país y aproveché para promover la constitución Boliviana. Las circunstancias de Venezuela donde Páez se había revelado, urgía mi presencia para salvar la unidad de la Gran Colombia. Dejé encargado a Santander del gobierno. La mayor ironía de mi vida fue que desde mi propia patria

Venezuela, donde se había creado la república de Colombia en el Congreso de Angosturas en 1819, se socavara la unidad por las ambiciones de José Antonio Páez, un guerrero ignorante en cuestiones políticas, un iletrado al no saber leer ni escribir, un jugador de juegos de azar y de riña de gallos. Al entrevistarle le advertí que no había venido desde el Perú por evitarle el delito de una guerra civil y que yo iba como presidente y no como simple ciudadano venezolano. Al fin de muchas consideraciones llegamos a un acuerdo, el primero de enero de 1827. El 4 de enero entré en Caracas acompañado de Páez, como héroes, con arcos triunfales, guirnaldas y ceremonia religiosa. Fue tal mi emoción y generosidad que le regalé mi espada a Páez. En cierta manera yo actuaba con Páez hipócritamente, en privado lo criticaba, pero en público lo adulaba, era un proceder que justificaba que Venezuela continuara en la federación de países andinos y que adoptara la constitución boliviana.

El concepto que tengo de Páez es que es el hombre más ambicioso y más vano del mundo: no quiere obedecer, sino mandar; sufre de verme más arriba que él en la escala política de Colombia; no reconoce la nulidad, el orgullo de su ignorancia lo enceguece; siempre será una máquina de sus consejeros. Yo lo conceptúo como el hombre más peligroso para Colombia porque tiene medios de ejecución, tiene resolución, prestigio entre los llaneros que son nuestros cosacos y puede el día que quiera, apoderarse del apoyo de la plebe y de las costas negras y zambas.

Consciente del deber de estar en Bogotá, le di mi último adiós a Caracas el 4 de julio de 1827 y una semana más tarde me encontraba en Cartagena. La amnistía con Páez me trajo la malquerencia de Santander quien me criticó de pretender convertirme en dictador. A partir de estos hechos mi relación con Santander vino a menos, menoscabada desde 1824, cuando me negaba todo recurso que se necesitaba para adelantar la guerra del sur. Continuaron los malos entendidos y las recriminaciones de parte y parte y quise ahorrar energías y salvarme de las influencias de la perfidia y renuncié para no tener comunicación de doble vía con Santander, a quien no consideraba ser mi amigo.

Mi desconcierto con Santander fue mayor cuando tuvo la osadía de pedirme que renunciara a la presidencia. Durante dos años de mi gobierno viví las tensiones de las divergencias entre Santander como vicepresidente y yo como presidente. Mi tesis me hizo comprender y afirmar más mi profecía que la paz sería más terrible, más compleja y más dolorosa que la bárbara sanguinaria de la guerra. Santander afirmaba que mi gobierno era conservador y militarista, una amenaza para las conquistas liberales de los últimos seis años.

LA CONVENCION DE OCAÑA

Tenía confianza en la Convención de Ocaña para salvar la patria de la anarquía y esperaba sin dilación una convención que dictara intereses y no leyes inspiradas en la demagogia de la canalla. El vicepresidente desplegó gran propaganda entre los constitucionalistas, con tesis completamente en oposición a las mías. Abogaba por un programa federal. Mientras tanto yo me mantuve imparcial y prohibí que hubiera intervención del gobierno en la política. La selección de los convencionistas tuvo como mayoría a los candidatos de Santander y a mí me pareció fraudulenta por los intereses que se pusieron en juego, entre los que tenían una deuda con Santander por los cargos y privilegios que este les había dado durante los nueve años de poder.

La convención empezó el 9 de abril con 23 santanderistas, 21 bolivarianos y 18 delegados independientes. Del total de delegados elegidos, 44 estaban ausentes, los discursos se prolongaron durante 8 semanas. Santander se presentó como quien defendía la ley contra los peligros de una dictadura y abogaba por una federación, único recurso con que contaban los colombianos para salvar sus libertades nacionales.

Cuando quisieron suprimir de la constitución vigente el artículo 128, que otorgaba poderes extraordinarios al presidente, en tiempos de crisis, fue cuando quienes seguían mis ideales se retiraron de la convención en señal de protesta.

Encontrándome en Bucaramanga regresé a Bogotá para asumir el mando supremo de la república, con plenas facultades. La tarde del 25 de septiembre de 1828 me sentí mal y solicité a uno de mis ayudantes que me llamara a Manuela, quien vivía cerca. Ella vino y me obligó a tomar un baño caliente y acostarme. A media noche se armó un alboroto, sonaron disparos, aullaron los perros que nos hicieron despertar.

Yo le pregunté a Manuela: ¿qué pasó?, que te quieren matar, no pensarás pelear por tu vida en camisa de dormir.

¡Salta por la ventana!. Tomé mi espada y la pistola y traté de abrir la puerta y Manuela me impidió y salté por la ventana y fui a esconderme debajo del puente de San Francisco, hasta cuando conjurado el peligro salí con un criado rumbo a los cuarteles donde me esperaban con un ¡viva Bolívar!. Media hora después todos los conjurados habían sido detenidos.

Después de este atentado me agobió un decaimiento físico y moral, perdí la fe; mi seguridad y las enfermedades me volvieron un viejo quejoso y sobrevino a la vez el derrumbe de la república que había creado. Pensé que si para sostener un Estado es imprescindible un dictador, ese estado no tiene razón de ser. Cuando yo deje de existir esos demagogos se devorarán entre sí, como lo hacen los lobos y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos se desmoronará en el fango de las revoluciones. Lamento la suerte de Piar, Padilla y los demás que murieron por lo que Santander fue indultado.

VIAJE SIN RETORNO

El 8 de mayo de 1830 abandoné a Santa Fe de Bogotá y aún resuenan amargamente en mis oídos las blasfemias de la plebe y de los emboladores. En una de las calles hicieron fila y en forma airada y soez me gritaban, muérete, muérete longanizo, aplicándome el epíteto con el cual se calificaba a un personaje loco y típico que por aquellos años vagaba por las calles, disfrazado de militar.

Esta fue la gran despedida que me dieron como recompensa a mis desvelos, a mis luchas y así con mis lágrimas me fui alejando para siempre de la capital de Colombia, en una mañana brumosa. Fue una despedida de odios inculcados y hasta pagos, hoy convertido en un esqueleto andante sobre un rocín, rumbo a lo desconocido al inmenso velo donde mi voz no alcanza, llevo en mis extremidades el frío de la nada al reino de la muerte.

Inicié el recorrido con la nostalgia de haber dejado a mi adorada y loca Manuela, al cuidado de las aves rapaces y llevado por este sentimiento le escribí con presteza una carta en la que le decía “amor mío te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio”.

En Honda, mientras esperábamos el barco, mi mente estaba entre la amargura y la resignación y aproveché para conocer las minas de plata en Santa Ana. En su socavón me hizo falta el aire y sumergido en el vacío me pregunté ¿por qué estoy aquí? Y una voz interna me contestó, por tu fatalidad y porque no quisiste entregar la república al colegio de San Bartolomé. Reanimado fuera de la oquedad, contemplé la majestad del paisaje y de lo más

profundo de mi ser salió la exclamación ¡qué grandeza, qué magnificencia, Dios se ve, se siente, se palpa! ¿Como pueden haber hombres que lo nieguen?. Continuamos la marcha río abajo y en mi mente se agolpaba la idea, que quien viajaba era un proscrito, rumbo al destierro sin saber a dónde ir, si a Jamaica, Europa o Inglaterra.

Luego arribamos a Momopox donde se acrecentaron mis males, la cabeza me daba vueltas y me sobrecogió el vómito amarillo, tan fuerte que parecía votar mis entrañas por la boca.

Tomé calma y me sumergí en los recuerdos de la campaña del Bajo Magdalena cuando me tomé a Tenerife, Barrancas, entré a Ocaña, Cúcuta, Mérida, Trujillo y Caracas, en lo que se denominó la Campaña admirable de 1813. Después llegamos a Turbaco por el Canal del Dique y alojados en una sencilla casa en donde mis huesos han descansado de los duros camarotes del barco. He dormido bien y con una ilusoria mejoría que me hace soñar en grandes proyectos a favor de la reconstrucción de la patria, que podría contribuir desde tierras extranjeras.

Percibí que mi gloria se ha esparcido por todas partes y aquí en Turbaco a la hora meridiana unos niños presentan una coreografía de danzas, al son de tambores y sonajas en mi honor y recuerdo con nostalgia los años de mi infancia, cuando convivía en la hacienda de San Mateo con los hijos de los esclavos con quienes compartía mis juegos. Recordé con frenesí y excitación los bailes y las conquistas de mujeres bellas que me embriagaban con el delirio del placer y de los mimos. Las veía con sus vestidos ligeros en las noches de caricias y de besos.

Como estaba acostumbrado desde hace veinte años a escribir cartas de diferente género para comunicar mis opiniones, dar órdenes, me dediqué a ocupar el tiempo para escribirle a Manuela, a mi leal Sucre, a embajadores y generales. A Cartagena llegamos después de 34 días por el Magdalena, yo estaba muy cansado y fui recibido por el general Montilla. En la bahía se encontraba fondeado un barco inglés en el que yo podía partir para Londres, pero el problema era que yo no tenía dinero, porque si recibía sueldo era para ayudar a los compañeros de armas, auxiliar a las viudas de los patriotas muertos.

Antes de partir de Bogotá, me vi precisado a vender mis joyas, los caballos y otros objetos personales de cierto valor para costear el viaje. Contaba con la pensión de treinta mil pesos anuales que esperaba se me enviara a Cartagena, pero nunca llegó: “yo moriré como nací, desnudo”.

El primero de julio para colmo de mis males me llegó la noticia dada por el General Montilla, que el Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, había sido asesinado a traición en la montaña de Berruecos.

Fue tanto mi dolor y desesperación “santo Dios se ha derramado la sangre de Abel” y solicité a las personas que me acompañaban que me dejaran solo. Me sumergí en una profunda depresión por Sucre y el destino de Colombia.

Sucedió que mientras hacía la travesía hacia Quito para unirse con su esposa, al pasar por la Montaña de Berruecos camino hacia Pasto, desprevenido Sucre y sin escoltas, el 4 de julio, los asesinos le dispararon y dejaron tendido en el barro. Murió a la edad de 35 años.

Escribí a Mariana su esposa mi sentida condolencia y le manifesté la expresión más sensible y menos explicable de mi profundo dolor por la muerte de un amigo, el más digno de mi eterna gratitud por su lealtad, su estimación y los servicios que le debíamos. Fue la muerte del más inocente de los hombres y descrito en Europa como “La mancha más negra y más indeleble de la historia del nuevo mundo”.

En octubre tomó el mando el General Urdaneta, mi amigo, quien me propone asumir la presidencia; yo rehusé; estoy viejo, enfermo, cansado, desilusionado, ofendido, ultrajado y falto de recursos. Además la experiencia me había enseñado que la América era ingobernable y quien sirve a una revolución ara en el mar y lo único que se puede hacer en América es emigrar. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud descarada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores.

El 24 de octubre me trasladaron en estado grave a Santa Marta y de allí a la Quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad de Joaquín Mier, rico negociante español. Cuando se propagó la noticia de mi enfermedad grave, por toda la costa, comenzaron a llegar mis viejos compañeros de armas y especialmente los desterrados de Venezuela. Día y noche hacían guardia alrededor de mi dormitorio donde me extinguía lentamente. Me atendió solícitamente el médico francés Alexander Prospere Reverand, quien a la vez me leía los periódicos franceses con noticias de la Revolución de 1830. Cierta día en que yo había despertado de mi letargo de enfermo, le pregunté al francés, ¿y usted qué vino a buscar en este país?. Libertad, me contestó el doctor. ¿La encontró? Si, General. Ha sido más afortunado que yo, yo no la encontré y añadí, regrese a su bella Francia, en la que ondea la bandera tricolor.

El 16 de diciembre dicté mi última proclama, que dice: “Colombianos habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad, me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro”. Yo los perdono.



Simón Bolívar: últimos días en San Pedro Alejandrino (Santa Marta).

Al desaparecer del medio de vosotros mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión. Los pueblos obedeciendo al actual gobierno, para liberarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales. “¡Colombianos mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro!”.

SEMBLANZA DE UN MARCELINO



Trabajo presentado por el Académico de Número Coronel Ramiro (r) Efraín Rincón Rincón, en la sesión solemne del día 16 de diciembre de 2008 en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander.

¡Cómo te recordamos Laurencio...Y cuánto te extrañamos tus compañeros de promoción!

Diez largos lustros han transcurrido desde aquella fría mañana de un 16 de julio, día consagrado a Nuestra Señora del Carmen, patrona de las Fuerzas Armadas cuando tuvo lugar nuestro primer encuentro.

Aún vive perenne en nuestras mentes, la imagen nítida de aquella escena, cuando un grupo de más de un centenar de jóvenes, entre los 18 y 22 años de edad, procedentes de todas las regiones del país, “invaden” en tremendo desorden todo el espacio de la entonces plaza de armas, frente a la Dirección de la Escuela de Cadetes de Policía “General Santander”.

En aquel heterogéneo, conjunto integrado por entusiastas y alegres mozos noveles podemos apreciar, fácilmente, cómo afloran las diferentes modalidades, costumbres, términos, dejos en el hablar y otras características que denuncian fácilmente su procedencia. En una de esas pequeñas agrupaciones resalta un acentuado pronunciamiento sureño, vale decir, refinado acento nariñense. Allí estás presente. ¿Recuerdas? Lideras... pareces un maestro. Tus compañeros te escuchan y prestan atención. Pero ¿qué hace toda esta muchachada allí apostada? Expectantes inquieran la confirmación de la aceptación de su ingreso a este templo del saber. Platican variedad de temas mientras ansiosos esperan el llamado que ha de confirmar su aceptación de ingreso, la inclusión de su nombre en la lista de cadetes, ávidos de saborear las disciplinas que los reglamentos imponen para realizarse como oficial de la Institución garante del orden público interno de la nación, para de esta manera y desde el seno de esta entidad servir con honor a la patria...

Desde la Dirección de la Escuela confirman la incorporación de los aplicantes. Ya somos alumnos aspirantes a oficiales. Se integra la compañía, se distribuyen los ya cadetes en las respectivas secciones. Se asignan aulas y se inician estudios e instrucción de todas las materias programadas, en las cuales cumples a cabalidad con el rendimiento requerido y lleno de las materias. En la fila (orden cerrado) como en los campos de instrucción y prácticas deportivas, conocimiento y manejo de armas, tiro al blanco, equitación, etc; te comportas con un alto grado de disciplina y recibes, captas y asimilas todas las materias, lo cual redundo en provecho propio e institucional, motivo de plena satisfacción.

Ya despegamos... ahora se requiere establecer: ¿quién eres? ¿De dónde procedes, qué atributos te acreditan, cuál es tu trayectoria y cuáles tus propósitos? Se te adivinan muchos conocimientos y experiencias de la vida. ¿Cuáles han sido tus costumbres, aficiones y demás? ¿Cuáles tu derrotero y propósitos?: he aquí la respuesta a estas inquietudes.

Procedencia: fecha y lugar de nacimiento: 15 de mayo de 1924 en la histórica y hermosa capital del Valle de Atriz, ciudad de Pasto Departamento de Nariño, Laurencio Ortiz Cabrera, tercer hijo de doce hermanos de hogar formado por Sergio Elías Ortiz Cortés, eminente historiador y lingüista y Rosa Florinda Cabrera Montezuma y nieto del coronel Mardoqueo Cabrera del Ejército del Gobierno en la guerra de los mil días. Su primaria la hizo en el colegio de los Hermanos Maristas y se graduó en la Normal Superior de Pasto. Tu estirpe y alma de combatiente te impulsan a cumplir con el sagrado deber de prestar el servicio militar. Lo haces en el Batallón Boyacá acantonado en tu ciudad natal (Pasto). Sigues tu derrotero saboreando el magisterio como profesor, luego director del Instituto Juananbú, de la Escuela de Varones de Tangua y posteriormente del Colegio Sucre de la Ciudad de Ipiales. Continúas tu paso por la Escuela de Aviación de Cali hasta el año de 1949, de donde sales a trabajar a la zona de carreteras del Ministerio de Obras Públicas en Ibagué. Todo este cúmulo de actividades avivan tu inspiración.

Tu verdadera realización está donde te encontramos Escuela General Santander y tu gran satisfacción: el día que obtienes el grado de Teniente Segundo de la Policía Nacional de Colombia. Luces en tus hombros rutilantes barritas plateadas. Es aquí cuando empiezas tu cadena de éxitos. Tus servicios se inician en la entonces División Cundinamarca y con éxitos continúas por Medellín y Neiva, retornas por la región del Sumapaz y Llanos Orientales. Allí aportas tu primera cuota de sacrificio al resultar herido por una granada. Superado este impase prosigues en tu ruta de servicios. En Bogotá estación cien y sexta estación, Escuela de Suboficiales Gonzalo Jiménez de Quesada, de allí al Departamento del Magdalena. En Sevilla conformas el grupo de carabineros y recorres con éxito todas las reparticiones de esta unidad. Nuevamente en Bogotá en el Departamento docente, en la DIPON, Director de la Revista de la Policía y jefe de relaciones públicas, adscrito al COC. Contraes matrimonio en diciembre 8 de 1954 con la Señorita María Inés Medina B. tu descendencia es de seis hijos: Jorge Enrique, Luis Fernando, Laurencio, Ingrid Lucía, Edwin Carlos, Alberto y Gabriel Ernesto. En tu paso por estas dependencias dejas las huellas de progreso, demostración de tus grandes capacidades y ejemplo para las juventudes policiales.

Respecto a tus aficiones: el juego ciencia te enseñó a concentrarte y aplicar el buen juicio y criterio en el modus operandi del obrar proporcionando a la vez estímulo para el estudio el cual fue siempre tu predilección. Como pasatiempo favorito los gallos de riña.

Acreditas en el acervo de tus reservas intelectuales la producción y edición de varias obras literarias entre ellas se destacan “Cantares del Departamento de Nariño”, “Auxiliar del entrenador de Gallos de combate”, “Yo presidente”, “El Doctor Virgilio”, “Soy universitario”, “Me llegó el divorcio”, “Operación a Bertica”, “El día del recuerdo”, “la mujer Policía” y el anecdotario histórico de la guerra de los mil días. Recibe la medalla de los 15 y 20 años. Además, en la Escuela General Santander cumplidos los cincuenta años de egresados recibes diploma de administrador policial y la daga de cadete. Como detalle especial, gran admirador del mariscal de campo Edwin Rommel del que tienes varios libros.



Tus dotes de historiador muy pronto empezaron a dar sus frutos. En la Academia de Historia de Colombia figuras como socio de número. Con la misma denominación en la Sociedad Bolivariana de Colombia y en la Academia de Historia Policial. En estos sitios de honor destacas tu ingenio y conocimiento. En el trayecto de tu carrera policial el pundonor y la rectitud son tu divisa. En el campo de la intelectualidad luces airoso tus dotes ejemplares...

Y un día cansado de una larga y meritoria jornada pero seguramente satisfecho de la labor cumplida, te vas de este mundo y emprendes tu viaje a la eternidad, dejando a tu descendencia un valiosísimo legado: el ejemplo de buen hijo, buen esposo, buen padre y por ende oficial modelo de la Policía Nacional.

LAURENCIO ORTIZ!

Quienes somos tus compañeros de promoción de la Policía Nacional, de las Academias de Historia y de la Sociedad Bolivariana de Colombia, sentimos y palpamos el vacío que dejaste y mientras tú gozas la presencia del Altísimo en su trono, la silla que tan dignamente ocupaste en estos beneméritos templos de cultura y tradición, exhiben en forma permanente e indefinida la cinta negra que simboliza tu ausencia en nuestras mentes, el recuerdo grato de tu imagen.

HISTORIAS VERDADERAS



Pronunciado por el Arquitecto Aristides Ramírez Cárdenas, en sesión académica llevada a cabo en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, el 10 de febrero de 2009.



**Edificio Dirección General Policía Nacional
Arquitecto Aristides Ramírez Cárdenas 1979**

He aquí la historia de una de las obras más importantes que se cumplieron en la Policía Nacional a partir del mes de marzo de 1.979, y que corresponde a los edificios donde actualmente funcionan la Dirección General y el Hospital Central, ubicados en predios del Centro Administrativo Nacional (CAN) de la ciudad de Bogotá y que en la actualidad corresponde a la Transversal 45 No. 40-11 de la nomenclatura capitalina. Era Director General de la Policía el General Pablo Alfonso Rosas Guarín; Subdirector General, el General Francisco José Naranjo Franco y Jefe de Estado Mayor el General Víctor Alberto Delgado Mallarino.

Cabe anotar que el 7 de marzo de 1962, por invitación del entonces Capitán Luis Enrique La Rotta Bautista, ingreso a la Policía como “arquitecto de medio tiempo”.

Las dependencias principales de la Dirección General estaban dispersas, así:

- 1) Las oficinas principales de la Dirección General funcionaban en el edificio ubicado en la calle 9 No. 9-27 de Bogotá, una edificación de 4 pisos, construida entre 1923 y 1926 por la firma Manrique Martín.
- 2) La Rama Administrativa (que entonces se conocía como F4) ocupaba una casa ubicada en la esquina de la calle 8ª No. 6-97; posteriormente se trasladó al edificio “Comendador” de la carrera 10 con calle 12.
- 3) El Comando de Servicios Especiales y las oficinas de la revista de la Policía Nacional, estaban en la carrera 9 con calle 11 esquina sur occidental; de allí dependían los comandos de distritos de policía de unas intendencias y comisarías ubicadas en los Llanos Orientales y algunas especialidades del servicio.
- 4) La Inspección General, los juzgados penales militares y las oficinas de relaciones públicas de la Policía Nacional funcionaban en los pisos 5, 6 y 7 del edificio de la Caja de Sueldos de Retiro (Carrera 7 No. 13-58), torre I.
- 5) El archivo general y la gerencia del Fondo Rotatorio de la Policía, funcionaban en un edificio ubicado en la carrera 9 con la calle 5 esquina.

De acuerdo con el censo que realicé en 1979, el área que ocupaba la Dirección General era de 9.000 metros cuadrados. Distribuidos en 6 edificaciones diferentes. Revisé todas las dependencias, una por una, teniendo en cuenta: área ocupada, personal, escritorios, archivadores, salas de reunión, mesas de juntas y muebles especiales. Realmente era impresionante el grado de incomodidad de algunas oficinas, que presentaban un ambiente lúgubre, pues carecían de luz natural y la gran mayoría no tenían vista exterior. Debían utilizarse muchos estafetas para tramitar la documentación.

FECHAS IMPORTANTES.

1.971 En la biblioteca de la antigua Clínica de la Policía Nacional, ubicada en la avenida Caracas No. 2-65 sur, se efectuó una reunión con asistencia de los señores generales; Henry García Bohórquez, Manuel José López Gómez, Carlos Julio Cortés Gracia, coronel Francisco José Naranjo Franco, y el suscrito Aristides Ramírez Cárdenas; nos reunimos para estudiar la propuesta del señor coronel (médico) Roberto Suárez Castellanos, de adquirir el lote donde funcionaron los talleres del ferrocarril en el barrio Samper Mendoza carrera 27 con calles 22 y 22C. Sustentó la propuesta con el respaldo del arquitecto peruano Jorge de los Ríos Mazuré, quien elaboró un anteproyecto de hospital para construirlo en un lote que adquiriera la Policía. Cuando el coronel Suárez terminó su exposición respetuosamente pedí la palabra y el señor general Henry García Bohórquez, me la concedió. Sobre los planos, señalé un triángulo y aclaré que ahí tenía una propiedad; como particular me convenía la construcción del hospital porque valorizaría mis terrenos.

Pero “*como policía, no estoy de acuerdo*”, ustedes se acuerdan lo que le pasó al hospital San José con la creación de la Plaza España; que el sector se deterioró, aquí nos puede pasar lo mismo con las plazas del Samper y Paloquemao; ¿Se imaginan el Hospital de la Policía rodeado de vendedores ambulantes?. ¿Entonces donde sugiere?, me preguntó el señor general Henry García. Y dije: el área más indicada es “El Salitre” que es el corazón de la ciudad, sobre la avenida 26. Allí confluyen todas las avenidas principales de la ciudad: la Séptima, la Caracas, la 30, la 68, la Boyacá y la futura Ciudad de Cali. Cerca al aeropuerto permite el transporte fácil de los pacientes que lleguen de otras regiones del país. Ante esta proposición el señor general García Bohórquez le ordenó al señor general Carlos Julio Cortés Gracia, que fuéramos a inspeccionar el área recomendada del Salitre. Al otro día hicimos el recorrido desde el sitio donde funciona actualmente la Embajada de los Estados Unidos hasta el Club de Agentes.

Durante el recorrido le comenté al señor general Cortés Gracia que aprovechando que los terrenos eran de la Beneficencia de Cundinamarca se facilitaba la adquisición no solo del lote para el hospital sino otros terrenos para la Dirección General, transportes y otras dependencias necesarias para la institución.

1.974, marzo 4. El señor mayor José Domingo Murcia Florián, gestionó y logra que se produzca la resolución número 1859 del Ministerio de Obras Públicas, suscrita por el doctor Argelino Durán Quintero, titular de ese despacho donde se adjudica el lote para la constitución del Hospital Central de la Policía, un área bruta de 44.000 metros cuadrados y un área útil de 33.000 metros cuadrados.

Diciembre de 1.978. Tuve conocimiento que se iba a construir solamente el edificio para la Dirección General y que estaban consiguiendo otro lote para el hospital. Esta idea no me pareció la más adecuada para la institución, por lo tanto procedí a conseguir el plano del lote donde se pensaba construir solo la Dirección General y constaté que tenía un área útil de 33.000 metros cuadrados.

Estudí el caso y concluí que se podían construir dos edificios de 20.000 metros cuadrados cada uno o sea 40.000 metros cuadrados de construcción que, en 5 pisos, ocuparían solo 8.000 metros cuadrados, es decir el 25% del lote y 75% para jardines y parqueaderos.

Enero de 1979. Tuve oportunidad de comentarle al señor coronel Alfonso Gómez García mis pensamientos al respecto. Aprovechar que el señor Ministro de Defensa Luis Carlos Camacho Leyva hermano del señor general exdirector de la Policía Bernardo Camacho Leyva, nos podía ayudar como buen amigo de la institución y evitar que al construir solamente la Dirección General se empantanara la construcción del hospital porque no era fácil para la Policía Nacional comprar un lote cuyo precio se ajustara al avalúo del Instituto Agustín Codazzi, por lo tanto era obligatorio construir los dos edificios así no fuera lo ideal desde el punto de vista urbanístico.

Me agradaría presentarle esta idea personalmente al señor general Pablo Alfonso Rosas Guarín para explicarle personalmente la filosofía del proyecto. El señor coronel Gómez convencido de mi tesis dijo: *“Yo soy amigo de mi general Rosas, le voy a conseguir la audiencia”*.

Marzo de 1.979. Una mañana de marzo llegué a las oficinas de construcciones de la calle 12 con carrera 10 a trabajar, y me dijeron que me presentara ante el señor general Enrique Gallego Hernández Jefe de la Rama Administrativa. Cuando me presenté el ayudante del general o sea el coronel Jairo Elías Conde Urdaneta me dijo: *“apúrese que lo están esperando en el Estado Mayor de Planeación”*; salí inmediatamente, avisé en la Jefatura de Construcciones la novedad y me presenté ante el señor general Víctor Alberto Delgado Mallarino Jefe de Estado Mayor, quien estaba reunido con los coroneles Oscar Held Klee, Hugo Ferreira y Luis Lamprea.

Inicié mi conversación aclarando que llevaba 17 años al servicio de la institución, por lo tanto era consciente de los problemas de la Policía en materia de construcción.

Luego comenté: ustedes iban a comprar el hospital de Servitá ya que no les vendieron el edificio, entonces compren los planos y adelantamos el proceso. De estos planos solo me sirve la estructura porque debemos adaptar el edificio para un hospital policial con los 15 millones de dólares que hay para los equipos, de eso me encargo de adaptar los equipos que vayan adquiriendo de acuerdo con las especificaciones y medidas. En cuanto al edificio de la Dirección General por mis conocimientos de la institución puedo perfectamente elaborar los planos acordes a las necesidades de la institución. Cuando terminé esta exposición el señor general Víctor Alberto Delgado Mallarino se levantó de su silla y dijo: *“Lo que acaba de decir escríbame lo aunque sea en un papel así de grande”*.

Abril de 1979. El señor Subdirector general Francisco José Naranjo Franco, me citó a su oficina y me ordenó que elaborara un proyecto de sala de velación en el lote destinado al hospital. Esta orden la aproveché para completar el informe que le presenté al Estado Mayor en marzo con la colaboración de una maqueta que me ayudaron a construir en talleres de Intendencia con el apoyo del sargento Sierra. Esta maqueta posteriormente la llevé al Ministerio de Defensa a la oficina de la Policía, allí se la presenté a los señores generales Pablo Rosas Guarín, Francisco Naranjo Franco, Víctor Alberto Delgado Mallarino y coronel Guillebardo Suárez. Les expliqué la filosofía del proyecto y, posteriormente, con el coronel Suárez colocamos la maqueta sobre la mesa de juntas del señor ministro en el extremo opuesto al sitio de él. Se inició la reunión con el señor ministro y la plana mayor de la Policía, de pronto el señor ministro le solicita al señor general Rosas que le muestre la maqueta que trasladamos y colocamos en el piso al lado izquierdo del ministro porque no había otra manera.

El general Luis Carlos Camacho Leyva, continuó su conversación y de vez en cuando miraba la maqueta; de pronto se pone de pie examina detenidamente la maqueta y expresa “*los felicito señores oficiales por el magnífico aprovechamiento del terreno; me quitaron el problema de conseguir el dinero para comprar el lote para el hospital*”. La felicidad de nosotros fue muy grande.

Cuando salimos de la sala de juntas, le comenté a mi general Rosas “*¿Entonces procedo a hacer los planos mi general?*” y él me contestó; “*Está demorado; ¿qué espera?*”.

Mayo de 1979. El señor general Delgado Mallarino y el suscrito arquitecto Aristides Ramírez, iniciamos los estudios y cálculos financieros para la construcción de los edificios; a continuación inicié la elaboración de los planos arquitectónicos bajo la supervisión del coronel Luis Eduardo Castillo Amaya, quien fue nombrado gerente del proyecto Dirección General y Hospital Central.

Septiembre de 1979. El señor Ministro de Defensa Nacional ordena elaborar la licitación pública correspondiente para la construcción de las estructuras de los edificios.

16 de diciembre de 1979. Por medio del Fondo Rotatorio de la Policía Nacional bajo la dirección del coronel Jesús David Duarte Contreras, se adjudicó el contrato de construcción de las estructuras para la Dirección General y el Hospital Central, a la firma Pinsky y Asociados.

28 de diciembre de 1979. El contrato queda definido y firmado.

10 de enero de 1980. Se inician las obras de construcción de 42.000 metros cuadrados de estructura de concreto reforzado sobre pilotes de 35 metros de profundidad. El pilotaje fue construido por la firma Fausto Galante con equipos especiales.

El general Francisco José Naranjo Franco, estrenó el nuevo edificio, aún sin terminar. Recuerdo que me dio la orden de alistar su oficina en un término de 72 horas.

La inauguración del edificio estuvo a cargo del Presidente de la República, Doctor Julio César Turbay Ayala, el Ministro de Defensa Nacional general Luis Carlos Camacho Leyva y el Director de la Policía general Francisco Naranjo Franco, con asistencia de todos los altos mandos de la Policía e invitados especiales.

El primer concierto musical se presentó en el patio central el 8 de abril de 1983 y estuvo a cargo de la Banda Sinfónica de la Policía Nacional dirigida por el maestro Miguel Duarte Figueroa.



Primer boceto del edificio de la Dirección General de la Policía Nacional.

En octubre de 1.979 , el señor coronel Jesús David Duarte Contreras, gerente del Fondo Rotatorio de la Policía, me solicitó, una maqueta del proyecto del hospital y la dirección general, para la portada del libro de pliegos de cargo de la licitación de las estructuras. En papel mantequilla y lápiz prismacolor de 12 del día a siete de la noche, elaboré este dibujo, cuyo original reposa en el museo de la policía.



Sobre la Avenida El Dorado se ubica la Dirección de la Policía Nacional, uno de los edificios más importantes que componen el (CAN)



**Vista de la etapa final de la realización arquitectónica del
Arquitecto Aristides Ramírez Cárdenas**

DIRECCION GENERAL Y HOSPITAL CENTRAL 1979-1983

La solución para los edificios del hospital y la Dirección General, fue un proceso que se inició, desde 1962. A continuación trataré de narrar los hechos mas notorios; desde mi punto de vista como arquitecto, asesor, diseñador y coordinador del proyecto arquitectónico, de los edificios mencionados.



En 1962 funcionó la rama Administrativa en este edificio.

CENTRO RELIGIOSO 1.986

La historia de este proyecto comienza en abril de 1.979, cuando el señor general Francisco Naranjo Franco, me ordena elaborar el proyecto para una sala de velación en el lote destinado inicialmente para el hospital. Según el general Naranjo, el señor ministro general Luís Carlos Camacho Leyva, estaba muy interesado en resolver la carencia de sala de velación de la Policía. Esta orden la aproveché para hacer la maqueta de conjunto Dirección, Hospital y Sala de velación, que aprobó el señor Ministro General Luís Carlos Camacho Leyva.

Cabe recordar que cuando se construía la dirección y el hospital, la sala de velación estaba incluida donde hoy funciona el “CAD”; pero en una visita que hizo a la obra, el señor ministro me ordenó, verbalmente, mientras hacíamos el recorrido: *“No quiero sala de velación aquí, mire a ver en qué puede ocupar el área.”* Y propuse el “CAD” por eso la altura de la sala.



Centro Religioso de la Policía Nacional (CEREL) (Calle 63 No. 56 A 55)

Bajo la Dirección General de la Policía, del señor general Víctor Alberto Delgado Mallarino, el gerente del Fondo Rotatorio coronel José Domingo Murcia Florián, inició las gestiones para la creación de las salas de velación de la policía en Bogotá. Como arquitecto asesor, por orden de la dirección general; visité en los barrios Teusaquillo y La Soledad, varias casas, de construcción antigua, que fueron propuestas, para ser adquiridas y luego adaptarlas para funeraria, pero uno de los principales inconvenientes era la carencia de áreas suficientes para parqueaderos elemento fundamental, en la prestación de este tipo de servicio. Ante esta situación, el Director de la Policía, señor general Víctor Alberto Delgado Mallarino, autorizó al coronel José

Domingo Murcia, para iniciar los trámites de adquisición de un lote, que ofrecieron en la urbanización "El Quirinal" (calle 63 con carrera 53). Se definió la negociación del lote. Recibí la orden de elaborar el proyecto arquitectónico. Fue nombrado coordinador del proyecto, el teniente coronel José Luis Rojas Ramírez.

Para iniciar los trámites, el diez de abril de 1.986 nos reunimos con el arquitecto Juan Eduardo García, de la oficina de planeación distrital, con el fin de aclarar las normas del proyecto. Se discutió la localización; insistió el doctor García en crear un peatonal, que partía el proyecto. Le expliqué, sobre problemas de seguridad y control, le aclaré la necesidad de resolver una sola entrada al conjunto, por seguridad y menos puntos de control. El arquitecto García, nos informó, que no era viable construir en ese lugar salas de velación y que en Bogotá no había lotes especificados para este tipo de establecimientos y construcción, y los vecinos podían oponerse. A raíz de esta novedad, propuse a la dirección general que se presentara a planeación distrital, el proyecto de un edificio de tipo cultural religioso con capilla y salas de exposición, sin aclarar su especificación. Ahí nació el nombre: "Centro Religioso":

Aclaradas las normas, inicié los diseños. Los días 11 y 12 de abril de 1.986, cumplí una comisión a Pereira por solicitud del comandante coronel Rosso Julio Navarro Franco para elaborar los planos de una casa fiscal; durante el viaje en avión, y en los ratos libres; dibujé varios esquemas. El 14 y 15 de abril de 1.986, se presentó otra comisión a Riohacha; continué con los diseños, utilicé toda clase de papeles; hasta los talegos de papel del avión, servilletas, etc.

Me pareció muy importante, crear un símbolo de identificación, del centro religioso, y diseñé una torre, de 28 metros de altura, con la cruz, por las cuatro caras. Dibujé dos perspectivas; una con la torre, y la otra sin ella; luego se las mostré al coronel Forero, Comandante de la Guajira; y le pregunté ¿cuál le gusta?, Me respondió: "*La que tiene torre*"; y confirmó la idea. Con los dibujos, que realicé durante mis viajes, obtuve el material, para iniciar la elaboración de los planos arquitectónicos definitivos y con la colaboración de los dibujantes, de la sección construcciones en jornadas de 24 horas del 26 de mayo al 3 de junio de 1.986, se terminaron. Con el coronel José Luis Rojas, iniciamos las gestiones de aprobación del proyecto, y radicamos la solicitud y los planos arquitectónicos en la Secretaría de Obras; pero, posteriormente, se perdió el expediente; y el edificio tuvo que construirse, sin la expedición de la licencia de construcción.

Esta obra se inició en junio de 1.986, bajo la dirección del señor general Víctor Alberto Delgado Mallarino. Días antes de terminar su mandato, tuve la satisfacción, de invitarlo a la obra para que viera realizado su sueño. Las estructuras estaban adelantadas. En agosto de 1.986, asume la Dirección de la Policía el señor general José Guillermo Medina Sánchez. Durante su gestión se terminó la obra. La construcción se ejecutó en dos etapas, a saber: cimentación, estructura y cubierta; la llevó a cabo, el ingeniero Jorge Díaz. La segunda etapa, de fachadas, acabados interiores, y obras exteriores la realizó, el ingeniero Álvaro Córdoba Villota (q.e.p.d.) bajo mi dirección arquitectónica.

Con la dirección del general Rosso José Serrano Cadena la iglesia fue remodelada y decorada.

Se suprimió el atrio cubierto y se construyó una escalera nueva, para subir al coro. La solución para lograr el acceso al coro era comunicando la escalera de la sacristía con el coro a través de un puente, para lograr así más espacio en el coro y menos inversión.

Se agregaron unos arcos y bóvedas que no corresponden al diseño original, lo que alteró negativamente la arquitectura del edificio. También se ampliaron los baños y se remodeló el semisótano para crear dos salas de velación; se suprimió la sala de fumar y el estar de personalidades.

CUADRAGÉSIMO CUARTO ANIVERSARIO DE LA ESCUELA PENITENCIARIA NACIONAL “ENRIQUE LOW MURTRA”



Momento histórico a cargo de la Doctora Luce Marina Echeverri Petti, Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia Policial, con ocasión de celebrarse el aniversario Cuadragésimo Cuarto de creación del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario “Enrique Low Murtra” (INPEC) ubicado en la ciudad de Funza – Cundinamarca el día 3 de marzo de 2009.

El Gran Hacedor del Universo y Director General del “Paraíso Eterno”, hoy ha concedido permiso especial a Bernardo Echeverri Ossa, mi padre, para estar entre nosotros.

Cuando se trasciende a la eternidad, después de superar con éxito ante el Supremo Juez, la investigación y juicio de nuestros actos en el mundo, no queda destino inexorable diferente, que la plenitud, la gloria y la felicidad. Así y allí concibo yo a mi padre.

Para regresar, entonces, al mundo se requiere dispensa especial, porque en él encontramos toda suerte de sentimientos, contradicciones, olvidos y sinsabores, dichas pasajeras, que no tienen recibo en la eternidad.

Pero, ¿cómo no iba a corresponder el teniente coronel abogado Bernardo Echeverri Ossa, a la infinita generosidad de su discípulo, el señor coronel Hugo Alfonso Cepeda, Director de este claustro, cuando se ha querido recordar su nombre y su obra en beneficio de la causa penitenciaria del país? Por eso siento, que está él aquí, sentado en primera fila, atento y muy agradecido.

En la prolífica vida de mi padre y para situarnos en contexto, se destacó de sobremanera su primer período al frente de la Dirección General de Prisiones en 1.963, honor y responsabilidad que le dispensaron el señor Presidente de la República Doctor Guillermo León Valencia y su Ministro de Justicia, Doctor Alfredo Araujo Grau.

En dicho cargo oficial, el entonces mayor abogado Echeverri Ossa, se dedica con rigor y absoluto entusiasmo, a estructurar el Sistema penitenciario colombiano, que tendrá vigencia hasta nuestros días; es así como, en el Código Penitenciario de 1.964, se plasman una variada gama de creaciones para la causa de los penados del país, como son, entre otras: La Escuela Penitenciaria, la capellanía general de prisiones, la Cárcel para los miembros de la fuerza pública, el abogado procurador, hoy defensor público; el Servicio social carcelario, la Casa del post penado, los símbolos penitenciarios, la organización y puesta en marcha de la carrera penitenciaria del Cuerpo de custodia y vigilancia, la asistencia social, las cuadrillas ambulantes como preámbulo del trabajo extramuro; e introdujo además un concepto no conocido en ese momento en Colombia, como fue el sistema progresivo para la rehabilitación científica y humanística del hombre caído en desgracia.

Se desempeñó, por segunda y tercera vez, como director general de prisiones entre el 01 de febrero de 1.977 y el 18 de julio de 1.978, siendo Presidente el Doctor Alfonso López Michelsen y, entre el 03 de enero de 1.983 y el 20 de marzo de 1986, siendo Presidente el doctor Belisario Betancur Cuartas y Ministro de Justicia el Doctor Rodrigo Lara Bonilla.

En el tercer período al frente de la Dirección General de Prisiones, he contado siempre, a propios y extraños, un hecho público que muestra la personalidad vertical y transparente de Bernardo Echeverri Ossa que lo acompañó toda la vida. Me refiero a la fuga de la Cárcel nacional Modelo de Bogotá del narcotraficante Matta Ballesteros, lo que lleva a mi padre a presentar su renuncia ante el Ministro de Justicia de la época, Doctor Enrique Parejo González, en un evidente gesto de responsabilidad oficial y de elegancia política, que contrasta en su actitud de probo funcionario, con la de algunos de hoy, que, pese a múltiples, notorias y repetidas irregularidades presentadas en su gestión, siguieron sin darse por aludidos, rigiendo los destinos del INPEC, hechos y actos que ciertamente minan la credibilidad institucional y menoscaban la confianza pública de la ciudadanía general en la gestión oficial.

Siempre entendió mi padre que no hay causa en el mundo que pueda perpetuarse, si ella no se nutre con la cátedra, con el conocimiento, con la conciencia social. Por ello, el “Padre del Derecho Penitenciario en Colombia”, consintió como a la más amada de sus novias, a su Escuela Penitenciaria Nacional, a la que le dedicó buena parte de su tiempo y en la que difundió sus ideas y concepto a favor de la dignidad y los derechos de los penados del país, así como orientó a aquellos que tienen la responsabilidad de velar por la conducción y tratamiento cotidiano, de esos seres que, después de racionalizar íntimamente sus culpas, ansían volver a la libertad.

Bernardo Echeverri Ossa vivió casi ochenta años. Cuando vuelvo a repasar su vida, no puedo menos que admirarlo, porque contra todas las vicisitudes negativas, manifestó siempre el amor más extraordinario y la devoción más ferviente por la causa penitenciaria colombiana. Fue realmente un largo amor, un verdadero amor.

Quiero recordar, porque la ocasión ciertamente lo amerita, que Bernardo Echeverri cultivó relaciones de amistad y de trabajo con un hombre, al que también el país y la causa penitenciaria le deben mucho, como es nuestro actual Gobernador de Cundinamarca el Doctor Andrés González Díaz.

Con él como Ministro de Justicia del Gobierno del Doctor César Gaviria Trujillo, en el año 1.992, proyectan lo que es hoy el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario – INPEC, que se materializa finalmente con el Decreto – Ley 2160 de Diciembre 30 de 1992, tuvo el placer el Doctor Echeverri, de proponer como su primer director al señor general Gustavo Socha Salamanca, de la Policía Nacional, oficial que realizó una obra meritoria al frente de la nueva institución. El doctor Ernesto Samper Pizano, Presidente de la República, nombra a mi padre Director del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario – INPEC., quien por cuarta ocasión dirigió los destinos de la política penitenciaria en Colombia por la que luchó toda su vida, gestión ésta que de alguna manera, le permite a Bernardo Echeverri Ossa trabajar en un ente público visualizado e imaginado por él, dentro de un entorno normativo y de instituciones jurídicas, también de vieja data idealizadas en su mente, sabedor siempre de que no obstante lo anterior, ha faltado y faltará mucho para alcanzar el mejor para el penado

en Colombia. En esta ocasión, paradójicamente su gestión dura poco, como quiera que, estando en el cargo, se produce el tránsito gubernamental a la presidencia del Doctor Andrés Pastrana Arango, quien no pudo conservar el doctor Echeverri Ossa en ese cargo, por cuanto éste era incompatible con la nueva política de laxitud que se institucionalizó en el país y de ingrata recordación, con los grupos guerrilleros, supuestamente a favor de la paz.

Dije atrás que la vida de mi padre fue prolífica. No sólo por lo intensa sino por lo extensa, a favor del país en cargos diplomáticos y en todos aquellos otros menesteres internos que bien ha resaltado y con lujo de detalles, el señor coronel Hugo Alfonso Cepeda el día de hoy, por lo que no tengo nada más que agregar a la vida y obra de Bernardo Echeverri Ossa.

El develado busto del coronel abogado Bernardo Echeverri Ossa, permanecerá como severo guardián de este claustro, para recordar a sus estudiantes y directivos que no hay forma diferente de llegar a la excelencia y de trascender en la tarea penitenciaria, que el estudio, la disciplina, la fe, la ética y la moral.

Me resta, sólo, agradecer emocionalmente en nombre propio, en el de mi madre, en el de mis hermanas y en el de mi familia, a todas las personas presentes que han querido recordar la memoria de mi padre en este bello acto; al personal directivo y administrativo de la Escuela Penitenciaria Nacional; a las directivas, al personal del Cuerpo de custodia y vigilancia y personal Administrativo del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario – INPEC; al maestro creador de la obra de arte que contiene el busto de Bernardo Echeverri Ossa, señor dragoneante Hernán Monroy Imbachi, a todas las personas cercanas a él, que con su concurso hicieron que esta obra fuera posible y muy especialmente a usted, señor coronel Hugo Alfonso Cepeda, por el entrañable afecto y respeto que dispensó en vida y después de su muerte a mi padre, al recordar con ello a las generaciones actuales, que si no tenemos conciencia del pasado, difícilmente podremos arribar a buen puerto.

Va una estrecha felicitación también, a la nueva Presidente honoraria y a los miembros honorarios que en día de hoy se han posesionado en el Capítulo de Historia Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra”, de la Academia Colombiana de Historia Policial. En igual sentido, felicito a los miembros de la Junta Directiva de la Academia Colombiana de Historia Policial, que recibirán merecidamente el distintivo de la Escuela Penitenciaria Nacional y a quienes han de recibir el correspondiente Escudo de la misma institución.

El hecho de que usted, señor coronel Hugo Alfonso Cepeda, hubiese querido que fuera yo, la hija de Bernardo Echeverri Ossa, quien pronunciara este momento histórico, me llena de reconocimiento permanente y agradecimiento entrañable. Le deseo muchos éxitos en la difícil pero grata labor al frente de los destinos de la Escuela Penitenciaria Nacional, así como en la Presidencia Ejecutiva del Capítulo de Historia – Escuela Penitenciaria nacional “Enrique Low Murtra”, de la Academia Colombiana de Historia Policial.

HOMENAJE A MI PADRE SARGENTO MAYOR LUIS EDUARDO JIMÉNEZ MARTÍNEZ



Momento Histórico a cargo del Teniente Coronel Rafael Jiménez Salamanca, quien pronunció el discurso "Homenaje a mi Padre Sargento Mayor Eduardo Jiménez Martínez." Llevado a cabo en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander el día 14 de abril de 2009.

"Dios mío te adoro, Señor mío te doy gracias por haberme dado a Luis Eduardo Jiménez como Padre y a Laura Salamanca mi Madre, yo se que ellos están en tu presencia Señor, porque tú eres Santo porque tú eres amor porque tú eres justo y ellos gozan hoy de tu presencia Señor. Te doy gracias Señor por tener la oportunidad de recibir este homenaje a mi padre rodeado de grandes amigos de él y de grandes personalidades de la institución que lo conocieron y te pido Señor que me ilumines en este momento para tener la fortaleza de expresar mis sentimientos, mi agradecimiento de amor y de gratitud, gracias Señor; te adoro".

Qué maravilloso escenario y momento propicio me concede el Dios Todopoderoso en el día de hoy, para hacer un homenaje a mi padre quien después de 96 años de gloriosa existencia, para atender el llamado divino partió a la eternidad el día doce de enero de 2009.

Nos encontramos reunidos en los salones de la Academia Colombiana de Historia Policial con su honorable junta directiva presidida por el señor brigadier general Guillermo León Diettes Pérez a quien agradezco en nombre propio y de mi familia este reconocimiento histórico y sentimental a mi padre el señor sargento mayor Luis Eduardo Jiménez Martínez. Nos acompañan también distinguidos oficiales de GOCAR (Grupo de Oficiales Carabineros Retirados) con su presidente el señor general Pablo Alfonso Rosas Guarín, personajes, que a través de la historia de nuestra benemérita especialidad sembraron cimientos de grandeza, forjados en el compañerismo, integridad y bravura de los Carabineros de Colombia. En nuestra memoria también están presentes aquellos carabineros que hoy gozan de la presencia de Dios, porque su recuerdo vive perennemente entre nosotros, como huella imborrable en la vida de la Institución y en los caminos de nuestra patria.

Padre, palabra grandiosa que Jesucristo Nuestro Redentor pronunció refiriéndose al Dios Supremo, al que se le debe respeto y obediencia como rezan los santos evangelios, motivo que me induce a pensar que la palabra "padre" tiene origen celestial y es misión que debemos observar los seres terrenales con responsabilidad y dignidad, misión que se cumple en parte con el sabio consejo y la oportuna y desinteresada ayuda. Bien entendió su obligación como padre Luis Eduardo Jiménez, quien a mí como a mis hermanos nos inculcó las virtudes de las que siempre fue dueño, sin ufanarse de ello, porque lo consideró como algo natural y de lo que se debía dar cuenta al Señor.

Dios en su sabiduría y bondad, le dio por compañera a una mujer, doña Laura Salamanca, mi madre, (q.e.p.d.) quien dejó este mundo por voluntad Divina, después de haber cumplido en la vida terrenal su misión ejemplar, como esposa y como madre, fue la compañera fiel, la mujer ideal; acompañó a mi padre en los momentos de felicidad y de gloria, en los difíciles fue su consejera y también su bastón de apoyo, cuando las enfermedades o lesiones propias de su oficio lo aquejaron. Recuerdo con agradecimiento y admiración, cuando sentada a la máquina de coser hasta las primeras horas de la mañana siguiente, hacía delantales para vender a unos comerciantes judíos y con el producido ayudaba a mi padre para pagar la pensión de su hijo Rafael, a quien matriculó en el mejor colegio de Bogotá, en esa época, Instituto de la Salle, centro de educación a donde asistían las altas clases sociales. Mi hijo tiene que ser presidente de Colombia y tiene que estudiar a donde van los hijos de los ricos, se lo escuché decir en varias oportunidades; cuánto le debo a Dios por haberme concedido el privilegio de nacer en cuna dorada, no por ser de materiales preciosos, sino porque ella se cubría con mantos de amor, de virtudes y de ilusiones, a ella, mi Madre también le dedico esta ceremonia con amor infinito y gratitud sincera.

Triste despedida.

El discurrir, aunque brevemente, por los senderos gloriosos de la vida de mi padre, se hace inmensa mi satisfacción personal y, de orgullo y dolor se colma mi espíritu. El 2 de julio de 1912 nació en Facatativá, su madre doña María Martínez y su padre Rafael Jiménez, general de la Guerra de los Mil Días, le inculcaron desde muy niño el respeto a los mandamientos divinos y el acatamiento a las leyes de los hombres. Los rigores de la casa paterna obligaron al inquieto y joven Luis Eduardo a escudriñar los amplios horizontes de la vida y, entonces, abandona el hogar para hacerse jockey; fueron los hipódromos de Bogotá, Facatativá y Girardot, escenarios de meteóricas carreras que con laureles del triunfo coronaron al mejor jinete de la época: Luis Eduardo Jiménez.

En el año de 1934 para atender al llamado vocacional de ser útil a la sociedad y a la patria, ingresó a la Policía como agente carabinero y tuvo el honor de hacer parte del Primer Escuadrón de Policía Montada con organización y disciplina especiales, con sede en los Alisos, finca situada en terrenos de la ciudad de Bogotá. A órdenes de los comandantes Genaro Rozo y Eduardo Cuevas, en su traje gris y en los lomos de su noble caballo, patrulla en las frías noches las desoladas calles de Bogotá y extensos campos de la sabana: y lucieron su uniforme de parada, azul con bandolera blanca, guantes de cabritilla y sable de caballería, en los que rinde honores a las autoridades a la usanza inglesa.

Acompañó la comitiva gubernamental que inspeccionó los terrenos de la finca de Muzú para su compra y más tarde prestó los servicios de seguridad a los materiales que servirían para la construcción de la Escuela de Cadetes General Santander, hoy Alma Mater de la Policía Nacional. Tal vez sin pensar que en aquella apacible y fría soledad, con el paso del tiempo, dos de sus hijos y cuatro nietos estudiarían allí para seguir su ejemplo y prolongar su paso inolvidable por la institución.

Hizo parte de la primera nómina de profesores de esta Escuela como instructor de equitación y en el año de 1942 su nombre recorrió el mundo de los deportes ecuestres, en el de su amada institución aparecieron en periódicos y revistas: “*Un Cabo de la Policía Colombiana Campeón del Mundo*”. Montado en el Caballo Zipa había impuesto una nueva marca para el salto largo. Años más tarde sería alumno destacado en los cursos de equitación con profesores ingleses y chilenos. Como fundador del Cuadro Verde, sección acrobática a caballo, siempre orgulloso y en la parte más alta de la pirámide al galope, desplegabla la bandera de Colombia la que siempre amó entrañablemente.

El mantenimiento del orden público lo llevó a recorrer los caminos de la libertad y a los Llanos Orientales llegó como subcomandante de una comisión comandada por el entonces teniente Germán Nieto Linares (q.e.p.d.) para hacer presencia allí donde los Carabineros de Colombia, como única unidad policial aceptada en esa región del país, después de la entrega guerrillera al Gobierno del señor teniente general Gustavo Rojas Pinilla. El Tolima, Valle y los santanderes, conocieron de su mística y capacidad profesional, en el cumplimiento de la misión institucional de llevar a sus habitantes seguridad y tranquilidad, porque como policía, fiel a su filosofía, tendió la mano al débil, protegió al desvalido y fue sabio mediador en los conflictos para el logro de la armonía social; inflexible con los transgresores de las normas legales, pero al mismo tiempo respetuoso de los derechos que le asisten a las personas. El mar lo llevó sobre sus olas, en el año de 1960, cuando por barco transportó 1.000 caballos que el gobierno nacional importó de los Estados Unidos. Las escuelas de policía Eduardo Cuevas de Villavicencio y Gabriel González del Espinal, en su nacimiento a la vida institucional, contaron en su nómina inicial con los servicios y experiencias del señor sargento Jiménez, con las preseas que atestiguan su valor y servicios distinguidos. La Policía Nacional lo condecoró en repetidas ocasiones y fue la “*Estrella de la Policía*” en su más alta categoría el último y bien merecido reconocimiento.

Paradójicamente en Facatativá, la tierra que lo vio nacer, siendo subjefe del criadero caballar de Mansilla, presentó su solicitud de retiro del servicio activo después de 38 años de invaluable servicios. Con la altivez del viejo roble que estoicamente ha hecho frente a los avatares de la vida y con la satisfacción del deber cumplido, felizmente vivió en la ciudad de Medellín donde su inmarchitable memoria lo embelesó en recuerdos de bellos días e hizo de su existencia una verdadera y eterna primavera.

Después de su ejemplar paso por la vida partió a la eternidad escoltado por ángeles celestiales en blancos y alados caballos para recibir del Todopoderoso el premio que le corresponde a los buenos hijos de Dios. Por ironías de la vida, el día de su sepelio no lo acompañó ningún policía uniformado, ni el doloroso toque de corneta lamentó su partida, la calle de honor con sus apreciados carabineros, solamente pasó por la imaginación y el sentido acompañamiento de quienes siempre lo admiramos y lo recordaremos por el resto de nuestra existencia.

¡Señor sargento mayor Luís Eduardo Jiménez Martínez: Descanse en paz.!

**SARGENTO MAYOR
LUIS EDUARDO JIMÉNEZ MARTÍNEZ**

Momento Histórico a cargo del señor General Alfonso Rosas Guarín en la sesión académica realizada en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander el día 14 de abril de 2009.

Quiero dedicar este tiempo a la memoria del señor Sargento Luis Eduardo Jiménez. La experiencia más grata que he tenido en mi carrera policial es haber conocido a Luis Eduardo. Permítame que omita el grado, Luis Eduardo fue un hombre de gran valor en nuestra institución, alegre héroe y fue constructor de su propia personalidad, esa estructura que hizo de su personalidad la conservó en el desempeño de su carrera, tuve el placer de conocerlo aquí en la Escuela General Santander y tuve igualmente el placer de haber sido su discípulo, de haber aprendido mucho de él y de entenderlo como ser humano, como hombre de valor, como policial íntegro y como personaje inolvidable. Yo decía cuando el grupo de la EMCAR celebró una misa que él se había convertido en leyenda, él todavía cabalga con sus caballos por todos los lares donde estuvo presente. En la memoria de muchos de sus oficiales, superiores, suboficiales y agentes están recordándolo a cada instante.

Al leer el libro de Altamar Valdivia lo primero que hace él es un reconocimiento al señor sargento Luis Eduardo Jiménez Martínez y le dice gracias por haberme enseñado a la loma, gracias por haberme enseñado a montar a caballo, gracias por todo que usted me transmitió. El señor Altamar Valdivia es el poseedor de los recuerdos de nuestra gloriosa especialidad, es el que conserva en su mente y su corazón todo lo que han hecho los carabineros de nuestra institución en Colombia.

En el grupo de EMCAR, nuestros amigos y compañeros acudieron a una reunión para hacerle un homenaje a Luis Eduardo Jiménez Martínez. Nos conmovió una manifestación de amor filial y de emoción porque la muerte se impuso como todas las veces y se llevó una vida meritoria. Hoy tuve la oportunidad de hablar con el coronel Roberto Pinzón Meléndez y le informé que veníamos a rendir un homenaje al sargento Jiménez, me pidió el favor de transmitirles cuál es el pensamiento, la idea y la emoción que él tiene del sargento Jiménez, con el mayor orgullo de la carrera profesional fue haber sido su alumno y que todo lo que aprendió de él lo aplicó a través de su vida profesional.

Un hombre que despierta estos recuerdos y pasiones, un hombre que quedó en los corazones de los policías de Colombia, merece un homenaje, y merece que esté en lo más profundo de nuestro corazón para que su imagen y su vida no pierdan vigencia.



Yo quiero agradecerle al señor brigadier general Diettes, la oportunidad que me presentó hoy de invitarme a esta sesión de la Academia Colombiana de Historia Policial; jamás podría negarme a ello, el cariño, el afecto y la obligación que tuve por Luis Eduardo Jiménez Martínez, no puede tener fin, no puede acabarse y por eso le agradezco que me haya invitado y que haya permitido expresar, tal vez deshilvanadamente, cuánto siento yo de cariño, cuánto siento yo de recuerdo de gratitud, cuánto siento yo por un hombre de su dimensión un hombre con un carácter ameno; jamás lo vi que padeciera en algún momento de desequilibrio mental, de rabia, de injusto, al contrario él siempre llevaba una sonrisa en los labios porque su alma se la transmitía con un vigor tremendo.



El Sargento Mayor Jiménez Martínez, en uniforme de gala, a la cabeza de un grupo de carabineros para una presentación solemne.

Tuve la oportunidad, como decía antes, de ser su alumno aquí en la Escuela General Santander, siendo subteniente, fue mi profesor y fue también profesor de dos compañeros más de mi promoción, de recuerdo inalterable como son Alfredo Castro Álvarez y Jorge Nieto Linares; yo creo que la oportunidad que tuvimos nosotros, seguramente la tuvieron otros oficiales porque si alguien fue instructor de oficiales en todas las circunstancias y en todos los grados fue el sargento Jiménez. Con nosotros tuvo una amistad tremenda, se identificó con nosotros y nos identificamos con él, ejemplo que nos dio a todos para hacer las cosas grandes; él era hombre de institución, hombre y caballero, era hombre de un corazón grande con una adoración a su especialidad. Los invito distinguidos asistentes a que no dejemos nunca que se olviden del sargento Jiménez a su paso por su vida y por la institución. Nunca vi que ofendiera a los subalternos, al contrario su deseo era de educar, enseñar y transmitir todo el emblema de la especialidad de Carabineros, todo su vigor y toda la esencia que para la historia de la Policía y de Colombia tiene esa especialidad.

Agradezco mucho la atención que me han prestado y recuerden que personas como el sargento mayor Luis Eduardo Jiménez Martínez raramente vuelven a producir las instituciones.

EL GENERAL CUSTODIO GARCÍA ROVIRA Y LA TRÁGICA BATALLA DE CACHIRÍ



Colaboración del Doctor Antonio Cacia Prada Miembro Honorario de la Academia Colombiana de Historia Policial y Presidente de la Academia Patriótica Antonio Nariño.

E

n 1.780 la villa de Bucaramanga no pasaba de veinte manzanas. La mayoría de sus casas tenían techo de paja y grandes solares y las de tierra pisada o adobe estaban contadas. La residencia de don Juan de Dios García Navas y doña Rosa Rovira de García, a una cuadra de la plaza mayor y dos de la iglesia de culto, sobresalía por ser de teja y barro y con piso de ladrillo cocido, pero apenas era una mediagua. La estancia estaba en el vecino pueblo de San Juan de Girón.

El jueves 2 de marzo de 1980 los García Rovira celebraron llenos de alborozo, el nacimiento del ansiado primogénito. Las comadres y familiares entraban y salían de la pequeña alcoba y felicitaban a don Juan de Dios por la llegada de su hijo. Mientras tanto en la cocina las criadas pelaban las gallinas, las abuelas le tomaban el punto al sancocho para festejar el feliz advenimiento. Al mes llevaron al pequeño a la pila bautismal, en brazos del alcalde de la localidad, Don Francisco Antonio Benítez, persona muy distinguida y apreciada, según testimonio del ilustre sabio y sacerdote, Don Eloy Valenzuela. Al niño le dieron los nombres de José Custodio Cayetano. José, por haber venido en el mes de patriarca San José; Custodio, por la sentida devoción de su madre tenía al ángel de la guarda; y Cayetano, por el santo que protege la agricultura, las frutas y la despensa, de quien era muy devoto Don Juan de Dios.

El bautizo lo ofició el domingo 2 de abril de 1780, el sacerdote don Agustín Parra, quien vino de Girón, previo permiso del párroco de la iglesia de san Laureano, de Bucaramanga, el presbítero don Martín Suárez De Figueroa. Ese día los invitados comieron y danzaron hasta el cansancio. Garrafrones de vino Moscatel traído de España mojaron las palabras de las gentes; el almuerzo consistió en cabrito dorado al horno, con yuca freída en aceite de olivas, plátano cocido, gallina sudada y unos cuantos costillares de cerdo frito en su propia empella,

todo servido sobre viciosas hojas de plátano colocadas sobre mesas en el corredor de la vivienda. Después, para bajar, pasaron en totumas de calabazo y en tasas de barro, guarapo bien curado hecho con panela y rajas de piña de Lebrija. Al año siguiente, y casi por la misma fecha, los pueblos de esos contornos, con Manuela Beltrán a la cabeza, en la ciudad del Socorro, rompieron los emblemas del rey y los edictos de impuestos, para iniciar la trascendental y primigenia revolución de los comuneros. El niño José Custodio aprendió las primeras letras en la ciudad de los Búcaros con su santa madre.

EN SANTA FE DE BOGOTÁ.

En Santa Fe de Bogotá, capital del Virreinato de la Nueva Granada, el joven Custodio adelantó los estudios secundarios y profesionales, doctorándose en teología, filosofía y derecho civil, en los colegios del Rosario y de San Bartolomé. La Real Audiencia lo recibió como abogado. El doctor García Rovira tuvo una amplia cultura humanística: fue músico, poeta y pintor. Hablaba castellano, latín, griego, francés, inglés e italiano. Sobresalió como catedrático de matemáticas, álgebra, trigonometría, metafísica y moral participó como miembro muy distinguido en las tertulias del Buen Gusto, de Doña Manuela Santamaría de Manrique; en la Eutropélica de don Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria y en la Patriótica de don Antonio Nariño.

LA PLUMA POR LA ESPADA.

Cuando llegó la hora de la independencia, cambió la pluma por la espada, y actuó como teniente asesor del Gobernador de Tunja. Comandante militar y gobernador de la provincia del Socorro. Miembro del Triunvirato que gobernó durante la primera república en calidad de Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Ocupó a Bogotá y terminó con la división entre centralistas y federalistas. Después pasó a ser general en jefe de los ejércitos patrióticos. El domingo 8 de enero de 1816 en el cuartel general de la población de Piedecuesta, cerca de Bucaramanga, las tropas lo reconocieron en su condición de nuevo comandante en Jefe del Ejército del Norte con el título de brigadier general. Igualmente conocieron como mayor general al Jefe de brigada Francisco de Paula Santander. El general francés Manuel Roergas Serviez, nombrado segundo Jefe del Ejército del Norte, no quiso aceptar la designación por no estar sujeto a las órdenes de un general improvisado, sin carrera militar, como don Custodio García Rovira.

El gobierno central obligó la movilización de las tropas para impedir que don Sebastián de la Calzada recibiera los refuerzos que venían de Venezuela o los que le pudiera mandar don Pablo Morillo de Cartagena de Indias. El general bumangués, respetuoso de las órdenes acató el mandato, y se trasladó al pueblo de Cácuta sin desconocer que sus tropas no estaban entrenadas ni dotadas para una acción de guerra. El miércoles 7 de febrero de 1816, llegó a la Villa de Matanza. El jueves 8 de febrero, después de 5 horas de intenso fuego, los patriotas lograron el único triunfo sobre los españoles. García Rovira escribió el lunes 12 de febrero de 1816 al gobierno de Bogotá, dándole cuenta de la penosa situación

en que se encontraban sus soldados. “La desertión es mucha; si no se persiguen estos delincuentes, no queda ejército. En Pie de Cuesta pasó a unos por las armas y ayer otro”. Las fuerzas de García Rovira quedaron reducidas a 2000 hombres, y a 80 jinetes “que se mantenían lejos del cuerpo principal por falta de forraje”. Calzada sumó 2.100 fusileros, una compañía de carabineros de a caballo, y una pieza de artillería montada.

LA BATALLA DE CACHIRÍ.



El viernes 16 de febrero de 1816 el general Custodio García Rovira dio la orden de marcha, y sus tropas se internaron en el Páramo de Cachirí. Cachirí es una de esas escabrosas alturas de la arrugada geografía del hoy departamento de Santander, donde parece que los picos de las cordilleras se engarzan con los cúmulos del infinito espacio. Los patriotas tomaron posiciones en una pequeña meseta y construyeron trincheras, y allí esperaron el ataque de los españoles. El coronel español don Sebastián de la Calzada, reforzado por el capitán don Silvestre Llorente, con 300 “cazadores de la victoria”, contramarchó. En

el sitio de la Laguneta, aniquiló un pequeño destacamento criollo. El miércoles 21 de febrero de 1816 se detuvo frente al campamento del ejército granadino ya en las horas de la tarde. Al punto y con gran ardor entraron en combate pero la neblina y la noche pusieron término a la acción. El general García Rovira tenía distribuido en forma escalonada a sus soldados y al ver el valor con que actuaron no dudó en mantener sus posiciones. Pleno de confianza, ordenó la construcción de algunas fortificaciones y colocó un batallón en una primera línea de resistencia. El coronel Calzada, al amanecer del día 22 de febrero, dispuso continuar el ataque. Los españoles se lanzaron contra las trincheras de los patriotas, por los flancos y con el centro a la bayoneta. Por primera vez se oyó el tono de cornetas en la Nueva Granada. Este instrumento que nunca se había usado y que los criollos no conocían, produjo un enorme desconcierto entre los reclutas. La mayor parte de la oficialidad cayó en la refriega y los soldados, sin jefes, se dieron a la desbandada. El comandante en Jefe, general Custodio García Rovira, alentaba a sus tropas en uno y en otro frente y cuando vio el desastre pronunció su célebre y desgarrador grito de: “¡ firmes carajos !. Una feroz carga de caballería española, acabó con el ejército granadino del norte. Cachirí quedó convertido en un tétrico camposanto.

ESPANTOSO DESASTRE.

Las cumbres que se yerguen contra el cielo eran todas un calvario. Allí quedaron, en las faldas de las colinas, como cocidos a la tierra por las bayonetas, los bisoños de ejércitos de lanceros granadinos. En los horcajos de las montañas y de los riachuelos que bajaban despeñados, se acumulaban apretujados centenares de soldados y de acémilas, abrazados en los estertores de la desesperanza y de la muerte. Los ayes de los heridos y los relinchos

de las cabalgaduras destrozadas, se confundían con los graznidos de las aves de rapiña que se peleaban frente aquel opíparo banquete. La pólvora humedecida por las persistentes lloviznas y que no quiso estremecer el eco de los montes, la dejaron abandonada, como también el parque, los fusiles, el pertrecho y el rancho. Cuenta el general Daniel Florencio O'Leary, en sus "narraciones", tomo 3 páginas 44 y 45 que las tropas españolas se cansaron de matar y recogieron unos cuantos prisioneros con los cuales llegaron dos cuarteles de todas las batallas por la independencia, ninguno tuvo estos contornos de matanza y de carnicería. En el Páramo de Cachirí, quedó aniquilada la primera República.

La desgracia fue espantosa: más de 1000 patriotas muertos, entre ellos 40 oficiales. Más de 200 heridos. 500 prisioneros, de ellos 28 oficiales. Perdidas 2 piezas de artillería, 4 banderas, 750 fusiles, 300 lanzas, 45000 cartuchos, provisiones, caballerías, ganados y otros efectos. Todo en manos del enemigo. Aquellos valientes patriotas no tuvieron "más sepultura que las aves de rapiña".

Los derrotados "se pusieron los talones sobre la nuca" y el martes 27 de febrero de 1816 llegaron al Socorro, García Rovira y Santander, unos 20 oficiales y cerca de 30 jinetes. Fueron los únicos que pudieron escapar de tan inmisericorde desastre.

CAMBIO DE MANDOS.

Noticiado el Presidente Camilo Torres de la enorme catástrofe, y viendo "mermado el prestigio militar de don Custodio García Rovira", el jueves 7 de marzo nombró al general francés Manuel de Serviez, Comandante en Jefe. En la misma fecha le comunicaron al general García Rovira el relevo y le pidieron que se trasladara a Bogotá. "en donde objetos menos interesantes exigen su presencia, sus luces y su patriotismo". El viernes 22 de marzo el general Serviez se hizo reconocer en Puente Nacional como General en Jefe y don Custodio García Rovira partió para Bogotá. Ante estos hechos el Presidente doctor Camilo Torres presentó renuncia de su alto cargo, en el Congreso de las Provincias Unidas, que la aceptó y el jueves 14 de marzo de 1816 eligió en su reemplazo al diputado por las Provincias de Cartagena, el doctor José Fernández Madrid, quien asumió de inmediato las funciones. El Presidente Fernández Madrid, tan pronto arribó a la capital el general García Rovira lo designó Secretario General de Gobierno. El Presidente granadino no contaba en este momento sino con 170 hombres que integraban el Batallón Guardia de honor. Ante la marcha de las tropas del Pacificador don Pablo Morillo sobre Santafé, el Presidente Fernández Madrid decidió encaminarse hacia Popayán. El 3 de mayo dio la orden de partir. El general García Rovira conformó un batallón de retaguardia bajo su mando, para cubrir la retirada del Presidente Fernández Madrid.

El lunes 6 de mayo entró Morillo a Bogotá.

CEMENTERIO AL DESCUBIERTO.

Setenta y siete días después de la célebre batalla de Cachirí, el viernes 10 de mayo de 1816, el capitán español Rafael Sevilla pasó por el lugar, y en su libro: “memorias de un oficial español”, estampó este relato: “A las 8 de la mañana continuamos nuestra marcha, sin poder adelantar más que 4 leguas; dormidos al pie del gran Páramo de Cachirí, en un sitio llamado el Carbón, donde construimos a toda prisa un rancho para guarecernos del insoportable frío que hacía. La helada ventisca que soplabá impidió a nuestros ateridos asistentes hacer la comida”.

“El once empezamos a trepar el gran páramo, en medio de una densa neblina que impedía que se viera un hombre a diez pasos de distancia. A uno y a otro lado del sendero que seguíamos había unos precipicios espantosos”. “Por ellos lanzábamos los caballos muertos que, en número de unos sesenta, encontramos interceptándonos el paso. Una mula de un hojalatero que se había unido para instalarse en Santa Fe, se despeñó con todos los chismes que llevaba, haciendo mucho ruido, con arto sentimiento de aquel infeliz, que con el animal perdió cuanto poseía”. “A las tres de la tarde descendíamos de aquellas altísimas cordilleras, cuyas cumbres, desde lejos, parecen tocar el cielo. Entonces se presentó en lontananza ante nosotros al Río de Cachirí. “Hora y media después estábamos en el sitio famoso en el que había tenido lugar la batalla. Dos casitas, en que nos alojamos, estaban acribilladas a balazos”. “El hedor que exaltaban los insepultos cadáveres que yacían en derredor era insoportable. El 12 por la mañana empezamos a trepar la empinada cuesta en que estaban los parapetos. La margen del río, la extensa pendiente y el llano, todo aquel terreno escabroso, que tardamos casi todo el día en atravesar, estaba cubierto de muertos en putrefacción, de caballos en el mismo estado y de prendas de un ejército destrozado”. “Las aves de rapiña cerníanse ominosas sobre aquel cementerio al descubierto”. ¡Oh, cuántas madres, cuántas esposas tendrían arrojados como perros en aquel campo a los pedazos de su amor! ¡Felices los pueblos que no han sido visitados por esa calamidad que se llama la guerra! ¡Desgraciados aquellos en donde esta furia impera! El trece ya un ambiente más puro, más balsámico, vino a reanimar nuestro pechos. Era que llegábamos al extremo de la montaña, gigantesca derivación de los Andes, a nuestra vista, desde aquella empinada altura, extendíase una comarca llana y fértil, tierra de promisión que hacía 14 días que, peregrinos en aquel áspero desierto, buscábamos con afán. Pasábamos la noche en el miserable pueblo de Cágota de la Matanza, donde encontramos ya algunos comestibles y habitantes. El 14 de mayo emprendimos la bajada que tenía 6 leguas, y pernoctamos en una hacienda abandonada Corral de Piedra.

Hasta aquí el relato del capitán español Rafael Sevilla.

BIBLIOGRAFÍA

- ✓ Antonio Cagua Prada. Custodio García Rovira, el Estudiante Mártir.

Complemento a la historia de Colombia. Academia Colombiana de Historia.

Número 5. Plaza & Janés. Historia. Bogotá 1983.

✓ Jaime, Pinzón Pinzón.

Liborio Mejía. De Rionegro a la Cuchilla del Tambo,

Medellín 1999.



“QUIÉN FUE SANTANDER”

Intervención del señor Brigadier General Mauricio Gómez Guzmán Vicepresidente de la Academia Colombiana de Historia Policial, con ocasión de celebrarse el Sexagésimo Noveno aniversario de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, realizado en el Teatro BG. Valdemar Franklin Quintero el día 21 de mayo de 2009.

La historia reconoce al General Francisco de Paula Santander y Omaña, como uno de los constructores de nuestro Estado de Derecho; inspirada de la tradición civilista que nos enorgullece ante el mundo; defensor inquebrantable del imperio de la ley. Santander concibió la paz y la concordia como que es el estado del alma para que la paz sea permanente bajo el exclusivo reinado de la ley. Prefirió la ley a la guerra, pero la dirigió cuando fue necesaria para el bien público. Como líder honró la ley con su incondicional obediencia por la autoridad instituida. Nos obliga el deber, la dignidad y la historia, a reconocer a quienes construyeron los cimientos de nuestro estado de derecho y entregaron lo mejor de sí al servicio de Colombia. No cabe en la historia de Colombia, dejar de hablar de la Policía Nacional, Institución que ha sido a través de los años y desde su fundación soporte para el desarrollo y efectivo instrumento para la lucha contra el delito y el desorden. Carlos Holguín Mallarino, en 1.888, expresaba ante el Congreso de la República: “Desde que le consagréis preferente atención al importante ramo de Policía que en todos los países civilizados se considera como uno de los agentes más poderosos para el buen gobierno de los pueblos “. Y fue por esto, como siendo Presidente de la República, en el año 1.890, uno de sus propósitos más importantes fue el de organizar un verdadero cuerpo de Policía, con la posibilidad de ampliarlo a nivel nacional, que al margen de los intereses partidistas, ajeno a toda influencia distinta del bien común, se convirtiera en definitivo instrumento que en manos de un gobierno recto, honesto y capaz, fuera efectivo en el mantenimiento del orden y el equilibrio social.

Esto explica la diligencia y el cuidado para la creación de la Policía. Se consideró para ese entonces viable contratar con un país en donde existieran los conocimientos y la experiencia al respecto. Se necesitaba de los servicios de un experto que la organizara y la estructurara. Se acudió a la Policía de Francia y ese país no vaciló en enviar a una persona idónea para enfrentar el reto.

Fue Juan María Marcelino Gilibert, comisario de primera clase, quien llegó para organizar el Cuerpo de Policía en Bogotá, y en muy corto tiempo, menos de un mes, justamente el cinco de noviembre, cuando se expidió el decreto 1.000 por medio del cual se organizó el Cuerpo de Policía. Fue tanta la influencia de la Policía, tan valorada y bien organizada, que comienza a sentirse en todo el país su necesidad. No se limita solo a la capital sino que inicia la prestación de importantes servicios en los departamentos.

La capacitación y educación de sus integrantes se extiende a personal llegado de la provincia. Se habla por primera vez de la “Carrera Policial” concepto nunca antes mencionado. Es el interés el de profesionalizar la institución.

Teniendo como marco de introducción el habernos remontado a la administración del entonces presidente Carlos Holguín Mallarino, permítanme hoy, ante este selecto auditorio, de cultores de la historia policial, hacer un breve paseo por la existencia de la Escuela de Policía, con el fin de reconocer de nuevo los caminos que nuestros predecesores forjaron.

La historia académica de la policía se remonta al año 1.914, justamente para el 13 de marzo, cuando mediante decreto 311, expedido por el doctor Carlos Eugenio Restrepo, presidente de la República y siendo Director de la Policía Nacional el doctor Gabriel González, se creó la Escuela de Detectives, primera expresión organizada de lo que con el transcurrir del tiempo sería años más tarde la Escuela de Cadetes de Policía.

Para 1.919, por iniciativa propia el Doctor Marco Fidel Suárez, se presentó ante el Congreso un proyecto de ley para la creación de una Escuela de Policía, iniciativa que tuvo su aprobación convirtiéndose en la ley 14 expedida con fecha 8 de septiembre de ese año y cuyo fin era la preparación policial permanente y adecuada que redundara en el progreso y desarrollo de la Institución. Se contrataron profesores extranjeros con la finalidad de renovar los métodos de vigilancia y disciplina policial.

Hacia el año 1.924, se creó, organizó y entró en funcionamiento la denominada Escuela de Investigación Criminal, cuya existencia fue efímera al ser suprimida un año después. Posteriormente, en 1.927, siendo Presidente de la República Miguel Abadía Méndez y Director de la Policía el Doctor Manuel Vicente Jiménez, se expidió el decreto 163 del 23 de junio, mediante el cual se concretó una nueva organización para el Centro Educativo Permanente, que se encargaría de impartir una eficiente formación técnica policial, basada en: la vigilancia, detectivismo, aprendizaje técnico y aspectos legales.

En el año de 1.936, en cumplimiento a lo dispuesto por el entonces Presidente de la República doctor Alfonso López Pumarejo, se estableció “La Escuela o Escuelas de la Policía Nacional” necesarias para atender la formación de los oficiales, suboficiales y agentes, como también para atender el perfeccionamiento del personal al servicio de la institución.

Fue el doctor Alejandro Bernate, Director de la Policía Nacional, quien en realidad dio el paso mas trascendente hacia la consolidación del Centro de Educación Policial, mediante decreto 1.503 de 1.935 al esbozar las bases legales para la iniciación de la Escuela General

Santander, concretando su sueño de dotar a la institución de instalaciones propias destinadas a la formación integral y posibilitando el inicio de una genuina carrera profesional, cuya carencia se había convertido hasta entonces en el argumento y la causa para la extinción de los numerosos intentos y esfuerzos que la antecedieron.

Esta decisión permitió disponer de los fondos de la Caja de Auxilios de la Policía, para adquirir un lote ubicado en el sitio Muzú, de la Hacienda La Laguna, situada al sur de la ciudad capital, para adelantar “aquí” una construcción que se pensó de arquitectura inglesa.

Tres años después, con diez y ocho edificios terminados y en un área de 14.719 metros cuadrados, se hizo realidad física. Concluidos los trabajos de construcción y de dotación de la escuela, se inició en firme la estructuración del Instituto y con tal propósito finalmente el Ejecutivo promulgó el decreto 945 del 15 de mayo que modificado al mes siguiente por el decreto 1.158 del 18 de junio de 1.940 y que versa sobre la reorganización de la Escuela de Policía General Santander y el pensum de estudios, adecuándolo a las necesidades, con el fin de garantizar el cumplimiento de su objeto de formación que incluía a los detectives y demás funcionarios técnicos y administrativos. La Escuela de Cadetes General Santander, inició labores académicas el 16 de mayo de 1.940, siendo Presidente de la República el doctor Eduardo Santos Montejó; Director General de la Policía el General Alfredo Azuero Arenas, Director de la Escuela el Doctor Luis Andrés Gómez y prefecto de estudios el Doctor Luis Alberto Pinzón.

Hacia el año de 1.946, siendo Director de la escuela el doctor Roberto Pineda Castillo, expidió la resolución No. 38, mediante la cual se instituye oficialmente el día 16 de mayo como fecha para conmemorar el aniversario de la fundación, por ser cuando se iniciaron labores.

Hablar de la escuela de Policía, nos lleva inevitablemente a volver los ojos al año 1.937, cuando se buscó profesionalizar la labor policial en Colombia, puesto que los finales del siglo XIX y principios del siglo XX, fueron años confusos para la vida institucional. En particular la guerra de los Mil Días había truncado el avance firme de la institución por cuanto el gobierno no contaba con los recursos necesarios para cubrir los gatos de un Cuerpo Policial ligado al nivel central, y de todo el territorio nacional. Predominaban las policías departamentales y municipales dependientes de los gobernadores y alcaldes con gran autonomía. Por la carencia de una preparación técnica adecuada que le generara las capacidades necesarias para ejercer con profesionalismo las actividades de la seguridad pública, la Policía dio el primer paso para la fundación de la Escuela de Cadetes en el año 1.937.

La crisis institucional causada por la revuelta del 9 de abril de 1.948 en la ciudad de Bogotá, generó un paréntesis en la vida de la escuela, sin embargo en este intervalo se instruyó una comisión de sobresalientes juristas y se contrató una misión inglesa para asesorar el proceso de reforma de la institución.

El significado que para la vida democrática de Colombia, representa esta casa de estudios, que tiene un sueño y que continuará trabajando para lograrlo, está cimentado en el pensamiento de nuestro prócer el “General Santander” y de quien decía Luis Augusto Cuervo, ilustre historiador: “La efigie del hombre de las leyes, debería presidir todas las reuniones sociales de la Policía de la nación”, al reconocer los desvelos, las preocupaciones y las realizaciones del General Francisco de Paula Santander y Omaña, porque considero necesario rendir homenaje y un justo reconocimiento al gobernante, al organizador, al

visionario, al inspirador, al gestor del derecho en Colombia, a partir de cuya obra nuestro país cimentó su estructura, su dignidad y su vocación democrática de Nación.

Honor a la grandeza del héroe cuyo nombre lleva orgullosa y altiva la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, “El hombre de las Leyes” y “El organizador civil de la República”. Lo mejor que le pudo haber sucedido a nuestra Policía Nacional, es el haber recibido el legado Santanderista y a este rendir homenaje bautizando nuestra Alma Mater con su nombre “Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander”, porque en este se encarna la majestuosidad de la república y como consecuencia ser el responsable del ejercicio de la autoridad.

Santander visionó desde el siglo antepasado lo que ahora denominamos “Los Derechos Humanos” y “El Derecho Internacional Humanitario”, fue su constante preocupación el derecho a la vida, la dignidad, la libertad, la honra, los bienes de las personas. Todo esto dio origen al Estado de Derecho. Clamó por el fortalecimiento de los valores y el sentido de la obligatoriedad de una estricta ética de conducta que exigía:

- 1- El respeto absoluto de los derechos humanos de todos, incluso el de los delincuentes.
- 2- Cumplimiento de las formalidades legales, porque toda efectividad policial no puede ser nunca arbitraria, ni injusta y
- 3- Total abolición de cualquier forma de corrupción, favoritismo o discriminación.

“La Fuerza al servicio del derecho”, lema de nuestra Escuela, no significa nada más que el ejercicio vertical de la autoridad policial, ajeno a los abusos de la fuerza ya que su inspiración solo apunta a consolidar el imperio de los mandatos constitucionales, legales y reglamentarios para el buen vivir.

“Colombianos: si las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad”. Esto es la combinación de las voluntades de Simón Bolívar y de Francisco de Paula Santander, el esfuerzo común de quienes comandaron los ejércitos patriotas durante la guerra de la independencia. Pero la organización y estructuración del Estado como República, se le debe a Santander. La Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, con altivez renueva hoy su compromiso en la formación, capacitación y especialización de la oficialidad de la Policía, requeridos por una sociedad, hombres y mujeres en toda la extensión de su entrega a la función, que conozcan y vivan con su ejemplo, la filosofía del respeto por el individuo, su libertad y de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario.

Me cabe el inmenso honor de haber sido Director de esta Escuela, y es por esto que desde lo más profundo de mi corazón, quiero agradecer a la Academia Colombiana de Historia Policial, de la cual hago parte como miembro de número y como Vicepresidente de la misma en la actualidad, haberme encomendado esta tarea de llevar la palabra en este solemne acto, con el cual este instituto celebra el sexagésimo noveno aniversario de su fundación. Es propicia esta oportunidad para haber rememorado algunos datos y hechos que por su relevancia, trascendencia y especial significado han dejado huella indeleble en la historia del

país, de la Policía Nacional y de la Escuela de Cadetes de Policía “General Francisco de Paula Santander”, debo también dejar constancia en claro de la difícil situación a la cual me he tenido que enfrentar por tener que obviar datos por razones de tiempo y espacio, numerosos nombres de personalidades, acciones dignas de mención, detalles a montón, e infinidad de pormenores que merecen mención en las páginas escritas de la historia policial.

Finalmente espero haber acertado en la síntesis que durante esta sesión he realizado, a fin de que ustedes y en especial para que las nuevas generaciones de policías logren reconocer el valor y el significado que para la vida democrática de Colombia representa este Templo del saber policial. Todo lo recreado en este campus, explica el pasado, nos indica cómo se movió la institución, sin ignorar las raíces y el génesis para superar los aciertos y corregir sus errores y generar un futuro exitoso. La profesionalización de la Policía, coloca hoy a esta escuela como una de las mejores y más importantes instituciones universitarias policiales del mundo.

Nada mejor para concluir que invocar al General Santander, que da nombre a esta escuela, es su ejemplo de devoción para servir a la patria, llevado hasta la hora final, cuando dijo: “El último día hábil de mi vida, será el primero en que la Nueva Granada no me verá ocupado de su independencia, de su honor y de sus libertades”.

**EL PENSAMIENTO DEL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER
Y SU ACTUALIDAD EN LA FORMACIÓN POLICIAL**



Intervención pronunciada por el señor Coronel Janio León Riaño, Director de la Escuela de Cadetes de Policía “General Francisco de Paula Santander”, en la sesión solemne realizada con ocasión de conmemorarse los sesenta y nueve años de fundación de la Escuela de Cadetes y diez y nueve años de fundación de la Academia Colombiana de Historia Policial, acto que se realizó en el Teatro BG. Valdemar Franklin Quintero, el día jueves 21 de mayo de 2009.

El General Santander comprendió que la obra emancipadora, emprendida con tanto ímpetu por el Libertador, no tendría futuro sin la educación pública y la formación de una cultura fundamentada en el respeto de la Ley y del Estado como garante del ejercicio de las libertades ciudadanas.

La Academia Colombiana de Historia Policial me ha otorgado el honor de dirigir estas palabras, para exaltar la actualidad del pensamiento y la figura egregia de nuestro primer héroe genuinamente nacional, como precursor e ideólogo de la educación y como orientador de la Doctrina Policial. Agradezco complacido esta invitación.

Considero propicia esta oportunidad para expresar nuestra complacencia por el trabajo que ha venido cumpliendo la Academia Colombiana de Historia Policial y presentar al señor brigadier general Guillermo León Diettes Pérez, en su condición de cofundador y Presidente de la misma y a todos los miembros académicos, un especial saludo con ocasión de los diez y nueve años de su prolífica existencia.

Como quiera que la Academia ha tenido por sede a la Escuela, hemos sido testigos de la infatigable labor que ustedes vienen desarrollando para contribuir a exaltar el nombre y el prestigio de la Policía Nacional a través de los trabajos realizados acerca de distintas dependencias institucionales y de los miembros que han formado parte de nuestra Institución.

Sea esta la ocasión para disertar sobre el sentido de educar en el conocimiento de la ley de su cumplimiento inobjetable, como garantía de la protección de las libertades de los ciudadanos y de su importancia decisiva en el progreso y la convivencia pacífica de los pueblos.

Por estas razones, quisiera hoy referirme a la figura y el pensamiento del general Francisco de Paula Santander, como un faro que ilumina nuestra misión institucional y específicamente a nuestro deber ser como Escuela de formación de los futuros oficiales de la Policía Nacional.

Santander Jurista.

La centralidad de la ley en la convivencia.

Su formación humanista centrada en los valores clásicos de la democracia griega y de los escritos de la república romana, dotaron de fundamentos sólidos la concepción de un tipo de sociedad en la que no basta la abundancia de las leyes, sino el procedimiento por el cual se crean. La importancia de las instituciones representativas de la voluntad popular, de la participación del ciudadano en la creación de las leyes, como condición necesaria de su cumplimiento, lograron marcar una distinción indeleble con otras posturas políticas y juristas de la época.

El civilismo, la formación ciudadana y la democracia como procedimiento para la creación de la ley tienen en Santander a un ilustre representante y émulo de las virtudes ciudadanas.

Santander Militar.

La fuerza al servicio de las libertades.

Sin embargo, otro aspecto fundamental de su formación fue el paso por la institución armada. Desde el año de 1810, la vida del joven Santander empezó una fulgurante carrera militar que lo llevó a ser general de división a los 27 años.

Es admirable cómo el héroe no dudó en someterse a la obediencia militar y poner las armas a disposición de la causa de la libertad. Luego, como gobernante asumió la responsabilidad de delimitar los poderes entre el ejecutivo y el militar. Síntesis de su concepción de la fuerza al servicio de las libertades es la magistral proclama dirigida a sus conciudadanos: “las armas os han dado la independencia: las leyes os darán la libertad”. Comprendió con lucidez que el conocimiento de la ley es garantía de una convivencia madura de una sociedad y que el único camino para alcanzar este ideal es mediante la educación de las virtudes y valores del ser humano.

Santander y la institución pública.

La labor educativa que cumplió el General Santander a lo largo y ancho de la nación lo señala como un verdadero impulsor de la educación. Creador de universidades, colegios, escuelas y cátedras fue la tarea que permitió el paso definitivo para que el ciudadano rompiera con la oscuridad de la ignorancia y el sometimiento ingenuo a las voluntades variables de los gobernantes.

En la actualidad, la educación es decisiva para fortalecer el estado de derecho en las naciones del mundo. La formación de la conciencia moral y de la obediencia de las normas desde la temprana edad permite una sociedad civil respetuosa de la ley por convicción y corresponsable de la seguridad y convivencia ciudadana.

Con su obra educativa, el General Santander visualizó la importancia de formar la decisión personal y la mente ciudadana, con el fin de asegurar el futuro del Estado y la sociedad en obediencia a la ley.

Esta semblanza de la personalidad y carácter del general es argumento suficiente para afirmar que Santander es el precursor del Estado de Derecho en Colombia.

Aún en los momentos más oscuros del origen de nuestra historia política y social, el insigne general siempre mantuvo el Estado de Derecho y estableció el orden ceñido a las normas jurídicas o en suma a la obediencia castrense. Respetó las leyes y se sometió a ellas; aún en contra de su voluntad y del debido proceso. Acató el dictamen de la justicia y se mantuvo siempre firme en sus convicciones democráticas. Brillantemente el Libertador sintetizó estas ideas con el nombre que identificaría al general en la posteridad: “Santander el Hombre de las Leyes”.

De esta manera, el Estado de Derecho se centra en el gobierno de la Ley para todos los ciudadanos sin distinción alguna, en que la ley se aplica uniformemente a todos, protege los derechos y libertades fundamentales y se transforman o cambian solo por voluntad popular.

Así el legado del insigne ciudadano es que no se trata de aumentar las leyes ni de endurecerlas, sino cualificar la manera como se elaboran y como se aplican.

En consecuencia, la Policía Nacional constitucionalmente realiza la vocación civil del ciudadano y protege las libertades y derechos de todos, sin distinción alguna, para que todos los colombianos convivamos en paz.

La vida y obra del General Santander es motivo de inspiración para que la Policía Nacional permanezca fiel a su vocación civil y a su vocación de protectores del sentido de la aplicación de la ley en un Estado democrático. Ley, ciencia, fuerza y educación, son los pilares en los que la Policía Nacional se ha comprometido a lo largo de sus 117 años de existencia. La creación de la Cátedra Santander durante el año 2008, es muestra de nuestro compromiso por la reflexión, aumento y conservación del pensamiento Santanderista en nuestra Escuela, donde se forman nuestros futuros oficiales.

La responsabilidad de la Escuela de Cadetes, desde sus orígenes, ha sido mantener inquebrantable su vocación de transformar personas en mejores seres humanos y por consiguiente en mejores policías.

Y en estos años como Director, he sintetizado que seis son los principios de la formación de la excelencia policial: eficacia, entendida como capacidad para alcanzar metas; eficiencia, para alcanzar los máximos resultados; efectividad, que no es otra cosa que obtener los resultados; ética, que orienta la acción por medio de valores y principios; la estética, entendida como la manera de decir, hacer, ser y vivir en armonía; y por último, la espiritualidad, que nos enseña a crecer desde adentro, con el acompañamiento del Ser Supremo y la vivencia de sus enseñanzas.

Si las nuevas generaciones que se forman en la Escuela son conscientes de estas nociones y las interiorizan, podremos llegar a la verdadera esencia y naturaleza del Policía.

Por último, expreso mi agradecimiento a la Academia Colombiana de Historia Policial por la honrosa distinción de ser admitido como Miembro Honorario de tan prestigiosa institución.

De mi parte, como Director de la Escuela, ratifico mi voluntad y compromiso de contribuir a formar las nuevas generaciones de oficiales de la Policía Nacional en el espíritu que nos ha legado el general Francisco de Paula Santander y custodiarlo fielmente como la más preciada herencia ciudadana para las generaciones futuras.

BIBLIOGRAFÍA

Academia Colombiana de Historia, 1840: Muerte de Santander, Bogotá edic. Cromos 1940.

Castaño Álvaro, La Policía, su origen y su destino, tesis de grado 1947.

Conde Silva y Conde Gabriela, Educar para la democracia. México 2004.

Constitución de Cundinamarca, Bogotá 1836.

Barley David eficacia policial y el respeto a los derechos humanos. México 2003.

(Disponible en <http://www.insyde.org.mx/publicaciones.Php>).

De Mier José María Santander, Escritos y ensayos, Universidad Externado de Colombia, Bogotá 1990.

Díaz Elías, Estado de derecho y sociedad democrática, Ed. Taurus, Madrid, 1981.

Grant Heath. El papel de la policía en la promoción del Estado de derecho. Lectura para el coloquio Cultura de la legalidad en la construcción de una Sociedad Educadora Culiacán 2004.

Laporta, Francisco, Imperio de la Ley, Reflexiones sobre un punto de partida de Elías Díaz. Cuaderno de Filosofía del Derecho No. 15-16, Alicante 1994.

Moreno de Angel Pilar, Biografía ed. Planeta Bogotá 1989.

Garnelo Jesús Martínez. Lecciones sobre Cultura de la legalidad, México 2008.

Pérez, Enrique, Derechos Humanos. Estado de derecho y Constitución. Ed. Tecnos. Madris, 1984.

Policía Nacional Academia, Escuela de Cadetes de Policía "General Francisco de Paula Santander", Editorial "La buena semilla" por el Coronel Janio León Riaño, Director Escuela, edición 122, enero-marzo de 2009 ISSN 0120-582 X.

HEROÏNA DE AMERICA
25 de diciembre 1797 – 23 de noviembre 1853



Discurso de orden pronunciado por la doctora Ivonne González Niño, para tomar posesión como Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia Policial; sesión académica realizada en el Salón Rosado del Casino de Oficiales de la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, el día 16 de marzo de 2011.

Breve reseña sobre la madre de Manuelita, Doña María Joaquina de Aispurú Sierra.

El aristócrata ciudadano vasco Mateo José de Aispurú, viajó a América para rehacer su fortuna, ya que no obstante ser de noble cuna y rancio abolengo, se encontraba en difícil situación económica, por lo que resultaba más que conveniente su alejamiento de las cortes españolas. Se radicó en Quito y contrae nupcias con la distinguida dama de la sociedad local Doña Gregoria Sierra, con quien concibe 4 hijos, siendo la menor la primorosa María Joaquina, nacida en 1779, educada con gran esmero y refinamiento, pues, habiendo adquirido vastas tierras y otras propiedades cercanas a la capital, amasó una sólida fortuna, siendo Joaquina su más preciado tesoro, siempre elegantemente vestida con trajes españoles y franceses, adornada con joyas exquisitas especialmente importadas por su padre, quien adquirió en Europa un piano media cola para la pequeña artista.

En cuanto al padre don Simón Sáenz y Vergara y Yedra:

Nació en la Villa de Herreros, (Burgos), a mediados del Siglo XVIII, de célebre familia, con grande señorío y distinción, buscaba acrecentar su fortuna, con ese objetivo se embarcó hacia Panamá, donde se desplaza al Reino de Quito, se casó convenientemente con la viuda más rica de esa ciudad, no así la más agraciada: doña Juana María Del Campo y Valencia. Don Simón Sáenz se hizo Miembro del Consejo de la ciudad; capitán de la milicia del Rey, recaudador del Reino de Quito, llegó a desempeñarse como Corregidor; era además importador de mercaderías europeas para su reventa, próspero negociante y poseedor de sólida fortuna soportada en acumulación de dinero y de títulos nobiliarios.

Serio, impecable, siempre a la moda; con finas levitas de terciopelo en fuertes colores y calzones cortos de seda, sombrero de tres picos sobre su perfectamente acicalada cabellera y peluca. Hombre inflexible en los negocios, cauteloso como el que más en los asuntos del Rey, reconocido por su probidad, padre de 4 hijos: Pedro, Ignacio, Eulalia y José María. Los murmuradores quiteños se desesperaban sin lograr aclarar este enigma... ¿En qué momento, en qué lugar, ese conspicuo caballero don Simón Sáenz y Vergara y Yedra, haciendo caso omiso de su investidura, embarazó a la preciosa jovencita Joaquina Aizpurú Sierra, quien apenas tenía 18 años? ...Para esos días de 1797 Don Mateo José de Aizpurú, padre de la doncella, ya había muerto, de otro modo, la deshonra de su hija menor lo hubiera matado de pena moral y sentimiento, pues siempre fue manifiesta su preferencia por María

Joaquina, materializada en caudales, joyas y propiedades a su nombre, lo cual desencadenó rencor y odio de sus hermanos, incluso celos de su desplazada madre.

La preciosa María Joaquina soportó estoicamente la pesadilla de su embarazo, los señalamientos, la soledad, la ignominia...

En Quito, azotado por el terremoto que destruyó media ciudad en el mismo año de 1797, se interpretó ese embarazo con el argumento de que el sismo fue enviado como castigo del cielo ante el licencioso modo de vivir de sus habitantes, resultando ser María Joaquina la prueba viviente del desenfreno y el pecado, motivo por el cual debía sufrir el rechazo social y nadie que fuera respetuoso católico debería determinarla. Esta moralización de sepulcros blanqueados resultó implacable, y como las amplias faldas, capas, ruanas y chales no lograban ocultar su estado, ella no volvió a iglesias ni a altares para no sufrir el oprobio público.

En la noche de Santo Tomás nació una preciosa niña, quien envuelta en fino mantón sevillano fue llevada al bautizo; y se lee en la partida sentada: *“...el 27 de diciembre de 1797 bauticé solemnemente a Manuela... nacida dos días antes, una criatura espuria, cuyos padres no son nombrados...”*. Su padre, a pesar de pretender ocultar su aventura, accede a reconocerla como hija, dándole finalmente el aristocrático apellido Sáenz.

La Infancia en “Cataguango”

Este nacimiento dio origen a los más profundos odios entre las dos familias; ante las críticas mordaces y el rechazo y desprecio de las otrora amistades, se retiró María Joaquina a la hacienda que su padre le obsequiara: la Hacienda Cataguango, donde, sufriendo exilio voluntario, obligó a Manuela a pasar una primera infancia en solitario, pues aunque vivía en la opulencia, rodeada de todo lujo que el dinero en abundancia provee, siempre estuvo alejada de otros niños, ya que cuando compartía juegos, la llamaron *“bastarda”*, y averiguó su significado, comenzó a interpretar las insinuaciones de su aya india; descubrió que su padre estaba casado con alguien diferente a su madre, y que éste no se ausentaba de la hacienda por trabajo ni por viajes...descubrió en su corazón sentimientos de tristeza, desilusión y rencor.

Excelente Amazona

Manuela disfrutaba del campo, se convirtió en una excelente amazona, su mayor distracción consistía en cabalgar incluso sin aperos, por todos los terrenos de la imponente hacienda de su madre, quien herida en su dignidad y su orgullo nunca pudo recuperarse del rechazo social, la depresión fue en aumento desde que las visitas del padre de Manuela se hicieron más escasas terminadas sin motivo. En pocos años se apagó como una vela su frágil existencia. Apenas se realizaron las exequias y el entierro, de inmediato. La pequeña Manuela de 9 años es internada por su abuela Gregoria y por sus tíos (quienes se posesionan sin tardanza de la hacienda y disponen de los bienes que correspondían a la pequeña como herencia), en el Convento de Santa Catalina, confiada a las religiosas que lo regentaban, creció sin afecto, sin familia, es allí donde aprende a leer, escribir, bordar, el

latín, el griego; tocó el clavecín, cocinó, preparó pasteles...Su libro predilecto: *“El Andante Caballero don Quijote de la Mancha”*.

Cada día se vuelve más díscola y rebelde; dice sin rodeos lo que piensa y su belleza atrae a múltiples admiradores, todos rechazados por la jovencita, hasta que aparece Fausto D'Elhuyar, joven oficial español, galante y de modales exquisitos, experto en seducir mujeres ricas, bailarín consumado en bailes de gala, hijo de un hombre muy apreciado por la Corona, científico y escritor; le resultó muy sencillo deslumbrar a Manuela, quien contaba con 17 años, y tras un breve romance soportado en asiduas cartas, flores, dulces y fugaces encuentros a escondidas, la adolescente abandonó sigilosamente el convento una noche estrellada, bajo la magia del soltero más apetecido: fue fácilmente seducida.

Su impecable uniforme blanco y oro de realista, sus apretados pantalones con bordados de arabescos, sus botas relucientes de fino cuero, sus charreteras y medallas ejercieron una rara fascinación sobre Manuela, quien más que al hombre admiró el uniforme. Sí, tristemente se repetía la historia de la entrega por amor como había sucedido a su madre.

Matrimonio con Jayme Thorne

Bastaron solamente dos semanas para regresar al convento, desengañada del galán, implorando perdón. La abadesa, firme en su decisión, expulsó a Manuela, quien, repudiada nuevamente por la rancia sociedad quiteña, siempre implacable con la “bastarda”, fue conducida a puerto con destino a Panamá, donde su padre estaba desterrado, convirtiéndose una vez más en la cruz del aristócrata español Sáenz y Vergara y Yedra, quien, para evitar que la jovencita anduviera sola y le causara más problemas desestabilizando con su presencia la ya débil armonía familiar, le compra dos esclavas: Nathán y Jonatás. Manuela aprendió a fumar aficionada a la bebida. Ayudaba a su padre en los negocios pues heredó de él: sagacidad, astucia, acierto para los negocios y el amor por el dinero. Es allí donde capitanes y comerciantes acaudalados que realizaban transacciones con el otrora Corregidor, se interesan por la hermosa Manuela.

Se destaca entre los pretendientes el inglés Jayme Thorne y Wardor, quien le dobla la edad; próspero comerciante y naviero resultó ser una excelente salida y mejor inversión para el encartado padre, quien convino la dote de 8.000 pesos oro. Así Simón Sáenz bendijo a la pareja y encargó a don Toribio Aceval actuar como padrino y entregar a la novia en el altar.

Don Simón Sáenz se embarcó de regreso a España poniendo mar de por medio entre ellos: jamás volverían a verse; novios y padrino embarcan para Lima, es así, como el domingo 27 de julio de 1817 en la Ciudad de los Reyes, capital del Virreinato del Perú, en la iglesia de San Sebastián, la bellísima Manuela se convierte en la señora de Thorne: adinerada, respetada y envidiada, fue presentada al Virrey del Perú y participó en todas las celebraciones y festejos de la sociedad limeña, mereciendo palco de honor en el viejo teatro La Comedia, alternando con la más alta alcurnia local, haciendo siempre gala de su juventud, belleza y riqueza, todo ello cuando estaba presente su flemático esposo.

Activista Revolucionaria

El cónyuge viajaba con frecuencia; entonces, Manuela se movía en círculos patrióticos que conspiraban contra la Corona, y con su gran amiga ecuatoriana Rosita Campuzano minaban el terreno movedizo del Virrey. Era una doble actividad riesgosa, que no permaneció oculta, pues en Lima todo se sabía; al enterarse su esposo se opuso radicalmente a ese comportamiento por múltiples razones: primero, rechazaba de plano la revolución, segundo, podría perjudicar sus negocios, tercero, tenía una concepción antirreligiosa, siendo él católico. Ordenó perentoriamente a Manuela olvidarse de sus ideas revolucionarias, naturalmente de nada le sirvieron sus exigencias, pero éstas se convirtieron en una muralla que irremediablemente los separó en sus convicciones políticas.

Muy por el contrario, la hermosa quiteña logró convencer a su hermanastro el capitán del Regimiento de Numancia del Ejército Realista, José María Sáenz, pasarse con sus fuerzas a la causa revolucionaria, lo que significó un aporte definitivo a la victoria del General San Martín el 21 de julio de 1821, en el Perú.

El 8 de octubre de 1821 el General San Martín creó la “*Orden del Sol*”, destinada a reconocer los méritos de aquellas valerosas mujeres que participaron activamente en el logro militar obtenido y procede a exaltar con ella a la valerosa quiteña.

Se lee en la Gaceta de Gobierno del miércoles 23 de enero de 1822, 3º. Lima, número siete tomo dos páginas 3 y 4: “... *El gobierno supremo ansioso de premiar el mérito, ha honrado el patriotismo donde lo ha encontrado; y no duda que esta lista se aumentará, así por el noble estímulo que debe producir tan digna recompensa, como porque se esperan las razones que se han pedido a los departamentos de todas las patriotas beneméritas.*” “M: ...Doña Manuela Sáenz de Thorne”.

Debido a sus opuestas actuaciones en la vida pública el ambiente para el matrimonio Thorne-Sáenz estaba enrarecido en la hidalga ciudad de Lima. Eran dos polos opuestos. El beligerante espíritu revolucionario de Manuela y la manifiesta complacencia de Thorne con el imperante régimen colonial. Por ello, el disgustado esposo decide que como extranjeros que eran, les resultara más conveniente instalarse en Quito.

Y es así, como emprenden el viaje con todo un menaje doméstico admirable por su finísimo origen europeo y por su desmesurado tamaño, por lo que Manuela, para ingresar a la capital entregó el pasaporte peruano que acreditó su travesía y su presencia y decía: “*don Francisco Freicano, teniente coronel graduado capitán de este puerto y comandante militar de sus matrículas. Certifico: Que dio la vela de este puerto el Bergantín inglés “Diadema” con destino al de Guayaquil el veinticinco de mayo último, constando por el roll expedido en esta comandancia de matrículas de los individuos siguientes: capitán D. Jarper Roche, su sobrecargo D. Jayme Thorne, Doña Manuela Sáenz y dos criadas y para que conste a los fines que convengan doy este y a pedimento de Don Jayme Thorne, Capitanía del Puerto de Callao*”

Después de 7 años regresaba Manuela a su ciudad Quito, condecorada con la codiciada “*Orden del Sol*”. Contando con tan solo 24 años, retornaba a su patria convertida en una dama rica, bella, envidiada, admirada, del brazo de su adinerado consorte inglés.

Encuentro con Simón Bolívar

El 16 de junio de 1822, montado en su corcel favorito color nieve, de nombre Pastor, caracoleando por la Calle Real de Quito, sacando chispas al contacto de los cascos con los adoquines, avanzaba a la cabeza de sus oficiales y de la tropa victoriosa un jinete más que moreno: piel tostada, boca grande, ojos negros hundidos, baja estatura, uniforme de guerrera y pantalón de ante francés, se detuvo bajo el balcón del acaudalado Juan Larrea; Manuela dejó caer una corona de laurel a los cuartos delanteros del alazán; el Libertador alzó la vista y vio a Manuela, quedó impresionado por su belleza, embrujado por su mirada, y sonrió.

Esa noche se realizó el baile de la victoria; la guerra por la independencia había adquirido reconocimiento y trascendencia internacionales. Después de Waterloo, muchos veteranos oficiales de guerras continentales habían buscado combatir junto a Bolívar, en cuyas filas se contaban escoceses, irlandeses, ingleses, alemanes, polacos y hasta rusos.

Bolívar se acercó a Manuela, bailaron una polonesa, minués y contradanzas. Luego la dama, para escándalo de las asistentes, bailó sola la ñapanga, danza que el obispo de Quito había satanizado diciendo: “*Eso no es un baile, eso es la resurrección de la carne*”.

Se acercaron juntos a la mesa para deleitarse con la variedad de manjares expuestos, dulces y vinos, y luego se desvanecieron en las sombras y en la bruma... Todos los curiosos invitados los buscaban; nadie volvió a verlos esa noche.

Amaneciendo el día 17, todo Quito se escandalizó por el comportamiento de Manuela. Resultaba increíble, además, que el Libertador la hubiese preferido por encima de preciosas jovencitas, ricas, nobles y sobre todo, libres...

Sus amores, discretamente nocturnos, fueron subyugando a Bolívar, quien advirtió que era Manuela una mujer astuta, inteligente, audaz, y ante todo leal; así fue convirtiéndose en necesaria, ya que conocía perfectamente a todos los integrantes de la sociedad limeña, incluyendo al general San Martín, quien además de triunfar en la toma de Lima y haber condecorado a Manuela, se había convertido en amante de Rosita Campuzano, paisana y amiga íntima de Manuela, lo cual resultaba muy útil en esa lista de contactos. 12 noches compartidas que fueron interrumpidas ante el desarrollo de los acontecimientos.

La entrevista de Guayaquil

El Libertador decide abandonar a Quito, tomarse a Guayaquil, pues resultaba estratégico dominar este puerto sobre el río Guayas: representaba el dominio de la costa. Rápidamente se ganó las autoridades locales e izó la bandera de la Gran Colombia en toda la ciudad. Y es en Guayaquil donde se realiza el encuentro de San Martín y Bolívar. Al prócer argentino se le hicieron los honores a su llegada, recepción oficial y banquete de gala, pero intercambiando

opiniones en entrevistas privadas los dos genios de la guerra concluyeron que sus concepciones políticas eran totalmente diferentes.

San Martín creía que la única solución era una forma interina de monarquía, y estaba en contacto con una casa principesca de Alemania para encontrar un candidato al trono del Perú, donde las tres cuartas partes de habitantes eran analfabetos.

San Martín declaró su disposición “*a mantener las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase instruida y que tiene qué perder*”. Es así, como los dos grandes hombres difieren en sus opiniones durante la histórica conferencia de Guayaquil, a puerta cerrada, pues Bolívar tenía una posición radicalmente distinta: creía en una sociedad de naciones americanas libres, gobernadas en principio por un Presidente Vitalicio, con gradual extensión de la base democrática. 36 horas bastaron para convencerse mutuamente de que entre los dos solo podría existir una cooperación militar, más no una estrategia común...

Al segundo día, de su estadía en Guayaquil San Martín fue enterado de que había sucedido una revolución en el Palacio de Lima. El ministro de San Martín, Bernardo Monteagudo, había sido obligado a embarcarse hacia Panamá, instaurando un gobierno provisional.

San Martín vuelve de inmediato a Lima, renuncia a todos sus cargos y parte para Europa invadido por la decepción y amargura, y dejando a Rosita Campuzano en la más profunda oscuridad. Rosita lo amó por siempre, con lealtad inalterable, como más tarde habría de hacerlo Manuelita con Bolívar.

Manuela y la causa de la independencia en palabras de Bolívar

Los tan criticados amores entre Don Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Manuela Sáenz llegan a oídos de María Antonia, hermana mayor de su Excelencia, quien alarmada y le advierte sobre su inconveniencia.

El Libertador le contestó en forma categórica, reconociendo su compromiso y desprendimiento, así:

“Cuartel General Pasto, enero 9 de 1823

Mi querida Antonia:
(Confidencial)

Recibí con infinita satisfacción tu apreciable del 6 de noviembre del 22, que motiva mi conciencia. Además me alaga el que tanto te preocupes por mí; créeme que me siento muy contento de saberme aún inquirido por tal preocupación, además de calmar tu curiosidad.

La pregunta que me haces la contesto así: esta señora no dará más un motivo para pecado ha sido el fervor que, como patriota, se ha desbordado en atenciones para conmigo. Bien sé que me obligo a mí mismo al intentar separar mis sentimientos de mis actos; pero ¿qué hago con esta loca emoción que incita a verla de nuevo?

Aceptarla en mi destino parece ser la respuesta ineludible; pues ella en su afán de servicio se muestra como una noble amiga de alma muy superior; culta, desprovista de toda intención de ambición, de un temperamento viril, además de femenina.

“Ella abandonó su hogar para brindarnos a la causa, y a ti, querida hermana, todo lo que su genio tiene en aras del bien común. Enérgica cuando se lo requiere, se desdobra en infantil ternura cuando su noble corazón se lo pide; orgullosa, porque le viene de la sangre, yo la he aceptado por la comprensión nuestra y su hábil descaro de imponerme su amor. Tú dirás que me he excedido en este retrato; pero, en honor a la verdad, no cabe más que apreciar.

Para calmar tu preocupación te diré que esta señora no empaña mis virtudes; pues lejos de toda pretensión mis generales la respetan como si fuera mi esposa, y en los círculos sociales su presencia hace con su señorío el respeto que merecemos. Las miserables habladurías que te han llegado como noticia, me han lastimado profundamente por la delicadeza y finura de tu espíritu, y porque sé de tu celo con que quieres a tu hermano y deseas mi bien.

Yo diría que nunca antes me he sentido tan seguro de mí mismo como ahora, que confidencialmente te hago esta declaración. ¡Simón se encuentra enamorado! ¿Qué te parece? No es un jolgorio; ¡Es Manuela la bella! . Dispensa mi efusividad. Pronto tendrás más noticias mías, sé que deseas mi felicidad. La tengo ahora.

Tu efectivísimo hermano

Bolívar”

De nuevo en Quito

El 8 de agosto de 1823 el Libertador ordenó a la fragata Chimborazo prepararse para zarpar y convocó a su estado mayor para el embarque, pero tuvo que afrontar una última contienda: Manuela. Quería embarcarse como integrante de la oficialidad, pero él no se lo permitió.

El 16 de noviembre, sin anunciarse, regresó Bolívar a Quito, y encontró a una Manuela herida, enfadada por el silencio, y envenenada por los comentarios sarcásticos referidos a romances esporádicos de su amado con otras mujeres, aunque superada la primera reacción solo quedaban el amor y la pasión como respuesta. Pero fueron pocos los días de dicha, ya que ésta se rompió abruptamente cuando llegó Monteagudo a Quito y, ante Bolívar y su Estado Mayor, planteó la gravísima situación: Perú sería indefectiblemente reconquistado por los realistas de no contar con la presencia del Libertador.

Simón Bolívar no era un gran estratega económico; su familia había sido una de las más ricas de América del Sur, finamente educado, criado en medio de la abundancia, siempre con dinero a disposición, no tenía nociones financieras, nunca supo ahorrar. Era excesivamente generoso, repartía sus emolumentos presidenciales entre viudas y excombatientes veteranos heridos.

La mayor parte del dinero con que se financiaba la guerra procedía de Colombia, y se hacía cada día más escaso. Es así, como el Vicepresidente Francisco de Paula Santander escribió al Libertador: “Y hablando de dinero, hoy no hay un solo centavo en el Tesoro. El presupuesto de este gobierno consume por sí solo de 1.500 a 2.000 pesos diarios. Usted necesita dinero urgentemente. ¿Qué hacemos ahora, mi general?”

Dictador del Perú

El Libertador desde niño había escuchado muchas historias sobre la capital más importante del Virreinato de América. Era el centro del lujo, la música, la cultura...Lima era el París de América del Sur; siempre había deseado conocerla. Sin embargo advirtió en cuanto desembarcó, que la suciedad y el abandono se enseñoreaban por doquiera, y una vez terminaron las recepciones oficiales se vio convertido en el Dictador militar del Perú, donde por aquellos días había 4 ejércitos republicanos: el peruano, el chileno, el argentino y el colombiano. Había dos presidentes: José de Torre Tagle y Riva Agüero. Ante esta situación exclamó: *“los asuntos peruanos han llegado al colmo de la anarquía... solo el enemigo se muestra bien organizado, unido, fuerte, enérgico y capaz”*. Y más adelante aparece: *“Estoy lamentando haber venido aquí”*.

Soldado Husar

En medio de ese caos reinante ocurrió otro episodio inesperado: llegó Manuela en el bergantín Helena; en un santiamén renovó sus amistades y vistiendo a última moda trajes llenos de encajes y bordados, contactó a la influyente nobleza limeña con Simón Bolívar; y logró lo que había deseado: ser incorporada oficialmente al Estado Mayor de Bolívar. Quedó a cargo de los archivos personales del héroe como secretaria. Lució casaca azul y vueltas y cuello rojos, charreteras doradas. Complementaba su atuendo con pantalones masculinos y botas altas.

Nunca antes se vio tan bien puesto este uniforme con el rango militar de soldado Húsar. Sin embargo, Bolívar, ocupado en los asuntos de la guerra, sabía del rearme y reorganización de los realistas. Viajó al interior, calculando estratégicamente abastecimientos de los que pudiera disponer en caso de una ofensiva súbita, como en efecto ocurrió.

El 12 de febrero los realistas sitiaron a Lima, y palmo a palmo registraron los rincones, en busca de jefes republicanos; el general Miller con un escuadrón de caballería tendió un cordón de seguridad, dando tiempo a Manuela para recoger sus archivos, la vajilla de oro, los uniformes del general, algunas de sus propias pertenencias. Luciendo su uniforme militar, se incorporó al escuadrón que avanzó por el desierto y luego por la cordillera, acampando en

lugares inhóspitos, hasta cuando el “Gobierno ambulante” se instaló en Huamachuco, a 150 kilómetros del sitio donde se encontraba su amado.

Así transcurrieron varios meses en los que sin aviso llegaba el Libertador por uno o dos días y luego regresaba con su ejército, moviéndose cautelosamente por la cordillera; Manuela, protegida por un destacamento de lanceros colombianos seguía la senda del Libertador.

Manuelita en el Frente de Guerra

Manuela quiere participar en la lucha libertaria: Bolívar no está de acuerdo. Sin embargo, ante la tenaz insistencia, desde Huaraz escribe a su amada el 9 de junio de 1824: *“Manuelita, mi adorada: tú me hablas del orgullo que sientes de tu participación en esta campaña; pues bien, mi amiga: ¿Quiere usted probar las desgracias de esta lucha? ¡Vamos! El padecimiento, la angustia, la impotencia numérica y la ausencia de pertrechos hacen del hombre valeroso un títere de la guerra. Un suceso que alienta es hallarse en cualquier recodo con una columna rezagada de godos y quitarles los fusiles. ¿Tú quieres probarlo? Hay que estar dispuesto al mal tiempo, a caminos tortuosos a caballo, sin darse tregua; tu refinamiento me dice que mereces alojamiento digno, y en el campo no hay ninguno; no disuado tu decisión y audacia, pero en las marchas no hay lugar a regresar. Por lo pronto no tengo más que una idea que tildarás de escabrosa: Conducir al ejército por la vía de Huaraz, Olleros, Chovein y Aguamina al sur del Huascarán. ¿Crees que estoy loco? Esos nevados sirven para templar el ánimo de los patriotas que engrosan nuestras filas. ¿A que no te apuntas? Nos espera una llanura que la Providencia nos dispone para el triunfo: ¡Junín! ¿Qué tal? A la amante idolatrada. Tuyo Bolívar”*. Esta misiva constituyó para Manuelita la realización de su más caro anhelo: la participación física en la contienda, para probar su valor y verdadero compromiso militar, por lo que responde desde Huamachuco el 16 de junio de 1824:

“Mi querido Simón:

Mi amado, las condiciones adversas que se presentan en el camino de la campaña que usted piensa realizar no intimidan mi condición de mujer; por el contrario, yo las reto. ¿Qué piensa usted de mí? Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales, ¿o no? De corazón le digo: no tendrá usted más fiel compañera que yo y no saldrá de mis labios queja alguna que lo haga arrepentirse de la decisión de aceptarme. ¿Me lleva usted? Pues allá voy. Que no es condición temeraria ésta, sino de valor y de amor por la independencia (no se sienta celoso). Suya siempre, Manuela”.

¡Junín!

En Trujillo, tercera ciudad del Perú, el Libertador había organizado un nuevo ejército; tomó los restos de las unidades de Chile y Argentina y avanzaron hasta los llanos de Junín. Sus tropas sumaban 9.000 hombres, y en algún perdido lugar de este despliegue iba Manuela con su uniforme, arriesgando su vida en cada paso del camino, pues su nombre era de los

primeros en la lista de muerte; sabía que se balancearía en la horca si fuera hecha prisionera por el ejército realista.

El 6 de agosto de 1824 en la llanura de Junín fue el primer combate entre las tropas; tembló el llano con los cascos de los caballos y el choque de espadas, estruendo de fusiles y pistolas; gritos de dolor y olor a sangre, tan solo en una hora de lucha sin cuartel los patriotas derrotaron a la mejor de las legiones españolas. Cientos de cadáveres quedaron esparcidos en el campo de batalla. Manuela era partícipe de la victoria; se detuvo en Junín para enterrar a su amigo el coronel Sowerby, desafiando el peligro de contagio por la descomposición de cadáveres. Ese mismo día, 6 de agosto de 1824, el Libertador firmó el ascenso de Manuela a Capitán de Húsares, por su arrojo y valor en combate.

La primera y única mujer capitán en la historia de la guerra de independencia se evapora entre las montañas coronadas de nieves, estratégicamente ubicada en el vallecito de Jauja esperaba ver a su amante entre batalla y batalla; lo había seguido por escalofrantes desfiladeros a lo largo de 1.500 kilómetros rodeados de abismos y peligros de muerte.

Relevo en el mando

Santander hábilmente influyó ante el Congreso colombiano logrando que se revocara la Ley de autorización para la prolongación de la guerra en el sur, por lo que el Libertador tenía que decidir si acataba tal decisión, o si por el contrario insistía en continuar al mando activo del ejército. Manuela asumió posición radical: consideraba que Bolívar debía ignorar al Congreso y lanzarse a la guerra, pero el Libertador actuaba con prudencia; sabía que tal actitud acabaría con sus planes para América. Finalmente, la suerte del Perú y el resultado final de los largos años de lucha quedaron en cabeza del oficial de más alto rango, Antonio José de Sucre; Bolívar, escoltado por tan solo un escuadrón de caballería se retiró a Lima. Manuela atraviesa páramos, precipicios y desfiladeros, y avanza por la garganta de Colpahuaco ascendiendo hasta llegar a las faldas del Condorcunga, donde se reencuentra con otros patriotas que habían sido separados estratégicamente por Sucre.

¡Ayacucho!

El 9 de diciembre de 1824 se produjo, con inusitado arrojo de los dos ejércitos, la histórica batalla de Ayacucho. Los patriotas acamparon a menos de dos kilómetros del sitio denominado “*Cuello de Cóndor*”, donde acampaba el enemigo. Hacía dos meses los ejércitos se habían perseguido mutuamente; el ejército patriota diezmado a la mitad había perdido sus piezas de artillería; solo contaba con un cañón con la cureña rota; quedaban víveres para dos días y no había posibilidad de retirada. Por esa razón, cuando el heroico General José María Córdova, al mando del ejército colombiano dio la orden de atacar: “¡División: de frente. Armas a discreción!” Un capitán herido preguntó: “¿Qué pasó, mi General?”, contestó Córdova con energía: “¡Paso de Vencedores!” Los patriotas sabían que tenían que triunfar o morir... Cada uno de ellos luchó con tales valor y arrojo que lograron atemorizar al adversario. El combate dejó mil cuatrocientos realistas caídos y setecientos heridos. El Virrey de La Serna firmó los artículos de capitulación y entregó las armas: había sido derrotado el último ejército de la Corona en suelo americano.

Manuela, Coronel

El General Antonio José de Sucre redacta al día siguiente, el 10 de diciembre de 1824, dos ejemplares idénticos, informando a Bolívar sobre la victoria de Ayacucho; uno fue confiado al Coronel Medina, otro al capitán Alarcón. El primero en partir fue Medina, quien fue atacado por indios, quienes literalmente lo destrozaron. Alarcón, en 8 días recorrió la distancia y llegó a Lima con la misiva en la que se lee: “Tengo la satisfacción de participar a su Excelencia que los combates librados en Ayacucho han servido para engrandecer las glorias de las armas colombianas, y doy a su Excelencia los detalles de los sucesos que han precedido al triunfo de las unidades a mi mando: se ha destacado particularmente doña Manuela Sáenz por su valentía; incorporándose desde el primer momento a la División de Húsares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos, rescatando a los heridos.

La Providencia nos ha favorecido demasiado en estos combates. Doña Manuela merece el homenaje en particular por su conducta, por lo que ruego a su Excelencia le otorgue el grado de coronel del Ejército Colombiano.

Dios guarde a su Excelencia, Antonio José de Sucre”
Bolívar leyó y exclamó:” ¡VICTORIA! ¡Victoria! ¡Victoria!”

Manuela regresa a Lima, es ascendida al grado de coronel. Se constituyó así en la primera mujer que ostenta este alto grado militar en el ejército colombiano.

Rumores de conspiración

Pero... la fortaleza de El Callao no se había entregado; el General José Ramón Rodil mandaba esta fortaleza con 4.000 realistas; desdeñó los ofrecimientos de paz; su orgullo impedía cualquier acercamiento, por lo que fue sitiado. El viernes 28 de enero Bernardo Monteagudo fue asesinado; esa noche se celebraba el Baile de la Victoria, y por primera vez el Libertador estaba seguro de una conspiración en su contra: aunque en público siempre fue reverenciado, a sus espaldas se había ido formando un profundo sentimiento de odio. Bolívar compareció ante el Congreso peruano, planteó renunciar a sus poderes de Dictador. El Congreso no aceptó.

En Europa ya su fama alcanzaba las dimensiones de gran estadista y en junio de 1825 Estados Unidos reconoció a las nuevas repúblicas por él creadas; la fragata United States entró a aguas peruanas, donde la hija del capitán, Jeannette Hart de Saybrook, oriunda del estado de Connecticut, cautivó al Libertador; los comentarios llegaron a oídos de Manuela, y en el baile de gala Manuela en forma decidida la retó: “*Sería mejor que se fuera pronto... y que entretanto, se relacionara con sus propios compatriotas, o con los ingleses.*” Jeannette contestó:” ¿Y quién es Usted para dar consejos que no se le han pedido? “Yo contestó Manuela-, soy la Sáenz.”

Thorne, otra vez

Bolívar emprendió visita de inspección de mil quinientos kilómetros y Manuela quedó sola; a los pocos días llegó a Lima su esposo Jayme Thorne, quien en un principio se mostró paciente y comprensivo, pero avanzando los días se volvió agresivo y celoso. También llegó a esa capital el célebre profesor Simón Rodríguez, quien de inmediato simpatizó con Manuela. Fue instalado en su hacienda y luego muy a su pesar despedido, pues se encaminaba a Bolivia. Iba a convertirse en Director e Inspector General de Instrucción Pública de la nueva República de Bolivia. Llevaba sus alforjas llenas de cartas de Manuela para el Libertador.

Thorne, como último recurso para reconquistar a su esposa, le propuso viaje para Londres. Manuela se lo consultó por carta a Bolívar y él le escribió: *“Aprende a amar y no te vayas ni con Dios mismo”*

Obligado por sus negocios el inglés abandonó a Lima; su esposa se negó a acompañarle, pues recibió una nueva carta de Bolívar que decía: *“Quiero desesperadamente volver a Lima. Si no hago otra cosa, pienso constantemente, día y la noche entera, en tus encantos, y tu amor por mí, y en mi regreso, y en lo que harás, y en lo que haremos cuando estemos juntos de nuevo”*.

En junio de 1826, una vez terminada la toma de El Callao, empieza el florecimiento de Lima; se inundó de artículos de lujo europeos; los barcos no cesaban de arribar y solo se escuchaban halagos ensalzando a Bolívar. Se sabía que Francia deseaba ver coronado a Bolívar como emperador andino, y es así como el intelectual William Tudor expresó: *“Su modelo es ahora Napoleón y su ambición es igualmente ilimitada”*.

Manuela desplegó labores de alta inteligencia con su perfectamente establecida red de espionaje; tenía certeza sobre la existencia de un movimiento organizado en contra del estamento militar. Bolívar reacciona enérgicamente y analiza su situación real: Santafé reclamaba su presencia; desde Lima se requerían dos meses para que llegara una carta a esta ciudad. Panamá estaba a cincuenta y cinco días de distancia, Venezuela a tres meses; en Bolivia el General Sucre fungía como Presidente y lo absorbían las complejidades del nuevo Estado. Era el momento de tomar decisiones.

Bolívar decidió partir, desapareciendo por la inmensidad de los Andes. Manuela otra vez sola en una Lima un tanto esquiva y sinuosa, cuando la desamparaba el Libertador.

Rebelión en Lima

El 25 de enero de 1827 estalló la rebelión y los leales al Libertador fueron encarcelados. Manuela, con su uniforme de coronel, en los cuarteles promovía incansablemente una contrarrevolución. Ella, quien era admirada por los soldados pues montaba a caballo como un hombre y cuando se requería era tan femenina como la que más, tenía el valor de un regimiento; arengaba a los soldados sable en mano, incitando, amenazando y convenciendo a todos. Por ello fue sacada a la fuerza de su casa y apresada en el convento de las Nazarenas con la orden de permanecer incomunicada. Sus fieles sirvientas actuaron

entonces: Jonatás ocultaba correspondencia en su vistoso turbante que siempre lucía, hasta que descubierta fue recluida en la prisión de Mujeres de Casas Matas; Nathán se vistió de monja y retomó las funciones de correo humano, logrando desestabilizar a los rebeldes. Por ello los alzados en armas embarcan a Manuela con sus fieles criadas hacia Guayaquil. Las desterradas se encontraron así en un puerto fluvial que ofrecía un cuadro lamentable de abandono.

Partieron entonces a pie hacia Quito, con una escolta de 4 soldados colombianos; llegaron a los 10 días de camino a casa de su medio hermano tan querido y leal, José María, ahora general del ejército de la República, quien trató de protegerla de los agravios lanzados por la sociedad quiteña.

El 5 de abril de 1827 Bolívar le escribe desde Caracas *“Tu hazaña ha dejado la huella de respeto que te mereces, pero también ha sembrado la semilla del rencor y odio gratuitos, que nos son comunes y semejantes, cuánto más al estar juntos”*. Manuela esperó impacientemente la llegada de nuevas cartas de Bolívar. Sabía que el Libertador había estado enfrentando una persistente sucesión de crisis y sabía que la rebelión de sus ejércitos en Lima había afectado su ánimo y su salud; el 11 de noviembre de 1827, recibe Manuela la tan anhelada carta de puño y letra del Libertador, entregada por el general Arthur Sandez, que decía:

A Manuela Sáenz:

“El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego”

En la capital de la Gran Colombia

Partió Manuela en busca de su amor; emprende su viaje hacia Santafé. Encuentra a su paso ruina y destrucción, descontento general. En un principio no le importó observar que en varios muros se leía ¡Abajo Bolívar!; la gente se le acercaba para quejarse y lamentarse. El comercio estaba paralizado. El culpable: *“el tirano”*; así se referían al Libertador; mil quinientos kilómetros recorrería entre lodazales, campos solitarios, montañas, abismos, desafiando el peligro, pues había muchas bandas de asaltantes bien armados, caminos en ruina y puentes destruidos por la guerra, falta de vituallas; el general Bolívar ordenó poner en guardia a sus oficiales para proteger la caravana durante su travesía que duró un mes y nueve días; finalmente arribaron al Camino Real empedrado de Santafé. Era la primera vez que Manuela pisaba la capital de la Gran Colombia; en la Calle del Comercio se observaban algunas de las viviendas sin techo y varias iglesias gravemente averiadas. Bogotá había sido sacudida recientemente por un terremoto.

Se encaminaron hacia la Quinta cruzando el puente del Carmen; un centinela detuvo a la comitiva. *“Alto, ¿Quién vive?”* –preguntó-, y al momento varios soldados los rodearon. El coronel Demarque dijo: *“Es, señor capitán, La Sáenz”*

Este anuncio fue suficiente para que el paso se abriera de inmediato: ya era famosa Manuela.

“Es la anarquía, Mi General”

Estaban congregados en la Quinta todos los altos mandos de Bolívar, deliberando sobre el ya próximo Congreso de Ocaña; todos los presentes saludaron efusivamente a Manuela con el reconocimiento que se había ganado a pulso, pues había sido combatiente en la derrota y en el triunfo; era de admirar una amazona tan valiente con sus botas de viaje coronadas por dos pistolas turcas amartilladas en condiciones de uso, que lucía como nadie con su uniforme de coronel, capaz de recorrer distancias galopando. Se brindó con whisky irlandés por Manuela.

La Quinta era una villa construida a principios de siglo por José Antonio Portocarrero, a la sombra de los montes de Monserrate; a su muerte pasó como herencia a su hija, quien la vendió a la Nueva República. El 16 de julio de 1820 la Quinta fue donada al Libertador “como una modesta manifestación de gratitud y reconocimiento... por los inmensos sacrificios que ha hecho para la restitución de la libertad”.

Manuela observó con sorpresa el semblante del Libertador, pues había cambiado notoriamente... Su rostro chupado y arrugado, su cabello cenizo, su cuerpo extremadamente delgado ya no se erguía como antes; contaba con 45 años pero no se advertía en él la vitalidad de antaño. Veinte años cabalgando a través de los Andes habían dejado profunda huella. Sus enemigos afirmaban “*Está hechizado por la Sáenz*”.

Manuela retomó su puesto convirtiéndose en filtro indispensable para acceder a Simón Bolívar, muchas veces impidiéndolo argumentando cualquier disculpa. Logró con sus cuidados que la tos agobiante se hiciera menos frecuente, y volvían el buen humor de su talante y las sonrisas en sus labios.

Las damas de la sociedad capitalina estaban escandalizadas con la presencia de la ecuatoriana, y heridas en su amor propio al verse desplazadas, habiendo sido muchas de ellas aventuras pasajeras del héroe. Bolívar se dirigió a Ocaña, pero se detuvo en Bucaramanga. La desunión de la Gran Colombia había reanimado a España en sus deseos de reconquista y su flota estaba frente a la costa acechando para desembarcar. Parte de la guarnición de Cartagena amenazaba con rebelión; afirmó el Libertador: “*Si voy al norte el sur se desintegrará; si voy al sur el norte se rebelará*” y a Páez le escribió: “*Después de 17 años de combates inauditos, de revoluciones, ha venido a parir nuestra madre patria a una hermana más cruel que Megera, más parricida que Júpiter, y más sanguinaria que Belona: ¡Es la anarquía, querido General! Me estremezco al contemplar el cuadro terrible de nuestra perspectiva; nos vamos a sepultar entre las ruinas de la Patria, porque todo es malo y todo es peor*”.

El Libertador regresó a Bogotá; se reunió nuevamente con Manuela; muchas fiestas se organizaron en la quinta, mientras los opositores se multiplicaban y en volantes que

circulaban por la ciudad se invitaba a dar “*muerte al tirano*”. Bolívar elige entonces como residencia oficial el Palacio de San Carlos.

Designó a Santander como Primer Ministro en los Estados Unidos. Para el 24 de julio, cumpleaños del Libertador; la quinta se engalanó de la mejor manera; en el jardín se colocaron mesas repletas de bebidas y bufette de alimentos. Bolívar no asistió, como tampoco Santander; el vino hizo sus efectos y algún invitado propuso que, siguiendo una costumbre española, se fusilara a Santander en efigie. Manuela aceptó la propuesta, siendo este un impulso de irresponsabilidad que constituyó un bloque de hielo entre los amantes; el Libertador le ordenó que “*permaneciera alejada del público*”, y no volvió por la quinta.

La Conspiración

Manuela en forma discreta, pagó treinta y dos pesos de plata a Pedro Lasso de la Vega y recibió dos llaves de la puerta de hierro de una vivienda estratégicamente ubicada a la diagonal del Palacio de San Carlos, la cual fue amoblada con esmero; allí se instalaron sus esclavas, criados y animales, especialmente sus tan queridos gatos que andaban por toda el casa en número asombroso; la bella dama permanecía a media mañana en el balcón, y en la noche organizaba tertulias políticas; todos los chismes y comentarios le llegaban y así se enteró de que se estaba organizando una conspiración contra Bolívar.

En los regimientos de descontentos se decía: “*No habrá libertad mientras Bolívar viva*”. Prudentemente, por seguridad, el Libertador suspendió sus diarios paseos a caballo.

En una noche de agosto se realizaba en el Teatro del Coliseo, un edificio de 3 pisos, elegante, copiado del Varieté de Paris, una representación y luego baile de gala, baile de máscaras. Manuela era celosa; se hizo presente llevando su uniforme militar, para verificar que el Libertador no asistía al evento; resultaba inconveniente su asistencia en solitario, rodeado de preciosas damas; se presentó un altercado al intentar ingresar al recinto: el Alcalde de la ciudad no permitía el acceso a Manuela por estar “*vestida de hombre*”. En ese preciso instante llegó el Libertador en compañía del Coronel Fergusson y el General Córdova, advirtió la discusión y la presencia desaliñada y descuidada de la inseparable esclava Jonatás; ante tal situación prefirió devolverse. Manuela regresó infinitamente sola a su casa.

Llegó a Santafé sin avisar el sobrino favorito de Bolívar, Fernando, hijo de su hermana María Antonia; el jovencito entabló amistad con Fergusson, Juan Santana, y desde luego con Manuela.

La Noche Septembrina

El 25 de septiembre había llovido durante toda la tarde. Bolívar mandó llamar a Manuela y le dijo apenas verla: “*Va a haber una revolución*”. Ella contestó: “*Ya lo sé y me alegra que lo hayas advertido a tiempo. Tú nunca crees lo que yo te digo y siempre recibes mis consejos con recelo.*”

Manuela lo ayudó a meterse en la cama y él muy pronto se durmió; solo entonces ella se dirigió a la habitación contigua. A la media noche los centinelas preguntaron a unas siluetas que surgieron de las sombras- ¿Quién vive? Los intrusos contestaron ¡Libertad! Los cuchillos atravesaron a los guardias; buscaban vociferando al Libertador. Manuela, al escuchar los ruidos, despertó apresuradamente a su amado y lo ayudó a vestirse, hizo que se pusiera las botas de caucho que ella había traído, y con una capa, espada en mano, pistola al cinto, por sugerencia de Manuela saltó por la ventana que es tan solo de tres metros de altura. Llegaron los agresores y le preguntaron con insolencia a Manuela por Bolívar; ella dijo que estaba en la sala del Consejo; la empujaron hasta esa sala y comprobaron que estaba vacía; lo buscaron desesperados por toda la casa, mientras obligaban a Manuela a acompañarlos; ella vio, en su recorrido, al coronel Ibarra en un charco de sangre, se detuvo; con su enagua le hizo un improvisado torniquete; el herido preguntó: ¿Ha muerto el Libertador? Manuela contestó: “No, Ibarra, está vivo” En ese momento, llena de valor desafiante, se levantó y gritó: “¡Sí, Bolívar está vivo!”

Uno de los insurgentes la golpeó con un puño en la cabeza, y la hizo caer; se abalanzaron con sus cuchillos, pero fueron detenidos por el francés Auguste Hormet.” ¡Basta, no hemos venido aquí para asesinar mujeres!” El Comandante Carujo dio un puntapié al rostro de la postrada ecuatoriana, y de inmediato fue encerrada en el dormitorio del Libertador, quien para ese momento se escondía debajo del puente del Viaducto del Carmen; instantes después oyó pasos. Estaba temeroso. De las sombras apareció su fiel asistente José Palacios, quien lo acompañó cual fiel escudero. Entretanto, en el Palacio de San Carlos Fergusson arribó y fue asesinado por Carujo; Fernando Bolívar apareció bañado en la sangre de Fergusson, pues trató de auxiliarlo; estaba pálido como cadáver; todo era angustia, traición y muerte.

El general Urdaneta dominó la situación; detuvo a muchísimos sospechosos, y esposados fueron llevados a la Plaza Mayor; los perseguidos escucharon voces de los soldados leales: ¡Viva el Libertador! Salieron Bolívar y Palacios de su escondite; Bolívar en cabalgadura, y una vez con uniforme limpio se hizo presente en la Plaza Mayor. Luego se dirigió a palacio, y en presencia de todos abrazó a Manuela y le dijo: “Manuela, mi Manuela, eres la Libertadora del Libertador”.

El 2 de octubre empezaron los ahorcamientos en la Plaza Mayor, se destacaban entre los condenados el coronel Guerrero y el almirante José Prudencio Padilla. Muchas ejecuciones, encarcelamientos y destierros. El aire olía a sangre...

Bolívar abandonó el palacio de San Carlos, se instaló nuevamente en la Quinta; la tuberculosis hacía mella a su salud, esta vez con fiereza; con persistente tos, aparecía saliva sanguinolenta. Ahora Manuela gozaba del reconocimiento antes tan esquivo de su lealtad indeclinable, dispuesta a dar la vida por su amor.

El único y verdadero beneficiado por la conspiración septembrina fue el general Rafael Urdaneta. El Libertador le entregó la administración del Gobierno, convirtiéndose así el general venezolano en el poder detrás del trono. No había problema alguno de entendimiento con él, pues quería lo que Bolívar quería, y se entendía a la perfección con

Manuela; su presencia resultaba un gran alivio para todos, menos para Santander, a quien sus enemigos acusaban como cómplice del complot.

La Anarquía

Sin embargo, La Gran Colombia se agitaba con la presión interior de los acontecimientos; cada región tenía sus propios problemas:

En los llanos de Venezuela el general Páez deseaba gobernar y no ser gobernado; igual sucedía en Ecuador con el general Juan José Flores; en el Perú se hablaba de guerra.

El 1º de enero de 1829 Perú invadió a Ecuador, el Libertador dejó a Manuela bajo la protección de una terna de fieles colaboradores: Pepe París, John Illingsworth y el general Urdaneta, y partió hacia el sur para defender los reductos de la Gran Colombia. Sufriendo su enfermedad mortal, montó su caballo y desafió los Andes...

A pesar de los muchos kilómetros de distancia, siempre estuvo pendiente de que nada le faltara a Manuela en su ausencia; dejó instrucciones precisas.

Sucre libró la batalla de Tarqui el 27 de febrero de 1829 y venció, pero a pesar de ello, con la muerte de Córdova, siendo tan reconocido militar, héroe de Junín y de Ayacucho y necesario para la construcción de la República, toda la culpa de su muerte recayó sobre Bolívar, bajando su popularidad a cero. No tardaron en aparecer leyendas en los muros. ¡Abajo Bolívar! ¡Muera el Dictador!

El Libertador regresó a Bogotá el 15 de enero de 1830, y se encontró ante un caos total: a la muerte de Córdova se sumaban pésimas relaciones con Estados Unidos y Gran Bretaña, crisis económica; reclamó enérgicamente ante tal estado de cosas, y todos sus Ministros renunciaron, como si fuera poco, la tuberculosis había avanzado tanto que era inocultable su alarmante estado de salud. Sucre cabalgó desde Quito, presidió el Congreso, el Libertador renunció a la Presidencia; reconocía que su presencia en Colombia era un obstáculo para la tranquilidad de la Nación, debía marcharse, iba a ser desterrado, distribuyó sus retratos, recuerdos y pertenencias; la vajilla de oro y plata fue vendida por 17.000 pesos; este era todo el dinero con el que contaba quien en su época de juventud fuera el hombre más rico de Sur América.

Manuela quería acompañarle, aunque él no tenía certeza hacia dónde iría... Además el dinero era muy escaso. Prometió que en cuanto se instalara mandaría por ella...

Manuela, sola y desprotegida, se convirtió entonces en el objetivo por vencer; las hostilidades por parte del secretario del Interior, Vicente Azuero, empezaron por exigirle la devolución de todos los papeles privados del Libertador. El Juez Isidro Carrizozo, el 19 de julio de 1830, ordenó al Regidor del Distrito de la Catedral, Sr. Domingo Durán:

“De acuerdo con la autoridad de que estoy investido, procederá a detener y encarcelar a Manuela Sáenz, autora del impreso titulado ¡La Torre de Babel”, acusada de actos

provocativos y sediciosos; procederá sin demora a apresar a la susodicha Manuela Sáenz y, una vez hecho esto, justificará el cumplimiento con el que suscribe.” Manuela se defendió, debido a la intervención de Pepe París se logró una transacción y, bajo las condiciones que ella misma impuso, fue a la cárcel.

De regreso a Quito, el General Sucre fue asesinado.

Muerte del Libertador

Manuela escuchó rumores que afirmaban que el Libertador estaba muy enfermo; esperaba impaciente alguna carta que los desmintiera, pero esa carta nunca llegó...

Su sobrino Fernando Bolívar fue testigo de su declive: llegaron en un bergantín a Santa Marta, el 1º de diciembre de 1830 fue desembarcado el General Bolívar. Un realista, Don Joaquín de Mier, ofreció generosamente su hacienda para acoger a tan distinguido huésped y a su comitiva.

Manuela esperaba la carta que no llegaba..., Acudió su amigo Peroux de Lacroix, quien partió el 29 de noviembre y llegó a Santa Marta antes de 2 semanas; escuchó la última proclama del Libertador; la noticia la llevaban los indios a través de los Andes, y se filtraba mediante los viajeros del río Magdalena; Manuela esperó dos semanas, no llegaba noticia; con la impaciencia que la caracterizaba, montó a caballo durante dos días y llegó a Honda para embarcarse: iba nuevamente en busca de Bolívar, allí recibió la carta de Peroux de Lacroix:

“Mi respetada y afligida señora: Prometí escribirle y le dije la verdad. Ahora terminada mi misión, le comunicaré la más triste de las noticias. Llegué a Santa Marta el 12 de diciembre y partí enseguida para la hacienda, donde vi al Libertador, su excelencia estaba ya en un estado terrible y fatalmente enfermo.

Quedé en San Pedro hasta el 16 y, cuando me fui, Su Excelencia se hallaba ya en la última fase de la agonía. Los amigos que le rodeaban, incluido yo, no podían contener las lágrimas. Estaban con él los generales Montilla, Silva, Portocarrero e Infante. Los coroneles Oruz, Paredes y Wilson; el capitán Ibarra, el teniente Fernando Bolívar y algunos otros amigos”.

Sí, mi afligida Señora; cuando me fui este gran hombre se disponía a abandonar esta ingrata tierra y a pasar a las mansiones de los muertos, donde ocupará su sitio en la posteridad y la inmortalidad junto a los héroes que más han figurado en este mundo miserable. Lo repito, con un sentimiento que hace más profundo mi vivo dolor y con el corazón lleno de amargura, que dejé al Libertador, el 16, en agonía tranquila, pero en la que no puede durar mucho. Estoy esperando en cualquier momento la fatal noticia. Entretanto, me siento saturado de agitación, de tristeza y de lágrimas por el padre de nuestro país, el infeliz y gran Bolívar, matado por la perversidad, por la ingratitud de todos los que eran sus deudores y recibieron de él tantas pruebas de generosidad. Esta es, pues, la triste y terrible noticia de lo que yo mismo vi. Y que debo ahora comunicarle. Confío en que los cielos, que tienen más justicia de la que despliegan los hombres, miren ahora la pobre Colombia...

Permítame, mi bondadosa Señora, que mezcle mis lágrimas a las tuyas por su inmensa pérdida.”

Manuela subió a su caballo y lentamente emprendió el regreso a Bogotá: jamás volvería a ver al hombre a quien tanto amó: Simón Bolívar.

El 17 de diciembre de 1830 a las 12 meridianas empezaron los momentos finales... Bolívar tenía 47 años. Dijo Reverend: “Todos los síntomas han señalado más y más la proximidad de la muerte. Respiración anhelosa, pulso apenas sensible... a las 12 empezó el ronquido y a la una en punto expiró el Libertador”. La noticia se extendió por todo el Continente.

Destierros de Manuela

Muerto el Libertador, Manuela, sumida en el dolor por su partida, se hizo picar de una serpiente venenosa, en Guaduas, pero fue asistida con prontitud y se recuperó rápidamente; debió soportar múltiples ataques en Bogotá, por ello vendió por 1000 pesos algunas joyas, se instaló en la sabana, en un sector llamado Guanacas del Arroyo; pero 4 años más tarde, el 1º de enero de 1834 su declarado enemigo, el General Francisco de Paula Santander firmó el decreto que la desterraba. Portando su uniforme de coronel, con sus esclavas Jonatàs y Nathàn y pertenencias fue embarcada por la guardia río Magdalena arriba. En Cartagena permaneció en un calabozo hasta cuando fue embarcada en un bergantín inglés hacia Jamaica. Allí extrañaba su tierra natal, insistía en autorización para volver... Quería rescatar sus bienes, cobrar deudas y gozar de paz. Y en 1835 recibió pasaporte y salvoconducto firmado por el general Flores, Presidente del Ecuador. ¡Volvería a su Patria! En octubre desembarcó en Guayaquil y una vez más se encaminó hacia Quito; en el trayecto, en la población de Guaranda, fue interceptada por Antonio Robelli y un destacamento, quien le comunica que Flores había sido depuesto y el nuevo Presidente Vicente Rocafuerte no autorizaba su permanencia en Ecuador; esto es: el decreto oficial de destierro de su tierra natal. Este Presidente temía que Manuela quisiera vengar el asesinato de su tan querido hermano, el General José María Sáenz, ocurrido en el combate de Pesillo.

Manuela Sáenz se instaló, entonces en el puerto peruano de Paita. El lugar contaba con un muelle casi destruido y una única calle; los lugareños principales se reunieron y le entregaron un precioso pergamino en reconocimiento a sus méritos.

(Documento original que se conserva en el Museo Manuela Sáenz de Quito). Manuela, con su espíritu fuerte de siempre, afrontó con dignidad los días de estrechez económica: con una actividad increíble, vendía tabaco, tejía, se rebuscaba los escasos ingresos necesarios para subsistir; sirvió de intérprete al joven Cónsul norteamericano Alexander Ruden.

En 1842 el gobierno de Caracas autorizó la repatriación de los restos mortales del Libertador a su tierra natal a instancias de sus hermanas, y su entrada resultó triunfal. Se reivindicaba su obra y se rescataba su memoria; se convertía en mito. Se le idealizaba, al mismo tiempo que Manuela resultaba inconveniente para su legendaria vida; nadie la mencionaba; no se preguntó nadie por ella...

En 1847, la agobiada ecuatoriana sufrió una caída en la escalera de su humilde casa. Como consecuencia de ello quedó reducida a la inmovilidad; tuvo fractura de cadera, y como resultado de ello y de la extrema pobreza en la que se sumió al no poder desplazarse y trabajar, envejeció de repente. En agosto de ese año supo del asesinato de su aún legítimo esposo Jayme Thorne, y de su inclusión en el testamento devolviéndole los ocho mil pesos oro que había recibido como dote de manos del padre de Manuela; le reconocía además los intereses correspondientes a esa suma; pero la obcecada oposición y venganza de sus enemigos no permitieron que recibiera un solo peso de lo que legítimamente le pertenecía y que tanto necesitaba en la postración que padecía.

Manuela, inválida, pobre, olvidada, vivía de la caridad y generosidad de sus vecinos.

Muerte

En 1856 un marino desembarcó en Paita con fiebres y una enfermedad desconocida que le arrebató la vida mediante el ahogamiento. Rápidamente se contagiaron los vecinos, y la enfermedad se convirtió en epidemia: era la difteria. Quienes podían hacerlo huyeron despavoridos de la población.

Manuela, inválida, no podía hacerlo; estaba condenada a muerte.

Primero murieron sus leales sirvientas y fieles acompañantes en el exilio, Jonatás y Nathán, luego su esclava Juana Rosa.

El 23 de noviembre de 1856, a los 58, años murió Manuela. Había sobrevivido 26 años a su amado, el Libertador, con el respeto, la lealtad y el sacrificio que registra la historia, sus restos mortales fueron a parar en fosa común; sus pertenencias quemadas. Hoy su memoria desafía el tiempo y el olvido.

Su Memoria

Al conmemorarse ahora los 200 años de la victoriosa gesta americana para ganar su libertad y su definitiva independencia de España, y al exaltar a los próceres a cuya cabeza estuvo el genio de la guerra Simón Bolívar, es imperioso reivindicar para la historia de América la figura de su máxima heroína, la ecuatoriana Manuela Sáenz.

Ella fue no solo el más grande amor en la vida del Libertador y su más fiel compañera en todas las situaciones de la política y de la guerra, además de que lo libró de ser asesinado y nos libró a los colombianos de llevar el oprobio de tan abominable suceso, sino que siempre defendió con denuedo las ideas de independencia y por ellas sufrió persecuciones, prisión y miseria; luchó heroicamente empuñando las armas en las batallas decisivas de Junín y Ayacucho, y fue la primera mujer que en Colombia y en América ganó el grado de Coronel de las armas de la nueva República.

El paradigma de su vida heroica enorgullece a América.

En su honor el poema de mi autoría: "Quiteña tenías que ser".

Quiteña tenías que ser

El más hermoso lucero
radiante de la alborada
quiso escaparse del cielo
para alumbrar tu morada.

En el valle de los chillos
entre aromas y verdor,
naranjos y mamoncillos,
fuiste la más bella flor.

Con tu sangre castellana
y de criolla aristocracia
fuiste la doncella ufana
que mezcló amor con audacia.

A tu paso se estremecen
de emoción los corazones
y en los jardines florecen
ramilletes de ilusiones.

La gracia de tu talento
a Bolívar fascinó
y desde el primer momento
cautivó su corazón.

Con tu intuición femenina,
con lealtad y con valor,
salvaste al Libertador
en la noche septembrina.

Con grado de coronela
lo acogiste como dueño
y fuiste fiel centinela
para vigilar su sueño.

Al final te fue negado,
por ironía del destino,
estar cerca de tu amado
en San Pedro Alejandrino.

En Paita un atardecer
remontaste el infinito
en busca de su querer

en un mundo más bonito.

Cambiaste el rumbo a la historia
con tu magia de mujer.
Manuela, novia de América,
¡quiteña tenias que ser!

BIBLIOGRAFIA

- Liévano Aguirre Indalecio “Bolívar” Editorial Oveja Negra
- J.D. Monsalve “Mujeres de la Independencia”
- Gaitán de París Blanca “La mujer en la Vida del Libertador” Ediciones La Opinión
- González Niño Ivonne “Simón Bolívar, Precursor del Derecho Internacional Americano”. Editorial Tipoprensa
- Álvarez Saa Carlos “Manuela Sáenz”
- Von Hagen Víctor W. “Las cuatro estaciones de Manuela”
- Rumazo González Alfonso “La Libertadora del Libertador”
- Triviño Anzola Consuelo “Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador”
- Cagua Prada Antonio “Manuelita Sáenz Mujer de América”
- Perico Ramírez Mario H. “Yo soy Manuela Sáenz, ¿Y qué?”
- Aljure Chalela Simón “Manuela Sáenz y Simón Bolívar una simbiosis de libertad”



LAS MUJERES NEOGRANADINAS Y SU PARTICIPACIÓN EN EL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA

Discurso pronunciado por el Académico Teniente Coronel Luis Eduardo Altamar Valdivia,
Presidente Academia de Historia de la Policía
Capítulo del Risaralda.

TC. Luis E. Altamar Valdivia

*Sí, el alma humana se pudiera percibir físicamente, sin duda alguna el alma de la mujer
continuaría siendo el recóndito tesoro del arcano.
¡Qué valía se le diera, si dentro de ella no existiera un alma de madre!,
que significado tendría, si no lo animara un propósito!,
¡Qué interpretación concederle si sus actos carecieran de la excitante*

manifestación de un sentimiento!. Buscad en ella, el valor de lo que ha representado en el pasado, en el presente y en el misterioso mañana y encontrareis reflejada en sus acciones, a través de la opaca luz de los siglos, la fantástica vocación al martirio y al sacrificio por lo que siente y ama.

Hablar o escribir sobre la participación de la mujer en la memorable gesta independentista del mundo americano, sembrada de los más insólitos acontecimientos que pudieran medir el heroísmo de una persona, sería muy difícil, sí, no acudiéramos al origen de su condición ancestral, como producto de la mezcla de varias razas, con el prototipo espiritual de unos principios éticos y religiosos, predominantemente católicos, ungidos por la fuerza genética que concibieron el rechazo a los malos tratamientos de siglos atrás por el conquistador vasallo y posteriores sistemas de feudalismo en el gobierno y administración de las Indias occidentales por los Virreyes, comprometidos en los más inhumanos sistemas de consolidación de la monarquía en sus apartados dominios allende los mares.

El siglo XVI, en estas apartadas regiones se caracterizaba por la total ignorancia en que discurría la vida para los coterráneos amerindios y muy limitada a los convencionalismos culturales la instrucción pública para los criollos, aún más, para la población mestiza. No obstante, en 1.793 cuando se percibe el primer atisbo de libertad en el pensamiento y la acción del hombre en el Virreinato de Santa fe, como se le conocía a la provincia, como consecuencia del origen de un movimiento culturista, distinguida como la generación de la ilustración, la mujer santafereña solía llevar una vida entre el discurrir eclesiástico y la privacidad hogareña en el desempeño de los quehaceres y oficios de su condición. Para ella, la instrucción pública estaba vedada y su intelecto se hallaba reservado al conocimiento y a la práctica de lo indispensable, para ser esposa y madre.

No obstante el cultivo de una cultura acorde con su status social se aseguraba mediante el desarrollo de una instrucción proporcionada en el entorno hogareño por institutores de reconocida honorabilidad y conducta visada por el clero, donde los clásicos de la literatura universal, principios de filosofía, historia de la iglesia, escritura y lectura, entre otros conocimientos conservaduristas, eran la regla superior de la instrucción. De hecho muchas de nuestras heroínas fueron analfabetas, si nos atenemos a la maliciosa y cómplice interpretación en el manejo de los aspectos de índole civilista en el cumplimiento de algunas diligencias propias de la actuación procesal en los juicios de ejecución por sentencia a muerte en la guillotina o frente a los pelotones de fusilamientos.

Consolidar la idea de escribir sobre la participación de la mujer neogranadina en el proceso de la independencia, sin pasar por alto, la ascendencia heredada en las luchas libradas que aportaron el legado del ímpetu sanguíneo de sus mayores. La enorme capacidad de sacrificio y la tradicional herencia de una raza altiva y orgullosa de sus ancestros, en las cruentas épocas de la conquista y la colonia, además de carecer de la lógica identidad de unos valores de pertenencia, es desconocer los principios de una conducta de entrega donde juega la continuidad originada en una serie de hechos de la misma identidad y carácter. La herencia genética, que acreditó fuerza y poder a lo largo de los siglos que siguieron al

descubrimiento del nuevo mundo, fueron brotando en actuaciones, enriquecida por el mestizaje más que aceptado, obligado por las circunstancias de dominación.

Doña Magdalena

La entrada del siglo XVII, trae consigo el despertar de las conciencias amantes de la libertad y la aparición del texto de “*Los Derechos del Hombre y del ciudadano*”, traducida del francés al idioma de Castilla y publicado en la imprenta secreta de don Antonio Nariño y Álvarez, quien fue condenado y desterrado, repercutiría en el surgimiento de la primera heroína iniciado el siglo, en la persona de Magdalena Ortega y Mesa de Nariño, su esposa. El historiador Humberto López López, en una de sus crónicas, resalta,

“...la esposa del Precursor vivió en carne propia la pasión libertaria de Nariño y soportó los vejámenes a que los esbirros del Rey sometieron a su marido. Cuando Nariño sale para España a cumplir su primera prisión, doña Magdalena vende los muebles de su casa para poder pagar los gastos de viaje del prócer”.

Durante la ausencia de su esposo, fue inculcando en su primogénito los valores del hombre libre y las cualidades cívicas del ciudadano, de tal manera que al cumplir Antonio Nariño – hijo – los 17 años, se hizo encarcelar junto con su padre en Santa Marta, tras varios días prófugo de la cárcel de El Banco, Magdalena, después combatiría al lado del prócer en las batallas de la campaña del Sur, y otro cronista, el santafereño Gabriel Antonio Amarillo, en su anecdotario sobre algunos sucesos pre independencia, anotaba en su libro “*Crónicas de la Colonia*”,

“... Doña Magdalena, de quien sus amigas solían llamar la Mágdala de la familia Nariño, también sufrió las injusticias de la Corona, con un arresto de seis meses, hallándose su esposo en prisión, al utilizar la imprenta ocultada celosamente y publicar clandestinamente en el periódico “La Bagatela”, que permaneció por más de un año difundiendo los hechos que hicieron historia, con el protagonizado por la valiente Cacica Gaitana, en su tiempo, desconocidos en gran parte de la Provincia, como casi todos los acontecimientos que mancillaran el orgullo español. Posteriormente se ocuparía en realizar la difusión del vía crucis a la que fue sometida la princesa Zenufana, de la tribu Zenú, al oponer resistencia y morir sin denunciar el lugar donde se ocultaban los tesoros de la tribu, así como resaltar las leyendas de las indias amazonas, feroces en la lucha, indiferentes en la tragedia, estoicas en el sufrimiento y valientes ante el peligro”.

La biblioteca del esposo ausente fue su consuelo en soledad y en ella se enteraba de fantásticos acontecimientos donde la mujer origen de sus ancestros dignificaba su condición sublimando el sacrificio en aras de la libertad. Así mismo, por medio de la acción publicitaria de doña Magdalena, se conocían y comentaban en el virreinato las leyendas de heroicidad de nuestras mujeres indígenas, entre otras la de la princesa Zoratema, la Cacica Zulia, que habitaba las regiones de Cúcuta y Guaymaral, de quien la historiadora Elvia Gutiérrez Isaza, atribuye con un buen acerbo documental su parentesco con el General Francisco de Paula Santander como su bisabuela, principal protagonista de las luchas contra el invasor que le permitió recuperar las tierras dominantes de sus antepasados, usurpadas por el español don

diego Montes y Arzuaga. No podía quedar por fuera del conocimiento de los historiadores la participación de otras aborígenes como las princesas Agrazaba, de la tribu Catía, especializada en el espionaje contra las expediciones del gobernador Andrés Valdivia de los resguardos de la encomienda de Antioquia; tampoco podría dejar de mencionarse la hermosa princesa Fresia, la araucana de impetuosa belicosidad que mantuvo a raya al colonizador invasor y aunque la historia le atribuye la maternidad de la Cacica araucana Yahaisá, fruto de la unión con un soldado español en cautiverio, al que se entregó como preludio de una historia de amor, su hija le supo dar honores al oponerse a la expoliación y enfrentar a don Diego Fortulaso, colonizador ingresado por el río Cinaruco, (hoy un punto geográfico en la frontera con Venezuela), quien había declarado la guerra a muerte a los indígenas de la región.

En el primer párrafo del presente artículo se hace destacar que existiera la posibilidad concatenada con la tradición que no dejaron desaparecer los aborígenes, el hecho de no descartar el fenómeno sociológico de hacer vivenciales los recuerdos de las heroínas de la Conquista y la Colonia, logrando a través de los siglos repercutiera en los albores de la Independencia el aporte de esas mujeres en el alma popular de los pueblos subyugados por el dominio de la Corona española. La ascendencia pues de esos relatos contados de generación en generación sería acicate para que nuestras mujeres pertenecientes a determinadas regiones de la Patria, hicieran suyos los honrosos acontecimientos que experimentaron las anónimas mujeres que entregaron su vida antes que la ignominia y el deshonor cubriera el ancestral orgullo de sus tribus.

Manuela Beltrán

Con el correr de los años, unos seiscientos más o menos mal contados, por la diversidad de acontecimientos marcados por las dificultades de establecer las circunstancias de tiempo, lugar y modo, la mujer acreditó ante la sociedad un liderazgo, de tal forma que se fue involucrando en movimientos gestantes de libertad e independencia a costa de su tranquilidad y seguridad, dejando a un lado el factor económico, y posición social, con tal de ponerlos al servicio de la causa revolucionaria en contra de los malos gobiernos, acorazados por la ascendencia de la representación de la monarquía. Hacer un análisis con algunas imprecisiones de carácter social acerca de la función que desempeñaron las mujeres en su papel de mantener el fuego de la libertad con rigor y entusiasmo, se aprecia que la mujer comunera se empleó hombro a hombro, codo a codo con los hombres donde debieron hacerlo en las urbes que dominaban las propiedades rurales, y las comunas que recepcionaban las cosechas de tabaco, añil, cacao y otros cultivos que por su importancia exportadora fueron sujetos a gravámenes e impuestos, insoportables e impagables al tesoro de la Corona.

La primera mujer que la historia patria reconoce como la pionera de los actos de liderazgos por la libertad, fue comunera y en su condición de tal se atrevió a romper los carteles y anuncios fijados por el español acerca de los aranceles establecidos, arrojando a los pies del funcionario español los pedazos de papel al mismo tiempo porque gritaba, “*viva el Rey, pero muera el mal gobierno*”. Nos referimos a la heroína Manuel Beltrán. Su ejemplar actitud de rebeldía contra los abusos del español, así como la arrogancia ante la presencia de la muerte sería imitado por muchas mujeres, fueran criollas, mestizas o mulatas, sobresaliendo la

orgullosa postura de sus actitudes, que los sociólogos del presente siglo no dudarían en analizar como el producto puro de un coraje alimentado por el orgullo de una clase especial de mujeres que comenzaron a habitar las tierras americanas.

Agonizando el siglo XVI, las mujeres de los diversos cantones y municipalidades del virreinato de Santafé, aguijonadas por el ejemplo de Manuela Beltrán, que fue la inspiración que motivó el despertar de sentimientos revolucionarios dormidos en su alma de ingredientes nobles y espirituales en función de independencia y libertad, percibieron la importancia que representaba cada una en cualesquiera de sus condiciones como madre, esposa, hermana y novia en el trajinar de la civilidad, desde el núcleo familiar y en la sociedad, desde la modestia de su estrato hasta la comodidad de su posición social, desde la capacidad de su educación y cultura, hasta en la relación con las personas influyentes con acceso a los funcionarios del virreinato. En cada situación, ellas se aprovechaban del género concedido por la naturaleza para lucrarse en información, acciones de gobierno, proyectos en vía de realizarse, determinaciones gubernamentales y en toda clase de disposiciones que afectaran los intereses de la comunidad o pusieran en peligro la vida de los naturales de la región. Para disfrazar las verdaderas intenciones libertarias, que facilitaba el giro tomado por la instrucción pública y los estudios superiores, debido al auge del llamado “*siglo de la ilustración*”, aquellas mujeres coordinadas por las más auténticas y capacitadas iniciaron movimientos culturales donde se realizaban tertulias, sesiones de arte y música, destacándose el aporte de doña Manuela Sanz de Santamaría de González Manrique, esposada con el doctor Francisco González, quien “*fundó en su casa una especie de “substratum” de la juventud estudiosa de la Nueva Granada, o tertulia literaria, denominada “El Buen Gusto”. De allí se generó “el primer cenáculo y asamblea que puso en marcha una estrategia agresiva y beligerante de trascendencia y resonancia hacía otras latitudes contra el régimen”*”.

Otras heroínas

Entre las damas encopetadas, otras menos encopetadas y algunas del pueblo sufrido, que hacían parte de aquellas tertulias, el historiador Gabriel A. Amarillo, cita como las más fanáticas por el ardor decidido de la acción, a las siguientes, entre muchas.

- *Carmen Rodríguez de Gaitán*, hermana del patriota guerrero Coronel don José Ignacio Rodríguez, más tarde esposa del General José M. Gaitán.
- *Andrea Ricaurte*, amiga de Policarpa Salavarrieta, casada con Judas Tadeo Lozano. En compañía de su padre y sus hermanos luchó incansablemente el día 20 de julio de 1810.
- *Petronila Lozano*, madre de José María Portocarrero, fusilado en 1816 en Cartagena en Época del Terror, por orden de Pablo Morillo.
- Melchora Nieto, una de las más entusiastas tuvo la gran cualidad de contagiar con su animosidad a todo el que la rodeaba y el 20 de julio de 1810, fue una líder. Tuvo una cigarrería, llamada “La Melchorita”, en la misma calle real en donde se inició la reyerta entre Morales y Llorente.
- *Magdalena Morales de Gómez Salazar*, esposa del Coronel patriota Diego Gómez de Salazar, madre del Capitán patriota Baltasar Gómez de Salazar.

- *Margarita Urrea de Hoyos*, al saber que su esposo se alistaba en el Ejército libertador le dice: "...yo me voy contigo, quiero correr tu misma suerte y moriremos juntos por la Patria, a cuya libertad ofreceremos gustosos nuestro sacrificio, o volveremos juntos a recalentar nuestro hogar con el fruto de la Libertad".
- *Mercedes Abrego de Reyes*, el honor recibido de "*Mártir de Mártires*", con el cual la república ha sublimado su sacrificio le ha quedado corto. Fue una de las que soportó el asedio, mas cruel e infame de la época. Acosada por el lugarteniente Francisco Larrea, por su desprecio ante los continuos requerimientos para poseerla, el hecho de un obsequio efectuado al Libertador de una casaca militar bordada por ella misma, cuando llegó a Pamplona en 1813 con destino a Caracas para iniciar la campaña libertadora en aquella región, encendió los celos del español, que no descansó hasta verla prisionera, vejada, humillada, ultrajada, pero jamás rendida a sus pies. Hasta la hora de su muerte fue fiel a la memoria de su esposo, fusilado un año antes en Bogotá por el Pacificador Morillo.

La gran mayoría fueron madres, que no vacilaron en sembrar y hacer germinar en el alma de sus hijos el amor por la libertad, el respeto y la dignidad del ser humano, que fueron más allá de sus ideales, al entregarlos a los que fungían los liderazgos del mando, muchas de ellas acompañándolos en los movimientos sociales urbanos o en los campos de las refriegas, como en los casos de Gertrudis Vanegas de Vásquez, que acompañaba a su esposo y a sus cuatro hijos en las guerrillas de los Almeida, vistiendo ropas, varoniles y arma de largo alcance en las refriegas preámbulo de la batalla de Boyacá; Joaquina Córdoba y Guzmán de Serviez, prima hermana del héroe de Ayacucho, al lado de su hija Catalina, sirvieron como espías al servicio de los patriotas; María Teresa Isabella y Aguado, madre del doctor José Gregorio Gutiérrez y Aguado, médico de la tropa al servicio y mando del General Santander, al lado de su hijo sirvió como enfermera, cocinera, lavadora y aplanchadora de los dispensarios ambulantes en las batallas.

Después de los sucesos del 20 de julio de 1.8910, se percibía como un hecho cierto que la emancipación de las tierras hispano americanas se daría más temprano que tarde. La certeza de la imposibilidad de la Corona Hispana de atender dos guerras a la vez, con las implicaciones que se suponían tener que atender la amenaza del usurpador Bonaparte en la península, tendría que derivar en la pronta aceptación de una capitulación en principio en las tierras americanas. No obstante al volver el rey Fernando VIII, a ocupar el trono, la primera reacción de la monarquía sería la de retornar a una reconquista del poder a sangre y fuego, con medidas ejemplarizantes que sirvieran de escarmiento a los revoltosos americanos. La idea consistía en la ejecución de un plan militar represivo que cortar de raíz todo intento revolucionario, para el cual se destinó al frente de la expedición pacificadora al General español don Pablo Morillo.

Se inicia en consecuencia una vez arribado al puerto de Cartagena la expedición realista, lo que se conoce como la época del terror, donde comienzan los arrestos, el cadalso, las ejecuciones sin juicio previo de las más representativas personalidades de la vida virreinal. En Cartagena, que ya ostentaba el título de La Heroica, las insignes mujeres de antemano conocidas por su participación en la revuelta del 11 de noviembre de 1811, en redadas frecuentes se conducían al Palacio de la Inquisición, donde eran vejadas, ultrajadas y

pasadas por las armas o quedaban sin vida en los aparatos destinados al suplicio empleados para obtener información que los condujera a mas y mas detenciones.

Otras en número aproximado de 180 entre las cuales se hallaban las madres de la totalidad de los primeros veinte próceres fusilados por Morillo, acompañadas de menores y ancianos optaron por emigrar con destinos inciertos en una goleta denominada "*La Flecha*", propiedad de un corsario español, quien después de engañarlas las entrega a un barco de guerra español, que las regresa a Cartagena donde algunas mueren en las mazmorras de física hambre y enfermedades. Es de anotar que algunas de las sufridas mujeres que en acto desesperado prefirieron lo desconocido a entregarse al enemigo figuraban ascendientes de las familias Gutiérrez de Piñeres, Amador, Angulo Bossa, Bobadilla, Ribón, del Castillo y Rada, Pombo Lecuna, Martelo, Martínez Pombo, Juana Manuela Román, tatarabuela de doña Soledad Román esposa del caudillo de la época republicana y cuatro veces presidente de la república de Colombia, Rafael Núñez.

El balance sangriento de los siete años que caracterizaron la época del terror en cuanto al número de víctimas del género femenino y las comarcas asoladas que perdieron sus mejores representantes, es una gran vergüenza que los siglos no podrán opacar en la historia de España, ni en la memoria de los habitantes de las tierras bañadas por la sangre de sus heroínas, que deben ser un legado permanente de orgullosa hereda que el tiempo engrandece para honor y gloria de la Patria.

Con la llegada de Morillo a Santafé, éste continúa incrementando su sangrienta corte de dolores entre los patriotas. No obstante para el 20 de julio de 1816, para celebrar el aniversario de los acontecimientos ocurrido seis años atrás, que dieron origen al levantamiento del pueblo santafereño y en donde se creó una Junta de Gobierno que reemplazara la autoridad del virrey Amar y Borbón, disimula su verdadera intención y anuncia que dará un festejo para recordar la fecha. El pueblo acude y para su sorpresa perciben un escenario donde se levantan mamparas de fusilamiento. En efecto ese día son fusilados el General don Antonio Baraya, uno de los héroes de aquel glorioso día de 1810, quien ya había sido degradado, junto a él su esposa doña Isabel de Caicedo; Angela Rivas del Vergel, esposa de José Ignacio Rodríguez, uno de los firmantes del acta de la independencia; María del Carmen Rodríguez, hermana del anterior; María Josefa Piedrahita de García Rovira, esposa del prócer Custodio García Rovira firmante del acta de la independencia; Ana M. Chaves de Hoyos, esposa de José Joaquín de Hoyos, firmante del acta de independencia. Las anteriores damas acudieron a la ejecución con la cabeza erguida, decididas y valientes ante la muerte no quisieron ser vendadas, percibiendo su fin sin derrumbarse.

Escasos cuatro meses después, el 14 de noviembre de 1816, en el mismo lugar se levantaba el escenario para el ajusticiamiento de Gregoria Policarpa Salavarrieta Ríos, fusilada por su actividad al recibir y coordinar las comunicaciones de los movimientos de los ejércitos realistas, así como la distribución de la logística de los rebeldes. Con el correr del tiempo que tal parece hace mella en la memoria colectiva de las generaciones, se han olvidado las palabras pronunciadas por la heroína al pueblo que la vio pasar con rumbo al encuentro con la muerte, "*!Pueblo indolente!* Cuán distinta sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes

mas. No olvideis este ejemplo, y más tarde antes de encarar la partida a la eternidad, exclama en voz alta: *“¡Pueblo miserable, yo os compadezco!”* ¡Algún día tendréis mas dignidad!. Varias balas atravesaron su cuerpo, junto con otras mujeres más y algunos otros varones fusilados como desertores.

El número de víctimas femeninas durante los cruentos años de la época del terror, dada la rapidez de los procesos marciales sin fórmula de juicio legal, ante la falta de pruebas para demostrar la culpabilidad de las sentenciadas a muerte, a lo largo de la ruta del General Morillo desde Cartagena hasta Santafé de Bogotá y de ésta hasta las provincias de oriente y nororiental, que cubren los siete años de tenebrosa persecución en busca de las personas que colaboraron con los ejércitos patriotas o tenían sus familiares en esos es casi imposible de precisar.

El censo poblacional realizado en la naciente república en 1820, respecto al departamento de la Nueva Granada, uno de los tres componentes de la Gran Colombia, señala la escasez de nacimientos durante los últimos cuatro años en el territorio de la Nueva Granada, estimado en 35% en relación al efectuado por el gobierno del virrey Sámano en 1809. El historiador José Heliodoro del C. Bernal, refiriéndose a éste fenómeno social desestabilizador para el equilibrio demográfico, en su obra, *“Demografía post guerra de la Independencia”* expresa, *“... La situación social y económica en las épocas pre república, en los inicios de 1892 en las provincias de la Nueva Granada, era la resultante de la devastación de la población, que a sangre y fuego llevaron a cabo en cumplimiento a los planes de la corona española, los esbirros del Rey Fernando VII para diezmar a la población útil para la guerra en los próximos veinte años, terminada ésta. La presencia de los hombres, aún menores de diez y seis años que combatieron junto a sus padres o los grandes contingentes de menores que las madres entregaban para la causa de la independencia, ante la imposibilidad de protegerlos de los abusos del enemigo, que nunca volvieron a sus terruños, la escasez de mujeres que en los ríos crecidos aumentaban en el frente de las acciones exigiendo se les aceptara para hacer compañías a sus hijos, esposos y padres en el frente de las batallas, los asesinatos de las mujeres que en una u otra forma no combatían pero que fueron apresadas en nombre de la autoridad del virrey, por considerarlas muchas veces colaboradoras de los soldados del ejército patriota, y que no fueron pocas sobre todo en Cundinamarca, Boyacá y los Santanderes, darían sus frutos al diezmar a las familias, evitando una paternidad irresponsable y escaseando el número de concepciones de vida mediante la eliminación de las futuras madres”*. Sin comentario.

Bienvenida al Libertador

La aseveración analítica del historiador Bernal, adquiere lógica irrefutable si nos atenemos a las consecuencias históricas de cada momento y de cada uno de los factores que se mueven alrededor de nuestra historia patria. Las pérdidas de las vidas valiosísimas, que constituían lo más granado de la sociedad de los pueblos que sufrieron las consecuencias de la guerra, se reflejaron en los primeros días de la naciente república, la disminución de la natalidad en función de las muertes de las mujeres perseguidas, de los combatientes que dejaron su existencia aferradas en el suelo que defendieron, fue el testimonio cruel e incomprensible que la república acogió con generosidad. Diciente el testimonio en palabras del Libertador

don Simón Bolívar, cuando al agradecer el recibimiento llevado a cabo en Santa Fe después de la batalla de Boyacá, el 18 de septiembre a las dos de la tarde en el sitio de la Plazuela de San Diego, testigo mudo de la entrada triunfal del ejército libertador, adornado con la presencia de hermosas mujeres entre las cuales se hallaban las siguientes:

- *María J. Sanz de Santamaría y Baraya de Montoya*, sobrina del General Antonio Baraya, fusilado por los reconquistadores el 20 de julio de 1816.
- *Susana Sanz de Santamaría y Baraya de Elbers*, también sobrina del General Baraya.
- *Dionisia Caicedo de García Rovira*, novia del prócer, Custodio García Rovira, después esposa.
- *María D. Roche de Paris*, en la época novia del capitán Joaquín Paris, más tarde esposa del mismo.
- *Dolores Vargas Paris de Urdaneta*, años más tarde esposa del General Rafael Urdaneta.
- *Trinidad Ricaurte y Nariño de Marroquín*, prima hermana del coronel Antonio Ricaurte Lozano, el héroe de San Mateo.
- *Genoveva Ricaurte de Paris*, madre de tres tenientes y un general de la república, entre ellos el héroe de San Mateo.
- *Bernardina Ibáñez Arias*, soltera en la época, admirada tanta por Bolívar como por Santander.
- *Josefa Arce Bernal*, hija del Sargento Mayor, don Eustacio Arce.
- *Francisca Ortega Nariño*, sobrina carnal del precursor Antonio Nariño.
- *Liberata Ricaurte Manrique*, prima hermana del precursor Antonio Nariño.
- *Dolores Rivas Quijano de Umaña*, descendiente de héroes por ambas líneas paterna.
- *Juana Ricaurte Manrique*, sobrina del padre de Antonio Ricaurte y prima hermana de éste.
- *Josefa Benítez Plata y Rosa Rubio Ricaurte*, emparentadas con el Coronel José A. Benítez y el héroe de San Mateo.

Los elogios de Bolívar:

En aquella trascendental ceremonia el Libertador, se expresaba así: *“...no es a mi valor ni a mis esfuerzos el resultado de la campaña triunfal del ejército libertador, sino de los generales y soldados que me acompañaron en las inmortales acciones que en mi persona se alaban. Son también fruto del coraje y el empuje arrollador de las mujeres que al lado de sus abuelos, padres, esposos, hijos y hermanos combatieron sin dar tregua a los espacios difíciles para cualesquier ser humano en las que demostraron su orgullo de patriotas, colaborando en las situaciones más inhóspitas para la atención de los abastecimientos y la atención de los heridos. Esta corona de laureles adornadas con las más hermosas flores que palidecen ante la hermosura de las mujeres neogranadinas, son también para enaltecer la participación de esas damas heroínas y mártires”. Acto seguido, manifestaría, “...Los regimientos Rifles, Cazadores y Numancia deben sentirse orgullosos de haber contado y presenciado la encarnizada lucha de estas valientes mujeres, mis siempre amadísimas “Juanas de Arco de la emancipación neogranadina”. Su arrojo, nos hizo vibrar de sentimientos varios al encontrarlas en el fragor de las batallas de un lado al otro llenando los*

espacios, muchas veces confundidas con los veteranos de Carabobo. Para ellas les pido brindar con el homenaje del silencio que expresa las notas marciales de las trompetas, que no volverán a escuchar ni hacer sentir el fuego del hogar en sus familias hoy liberadas del yugo español”.

Es muy posible que la metáfora utilizada por el Libertador Simón Bolívar, para magnificar la actuación de las valerosas mujeres de la futura República de Colombia, diera origen al apelativo que siguieron distinguiendo a las heroicas mujeres que continuaron combatiendo en Junín, Pichincha y Ayacucho, como las “*Juanas*”, comparadas con el heroísmo y patriotismo de la francesa Juana de Arco, que lideró el ejército que llevó al trono a Carlos VII, en la guerra de los Cien años, contra Inglaterra, en 1453.

Aunque al hablar, y escribir sobre los actos heroicos protagonizados por las mujeres neogranadinas en la colonia y la gesta emancipadora, nos hace pensar que el sentimiento de Patria era el común denominador, es necesario destacar que por circunstancias desconocidas por el autor del presente documento, eso no se dio así. Para fortuna de las mujeres de otras regiones de la Patria, que no sufrieron la cruda realidad de la guerra de independencia con todos sus pormenores, posiblemente ante la falta de información, no las hace menos dignas en cuanto al holocausto impuesto por el barbarismo de una cultura supuestamente superior y respetuosa de los derechos de los habitantes de sus dominios.

Epílogo

Merecemos destacar con orgullosa demostración de simpatía la clase de mujeres tan especiales que vieron las luces de la vida en aquellas regiones propicias al valor de una raza, la participación de las tierras de los Santanderes, Boyacá, Cundinamarca, la Costa Atlántica y el oriente antioqueño, hacen estremecer el alma de emoción recordando los actos heroicos protagonizados por las mujeres neogranadinas en la colonia y la gesta emancipadora, nos hace pensar que el sentimiento de Patria y la defensa de los intereses de la misma llevada a cabo en función de la entrega de sus vidas fuera el común denominador. No obstante para fortuna de las mujeres de otras regiones de la Patria, que no sufrieron la cruda realidad de la guerra de independencia con todos sus pormenores, posiblemente ante la falta de información, no las hace menos dignas en cuanto al holocausto impuesto por el barbarismo de una cultura supuestamente superior y respetuosa de los derechos de los habitantes de sus dominios.

La historiadora Elvia Gutiérrez Isaza, en su extraordinaria capacidad investigativa, recogida en su libro “*Historia heroica de las mujeres próceres de Colombia*”, relata los pormenores de aproximadamente 4.591, casos de excepcional coraje, personalidad y ardiente demostración del amor a la patria, sacrificadas defendiendo el derecho a la libertad, a su familia, a sus esposos, e hijos, dejando para las generaciones el ejemplo de su pasión por la libertad y los legítimos derechos, desde el 17 de julio de 1813, en el cual fue fusilada la primera heroína, doña Rosa Zárate de Peña, hasta el 28 de julio de 1819, fecha de ejecución de la última, doña María Antonia Santos Plata, “*la hermosa y valiente mujer que financiara las guerrillas del Coromoro, del Cantón de Charalá, que hostilizó durante tres largos años a los ejércitos españoles. Lástima inmensa, que la heroína por cuenta de su destino no alcanzó a*

presenciar 10 días después la realidad de su vaticinio, al espetar frente al pelotón de fusilamiento que “el año 1819 no finalizaría sin que la patria presenciara la alborada de la libertad”.

Los relatos de esas 4591 acciones ejemplarizantes de mujeres como la real muestra del universo para realizar un estudio investigativo y demostrar en clasificaciones de crueldad las acciones de supuesta justicia realizadas contra ellas, donde se sentenciaron con inusitada crueldad los destierros, la incautación de bienes, la prisión en las mazmorras mas inhumanas, la muerte hallada en los lugares de ocultamiento, la mutilación y el suicidio por la vergüenza de la pérdida del honor, considerándolas más que una estadística, como un mosaico de orgullosa demostración de la dignidad de la mujer colombiana donde la riqueza de los valores enseñados y aprendidos en el lar de nuestros mayores vuelvan a desplegar la riqueza de una dignidad de la cultura ancestral, convertida en historia de otros tiempos. La ilustre historiadora en un concepto más analítico que disímil expresa la condición de aquellas mujeres comparadas con la fémina del siglo XIX,

“...En la época de la revolución de los comuneros, relatamos cómo las mujeres contra las costumbres de la época se integraban al plan de carácter político y social e inducían a las masas ignorantes a reclamar sus derechos y libertades que ni siquiera se había soñado, tomando en ésta forma parte en las asonadas de la revolución. En tales circunstancias se presentó en el panorama femenino una lucha antagónica y hasta cruel de dos generaciones: la época de costumbres existentes en este momento, o sea la que empezaba a evolucionar y a imponerse por sus merecimientos, y la anterior, o sea; la mujer de la colonia, educada solo para la vida domestica y el vivir monótono y oscuro. No obstante la sinceridad de su fe cristiana, la nueva generación en los albores de nuestra magna revolución era la que se “presentaba en el horizonte político abriendo los cortinajes de la naciente aurora que había de presentar a la mujer hispano americana no solamente animadora del sentimiento patrio sino también revestida de las clámides, en veces para coronar a los héroes victoriosos, otras, para disfrutar la corona triunfal en los campos de honor y belleza; muchas para hacer más sagrada la causa, mereciendo y recibiendo la palma del martirio, y en todos los casos, bien con sus lágrimas, bien con sus sonrisas, dando más interés a los dramas de la guerra”.

Bibliografía

1. Historia heroica de las mujeres próceres de Colombia, Elvia Gutiérrez Isaza
2. Las mujeres del siglo XVI en la Nueva Granada, Humberto López López
3. Crónicas de la colonia, Gabriel A. Amarillo
4. Demografía post independencia, José H. del C. Bernal

ANEXOS

- ✓ Resolución número 001 de 2009 (febrero 20), por la cual se crea el Capítulo de Historia

de la Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra”.

**POLICÍA NACIONAL
ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA POLICIAL**



**RESOLUCION NÚMERO 001 DE 2009
(febrero 20)**

“Por la cual se crea el Capítulo de Historia de la Escuela Penitenciaria Nacional
“Enrique Low Murtra”

**LA JUNTA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
DE HISTORIA POLICIAL**

En ejercicio de sus atribuciones y en especial
de las contenidas en el artículo 2, del Capítulo I del Estatuto y,

CONSIDERANDO:

- a) Que la Academia Colombiana de Historia Policial está facultada para crear los diferentes capítulos en el territorio nacional.
- b) Que el señor Coronel (r) Hugo Alfonso Cepeda, en su calidad de Miembro de Número de la Academia y de Director de la Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra” solicitó mediante oficio, autorización para crear el Capítulo de Historia correspondiente a esta Academia.
- c) Que dicha solicitud fue aprobada por la Junta Directiva en reunión llevada a cabo el día martes 27 del mes de enero de 2009.
- d) Que son innegables los lazos históricos que unen a la Policía Nacional con el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario,

RESUELVE:

ARTICULO PRIMERO: Créase el Capítulo de Historia de la Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra”, correspondiente de la Academia Colombiana de Historia Policial con sede en las instalaciones del Centro de formación penitenciario en el municipio de Funza (Cundinamarca), el cual se organizará y funcionará conforme a los estatutos de la Corporación.

ARTICULO SEGUNDO: La instalación del capítulo se hará en sesión especial de la Academia Colombiana de Historia Policial en el Paraninfo de la Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra” el día martes 3 de marzo de 2009.

ARTICULO TERCERO: El director de la Escuela Penitenciaria Nacional “Enrique Low Murtra”, será el presidente ejecutivo del capítulo, quien rendirá informe semestral de las actividades desarrolladas al Presidente de la Academia Colombiana de Historia Policial.

ARTICULO CUARTO: Designase como Presidente Honorario a quien ocupe el cargo de Director General del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (Inpec). En la fecha Doctora Teresa Moya Suta.

ARTÍCULO QUINTO: Designase como Miembros Honorarios las siguientes personalidades:

- Dr. Fabio Valencia Cossio, Ministro del Interior y de Justicia
- Dr. Andrés González Díaz, Gobernador del departamento de Cundinamarca.
- Excmo. Monseñor Gabriel Romero Franco, Obispo de la arquidiócesis de Facatativá.
- Dr. Jorge Emilio Rey Ángel, Alcalde del municipio de Funza.

La presente resolución rige a partir de la fecha de su expedición.

COMUNÍQUESE Y CUMPLASE,

Brigadier General GUILLERMO LEÓN DIETTES PÉREZ
Presidente

Coronel CARLOS ALFONSO BECERRA
Secretario

Academia Colombiana de Historia Policial
Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander
Calle 44 sur No. 45 A 15 (Barrio Muzú) Bogotá, D.C. Colombia
Teléfonos 724 64 07 – Fax 710 86 92
Correo electrónico: academiah.egsan@policia.gov.co

Edición: Brigadier General (r) Guillermo León Diettes Pérez

Este documento fue diseñado e impreso por
Líneas Creativas Publicaciones Ltda.
La corrección de estilo estuvo a cargo de la
Academia Colombiana de Historia Policial:
Brigadier General Fabio Arturo Londoño Cárdenas
Señor Jaime González Parra
Historiadora Brigitte Dalila Sandoval Calderón

Bogotá D.C. – Colombia
Noviembre de 2010



La Paz más desventajosa,

*es mejor
que la guerra más injusta*

Erasmus de Rotterdam